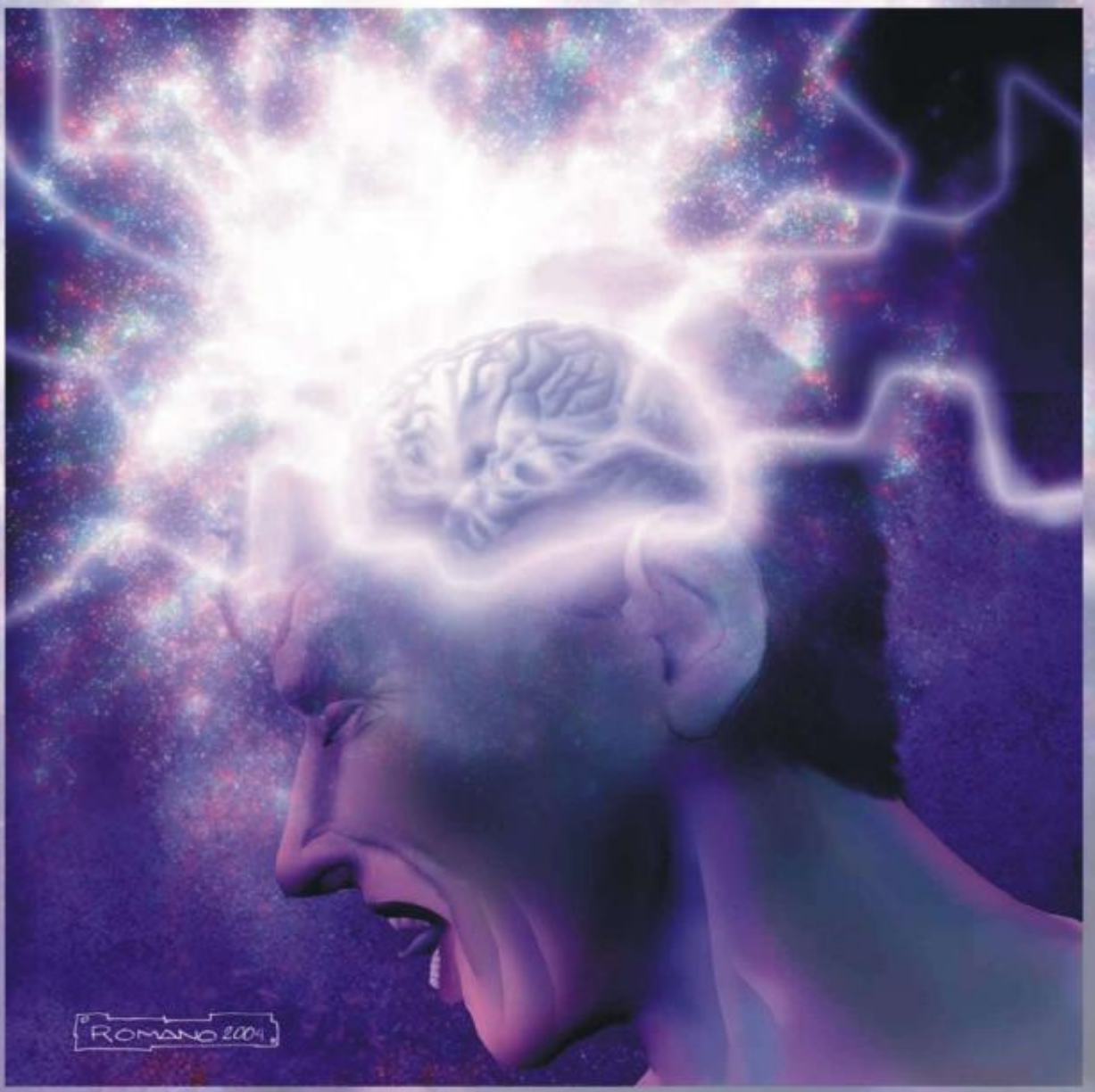
Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año I . Número 12 . JULIO - AGOSTO - 2004



ISSN 1695-1859

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

Alfa Eridiani es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics… cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.
Co-editor: Sergio Bayona Pérez.
Ilustración portada: Guillermo Romano.
Resto ilustraciones: Cucha.

Aviso Legal Importante:
Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Guillermo Romano.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial 3
Cuentos 4
RICHARD K. Phillips
por Sergio Bayona 4
RECUERDOS
por Iñigo Fernández..... 9
SUICIDA TEMPORAL
por Franco Arcadia 20
EL ¿FIN? DE LA INFANCIA
por José Carlos Canalda Cámara 24
CIUDADANOS
por Salvador Badía..... 34
EL PEQUEÑO HYUNDAI
por Germán Núñez López 37
MUNDO DE HAMBRE
por Francisco Ruiz Fernández..... 47
NAUFRAGO DE SI MISMO
por Sergio Gaut vel Hartman 55
MI VECINO BERTO
por Alfredo Álamo..... 66
LA HUMEDAD
por Claudia De Bella..... 71
EL ÚLTIMO NATIVO
por Robert Sheckley 90

Poesía 114
FINIS ∞
por Dorian Cano..... 114

Artículos 118
DEFINICIONES
por Jorge Balej..... 118
LA IDEA DE LA CIENCIA-FICCIÓN
por Sergio Bayona 121
EL CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO, DE GREGORY BENFORD
por Reinaldo Avendaño 127
BLINDFOLDED DE MICHAEL WHELAN
por Luis Bolaños..... 132
IVÁN VIAJA AL ESPACIO
por Gabriel Benítez 135
RECORRIDO POR LA CIENCIA FICCIÓN MEXICANA EN LA MÁQUINA DEL TIEMPO
por Miguel Ángel Fernández Delgado..... 146

ZONA DE DESCARGA: http://www.alfaeridiani.info/
E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es
LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

Editorial

Estimado Lector:
Estás ante un Alfa Eridiani de lo más completito y variado de su historia, tal vez por eso nos ha salido tan voluminoso: 158 páginas. En el ejemplar que te dispones a leer, hemos querido abordar el tema de la salud desde distintos enfoques. Alguien pensará que siendo una revista de ciencia-ficción la tecnología será una parte esencial de los relatos y tendrá razón, la mayoría de los relatos analizan como esa faceta de nuestra sociedad influirá en nuestras vidas. Otros, los menos, tienen un carácter más sociológico por ser una extrapolación de las tendencias actuales en nuestra sociedad o intervenir la psicología humana al abordar el uso de la tecnología.

Confiamos en que ustedes disfruten con la lectura de este ejemplar tanto como nosotros hemos disfrutado elaborándolo.

Los Editores

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

Cuentos

RICHARD K. PHILLIPS

por Sergio Bayona

¿Cómo modificará la tecnología nuestras vidas? ¿Nos volveremos adictos a ella? ¿Solucionará nuestros problemas? ¿Cómo influirá en nuestra salud mental? ¿Podrá mejorarla? ¿Lo hace ya? Este cuento no soluciona todos esos interrogantes pero confío en que lo disfruten igualmente.

Hacía ya un par de horas que el sol se había ocultado y eso complicaba la situación. Estaba cansado y el arma le pesaba en su mano. En la mochila, el olor a carne fresca había comenzado a imponerse a la espuma neutra que la cubría. Esto atraería a los pequeños carroñeros desde muy lejos. Calibró el sensor de masas a un rango más amplio de escaneo, así sabría si algo vivo se acercaba a menos de cien metros. No quería sobresaltos en su regreso a la zona A. El sensor emitió un pitido muy suave. Uno de los carnívoros más grandes estaba rondando en el límite de distancia. Miró a su alrededor y avanzó un paso hacia el límite entre la zona D y C. Debía andar con cuidado, había descubierto que el Laberinto cambiaba sus trampas. Dio otro paso. La pared se movió y cayó sobre su cuerpo aplastándolo. Su último pensamiento fue una maldición.

El siguiente también.

El Laberinto lo estaba matando una y otra vez. Sentía latir su corazón en las sienes, los músculos crispados y los nervios tensos, pero su rostro era una máscara y sus movimientos, lentos, premeditados. La oscuridad era opresiva, pesaba sobre sus ojos. Un letrero titilaba alternativamente en verde y rojo:

GAME OVER
CONTINUE?
SHUT NOW
Y N

Richard Phillips se quitó el casco y con gesto cansado dejó los guantes y el chaleco sobre la consola. Al retirarse del salón miró por última vez la máquina contra la que estaba jugando. Tras ella, en la pared, había una imagen pintada de un hombre musculoso, un guerrero post-atómico, cargando armas imposibles, aunque no era esa la historia que recreaba el juego, como bien lo sabía.

El encargado, un joven de cien colores en el cabello y decenas de implantes metálicos en su rostro, levantó la mirada cuando lo vio pasar y le sonrió con gesto torcido. Había cierta complacencia en la mirada y la sonrisa. Richard fingió no prestarle atención. Estaba acostumbrado a esas miradas. Sabía lo que pensaban de él y lo que significaban esos gestos.

Otro día tendría su revancha, lo sabía.

Había llovido mientras estaba en el salón de juegos. El aire estaba cargado de humedad. Las fachadas de los edificios lavadas por la lluvia brillaban bajo el sol que se resistía a ser cubierto por las nubes. Esquivando charcos y la mirada de los transeúntes caminó lentamente hasta su casa.

Subió cansadamente las escaleras hasta su habitación. El edificio era vetusto y sus paredes, tanto internas como externas reclamaban urgente un poco de mantenimiento. Era uno de tantos hechos con el mismo molde de fines del siglo diecinueve Él tenía la fortuna de vivir en el último piso. Ningún hijo de sus ruidosos vecinos zapateaba por la noche interrumpiendo su sueño. Pero debía vivir con un enorme balde debajo de la lámpara de la sala principal. Ninguno de los conserjes del edificio, cuando los hubo, logró reparar la gotera en su techo.

Los vagos y contados recuerdos de su infancia hablaban de una niñez gris y sin grandes altibajos. No había sufrido ningún contratiempo ni accidente. A veces, cuando algún compañero de trabajo se quejaba en los días húmedos de principio del verano por alguna vieja herida, él se sonreía y repetía que nunca había sido operado o sufrido ninguna quebradura. A lo que su compañero respondía, con cruel veracidad, que jamás había hecho nada y que por eso nunca había tenido accidentes. El chiste a sus espaldas era que no sabía jugar ni con tierra. Richard estaba al corriente de esto y de muchos otros comentarios, pero no le preocupaban en lo más mínimo. Como de muchas otras cosas, ignoraba sobre rencores a largo, mediano o corto plazo. Para él su infancia había sido feliz y había durado poco.

Richard no recordaba ningún contratiempo porque los había eliminado selectivamente y así había conservado un muy pequeño puñado de recuerdos felices. Las lágrimas del primer día de escuela, las risas crueles de sus compañeros, el enojo de sus maestras, los desaires de su primer amor de la infancia –su único amor–, su padre golpeando a su madre cada vez que volvía borracho de sus viajes… todo eso había desaparecido, para dejar una infancia feliz y pequeña.

Eso formó un hombre gris y apático hacia los demás, incapaz de una reacción violenta, totalmente calmado y adaptado al trabajo de su oficina. Cuando alguno de sus compañeros le gastaba una broma –generalmente pesada– ni siquiera era capaz de una respuesta verbal. Se quedaba allí parpadeando detrás

de sus anteojos de fino marco metálico y con la boca abierta, en una tonta expresión asombrada. Inmediatamente reía –siempre reía– y decía que su buen humor provenía de haber aprendido a reírse de sí mismo y sus defectos. Sus compañeros tenían otra opinión, que no le decían.

Al final de la escalera Richard sacó su llave y caminó los tres cortos pasos –cuando estaba apurado eran dos pasos largos– hasta su puerta descascarada. Debía decidirse a ajustar y aceitar las bisagras, antes de que los vándalos del barrio descubrieran que tenía una computadora y un centro musical muy caros. Pero eso sería otro día.

Hoy era día de lavado y planchado. Aún así, al pasar por su escritorio, apretó el botón de encendido de su computadora. Era un acto reflejo, a veces pasaba frente a la pantalla luego de un rato y se quedaba parado frente a la pantalla, pensando si había apagado o no la máquina antes de irse al trabajo. Generalmente se respondía con un encogimiento de hombros.

Mientras su computadora terminaba de encenderse, ya había puesto en el centro musical la sinfonía nº 40 de Mozart.

Decidió que la ropa tendría que esperar una hora o más, dependiendo de cómo le fuera con la computadora.

Hacía dos años que habían modernizado la oficina con una computadora para cada empleado y en el primer mes logró aprender lo necesario para no quedar afuera de la revolución tecnológica –según había dicho su jefe– para él fue un primer paso hacia lo inevitable… hoy lo veía como inevitable. En ese momento no pensó en el universo que se le abría.

Sus compañeros descubrieron cómo acceder a los sitios de pornografía sin que quedaran huellas en el servidor. Richard se limitó a echar una mirada sobre el hombro de uno de ellos cuando el jefe estaba en una reunión y volvió a su escritorio.

El correo electrónico, por ser gratuito, venía con un número increíble de publicidad de diferentes cosas. Desde cómo comprar a crédito un auto japonés hasta los últimos juegos para regalar a los niños para navidad.

La curiosidad lo llevó a entrar en uno de estos últimos sitios y descargó una demostración gratis. Era un juego en primera persona y debía resolver un laberinto al tiempo que mataba con sus puños a cuanto animal peligroso se le aparecía.

Compró su propia computadora con el único fin de poder resolver ese laberinto. Más tarde consiguió la segunda versión del juego y aprendió a jugarlo con un casco de realidad virtual y los guantes correspondientes. Cuando no lo jugaba en casa, lo hacía en la sala de juegos que estaba al lado de su trabajo.

Cada nivel demandaba una hora de su vida. La sangre derramada y los restos de los cuerpos desperdigados lo llenaban de una sórdida satisfacción. Descubrir cómo pasar de una zona a otra era también parte de la emoción, pero cada vez el laberinto inventaba una nueva forma de matarlo, hasta que lograba pasar. A veces sus enemigos se parecían a alguno de sus compañeros, pero se convencía de que era su imaginación. Al final de cada sesión se desconectaba de ese mundo imaginario en el que había hecho todo cuanto no se animaba en su vida real. Durante esa hora Richard vivía en otro mundo, era otro quien tomaba venganza sobre las risas de sus compañeros de la escuela, o cercenaba la cabeza de su primer amor de la infancia –su único amor…

Las otras veintitrés horas era el gris Richard K. Phillips.

—Detectamos otro bache en la sintonía —dijo con voz neutra el doctor Marks.

—Sin embargo el programa continúa normalmente. Ya hemos revisado las conexiones neurales y los encefalogramas no muestran ninguna anomalía —le contestó su ayudante.

—Repasemos un poco —insistió el doctor Marks—. Tenemos un asesino serial que para escapar de la cámara de gas acepta participar de nuestro proyecto. Hemos inventado para él una historia tan sombría y gris que me estremezco de pensar en ella. Lo hemos dormido y recreado su vida de la cual hemos quitado todos los condicionantes que lo convirtieron en lo que es. Hemos lavado su memoria y condicionado sus recuerdos. En corto plazo lo desconectaremos y será la misma nueva persona, sin la manía asesina que lo puso en la cárcel. Será una persona normal. Salvo una cosa, una hora por día su sistema nervioso se aplana, tiene arritmia y su temperatura corporal sube un par de grados, ¿Cuál es el problema?

—Eh…el problema —comenzó su ayudante.

—El problema es que no logramos llegar al fondo de su mente. No detectamos ninguna actividad neural, pero su cerebro sigue funcionando. Es como si se hubiera retirado a algún lado. Pero no es así, porque lo estamos viendo. Está allí, confinado por correas.

Diciendo esto el doctor Marks se acercó a uno de los monitores que mostraba el rostro apacible del peligroso Richard Phillips.

© Sergio Bayona Pérez

Sergio Bayona, además del coeditor de esta revista, es argentino de Paraná, Entre Ríos y regente de una escuela técnica. En 1991 ganó una mención especial en Cuasar. El mismo año ganó otra mención especial de la revista Tierras Planas. Tiene algunos cuentos más en LiterArea de http://QuintaDimensión.com.ar y Golwen, dónde publicó por primera vez este cuento. En mayo de 2004, su cuento *CÓDIGOS* fue publicado en Axxon.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

RECUERDOS

por Iñigo Fernández

Este es un cuento sobre nuevos ricos, sobre personas que, pese a haber adquirido su riqueza a base de mucho esfuerzo, no saben como emplearla.

I

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado, pero tampoco le preocupaba. ¿Qué importaban unos minutos más si había aguardado tanto tiempo y sacrificado todo? Ahora, mientras esperaba en el sillón, veía lejano aquel día que tomó la decisión de dejar la Tierra así como los años que pasó en los basureros orgánicos de Marte. Cierto es que en ese entonces sólo tuvo cabeza para el trabajo y que faenó cada semana de sol a sol sin reparar en su situación, sin lamentarse ni un momento por las comodidades perdidas y con el único propósito de cumplir su sueño lo antes posible.

—Señor Canet, el doctor Chandra lo recibirá ahora —le avisó la recepcionista.

Se abrió un resquicio en la pared que creció hasta alcanzar el tamaño y la forma de una puerta. El paciente atravesó el umbral y caminó por un pasillo estrecho que lo llevó hasta un cuarto blanco y espacioso. Olía a sustancias asépticas y sus paredes estaban tapizadas con títulos y diplomas universitarios que, a su vez, se intercalaban con cuadros tridimensionales de los paisajes lunares. En la parte trasera encontró el dispositivo sistémico clínico, una pequeña unidad médica compuesta por un escritorio de tercera generación con su ordenador integrado, dos cámaras de reconocimiento y una sala de juntas de cristal azulado en la que le esperaba Chandra.

—Bienvenido, señor Canet. Tome asiento, por favor —expresó el médico con amabilidad.

—He revisado con cuidado su expediente —Chandra fue al grano— y no encuentro impedimentos para realizar el transplante.

—¡Es la mejor noticia que podía darme! —fue incapaz de contener su alegría—. ¿Cuándo cree que sea posible la operación? Digo, no es que desee presionarlo pero… ya sabe, mientras más pronto lo hagamos será mucho mejor.

—Por supuesto, pero primero debemos hablar.

—¿Hablar? ¿Pero de qué? —alzó la voz—. Todo está muy claro. Yo quiero el transplante, usted está de acuerdo en hacerlo y los análisis indican que es posible. Asunto zanjado.

Chandra encendió el proyector de la sala y una imagen tridimensional del cerebro apareció.

—¿No ha pensado en una prótesis cerebral? Debería hacerlo. Instalamos un par de *chips* de silicio en su hipotálamo —éste comenzó a parpadear en la proyección— y queda listo. Considere que es una opción barata que, además, posee grandes ventajas frente al transplante: la operación es de menor riesgo, el postoperatorio es más cómodo y las unidades pueden cargarse varias veces con recuerdos nuevos sin necesidad de borrar los existentes.

El rostro de Canet se tensó y una vena empezó a asomarse por su cuello.

—¿Qué pasa con usted? —le increpó—. ¿Acaso cree que las personas como yo solo podemos aspirar a tener recuerdos artificiales? Déjeme decirle una cosa: trabajé en Marte cinco años para realizar un sueño; pasé un lustro de mi existencia viendo cómo la mierda enloquecía a la gente y, cada vez que me enteraba de que otro había perdido sus cabales, pensaba que no me podía dar ese lujo y regresaba al basurero para cargar desperdicios hasta olvidarme de mí mismo. Mantuve la razón para estar hoy aquí frente a usted.

—No es para que lo tome así —quiso tranquilizarlo—. La ley me obliga a informarle de otros recursos médicos menos onerosos.

—Ya, pero resulta que eso no es necesario.

Canet metió una mano en su saco y, a continuación, llovieron billetes nuevos de 1,000 y 5,000 *terrans* sobre la mesa.

—Y si estos no le parecen argumentos suficientes, estoy seguro que habrá otros a quienes si puedan convencer.

—Tampoco era necesario que llegara a ese extremo —estaba a punto de explotar—. Se trata sólo del procedimiento habitual que debo hacer con cada paciente sin importar su origen o posición social —dio dos fuertes bocanadas para calmarse—. Bueno, creo que lo mejor que podemos hacer es olvidarnos del incidente y continuar —expresó en tono conciliador—. ¿De acuerdo?

—Ahora si nos entendemos, doc —sonrió mientras recogía el dinero.

—Debo advertirle que la ley también me exige que le informe sobre el procedimiento al que será sometido.

—Hágalo, pero procure ser breve.

Y lo fue. Le explicó que una vez que el paciente escogía el recuerdo que deseaba recibir, se buscaba al donador en una lista de voluntarios con los que trabajaba el hospital. Ya en el laboratorio, el donante era colocado en un *scanner* potente que revisaba su hipotálamo y localizaba, con precisión nanométrica, la zona donde se encontraba almacenado el recuerdo. Si el ordenador comprobaba que éste conservaba la nitidez y potencia necesarias, se procedía a extraer las neuronas y sinapsis apropiadas e implantarlas, horas más tarde, en una región virgen del hipotálamo receptor.

—¡Ea, doctor!, que no está hablando con sus colegas. ¿Qué es toda esa basura de neuronas y *sinasis*? A mí hábleme en cristiano.

—Verá. Las neuronas conforman una red de células interconectadas que le brindan al sistema nervioso la capacidad de formar vías eléctricas complejas y de transportar esta información integrada a través del organismo. Las neuronas se comunican entre sí a través de contactos separados por unos estrechos espacios llamados sinapsis —hizo énfasis en la p—, que, además, son los responsables de la retención de los recuerdos.

—Ya, ya. Entonces, ¿qué fecha fijamos para la operación?

Chandra se resignó. Sabía que era demasiado tarde para dar marcha atrás. Desde la primera cita debió rechazarlo o, bien, canalizarlo con otro médico dada la insolencia y precipitación mostradas por Canet. Sin embargo, no lo hizo en su momento y ahora pagaba las consecuencias de ese error.

—Si está de acuerdo —consultó su ordenador de bolsillo—, podemos programar la cirugía para…

II

Despertó en un cuarto oscuro y frío. Se sentía tan desorientado, entumido y débil que ni siquiera hizo el intento de incorporarse, sólo paseó la mano por su cabeza hasta toparse con un vendaje orgánico que le cubría desde la coronilla hasta la base de la nuca. Sintió una pequeña punzada de dolor.

La enfermera número dos entró a la habitación.

—¿Cómo está, señor Canet?

—¿Qué quiere que le diga? Fatal. El cuerpo apenas me responde, no siento los dedos de las manos y los pies y creo que tengo un volcán en erupción por

cabeza. Siento que tengo una de esas resacas que solía padecer cuando consumía cristales de sinteína pura.

—No se preocupe, son los síntomas normales. Notará —añadió mientras reprogramaba el robot sanitario— que con las horas desaparecen. Y ahora, si no dispone de otra cosa, informaré al doctor Chandra que ha despertado.

—Vaya, vaya y dígale que quiero verlo.

Momentos después Chandra apareció.

—Buenas tardes —le saludó al entrar—. ¿Conque no se siente bien?

Mientras Canet repetía lo dicho a la enfermera, el médico revisó su ritmo cardiaco, pulso, pupilas, reflejos así como la incisión que le había practicado horas atrás.

—Todo está en orden; sin embargo, quisiera que pasara la noche en observación para prevenir algún susto. De salir todo bien, mañana mismo estará en casa.

Canet al fin pudo sentarse la cama.

—Me parece que no *todo está en orden*, doc —explicó mientras tocaba el vendaje orgánico—. He intentado utilizar varias veces el implante, pero nada, ni una imagen, sonido o sensación viene a mí.

—Recuerde que en la primera consulta le comenté que el proceso de asimilación iba a ser paulatino y que llevaría algunas semanas.

—Ya, pero de lo que usted me cuenta a lo que estoy pasando hay un mundo de diferencia —arremetió irritado.

—Mire —respondió impaciente—, no es posible que sigamos con esto. O confía en mí aunque sea por esta vez o mejor se busca a otro médico que le inspire más confianza. La decisión es suya.

—Continúe, por favor —era la primera ocasión que se mostraba sumiso.

—Bien. Las neuronas y sinapsis se irán adhiriendo poco a poco al hipotálamo. Como complemento, le prescribiré un compuesto inhalable que, en la dosis y tiempos indicados —fue categórico—, aumentará la actividad de la enzima *Kinasa proteína A* para que usted disfrute su nuevo recuerdo en el periodo señalado. ¿Entendido?

Escuchó un monosílabo afirmativo a manera de respuesta. Insistió:

—Cumpla al pie de la letra con las indicaciones y verá resultados más pronto de lo que cree —añadió con frialdad al retirarse.

Por la mañana recibió el alta. Si bien había pasado una noche sin sobresaltos, lo cierto es que tampoco durmió mucho. Los ruidos provocados por el robot sanitario y las enfermeras fueron razones suficientes para mantenerlo en una vigilia casi perfecta de la que logró reponerse gracias a un regaderazo de agua tibia y a un desayuno ligero.

Abordó un taxi y ordenó al conductor que lo llevara al Hotel Samara. Ni sus amigos ni familiares sabían de su retorno a la Tierra, mucho menos de la intervención a la que se acababa de someter. Así debía de ser. Cinco años atrás salió rumbo a Marte sólo y con un sueño y ahora volvía de la misma manera pero con la posibilidad de cumplirlo. Regresaba con la frente en alto, victorioso como solían hacerlo los generales romanos al acabar sus campañas contra los bárbaros, y, para festejarlo, reservó la *suite* más cara del Hotel Samara, el mejor de la ciudad.

—¡Quién lo diría! —comentó irónico a la recepcionista—. Pasé cinco años trabajando en un basurero de Marte y sólo pude costearme un sitio como este. ¡Qué injusta es la vida! ¿Verdad?

No podía ser de otra forma. Si él había tenido que tragar tanta mierda en el pasado, lo justo era que ahora otros lo hicieran en su lugar.

De regreso en la habitación, dejó el paquete de medicinas sobre el buró, se sentó en la cama y encendió el televisor. Nada de lo que vio le satisfizo.

—Es la misma basura de siempre —murmuró al levantarse.

Se dirigió a la ventana y descorrió la cortina. El día estaba nublado pero no lo suficiente como impedirle apreciar la vista panorámica de la ciudad. Vio a lo lejos las montañas de Sangarare con sus cimas siempre blancas y deslumbrantes, mientras que, más abajo, se extendían el bosque de Fromow, en el que Canet vivió los pocos momentos de felicidad en su niñez, y el río Nayar cuyas aguas turbulentas bajaban hasta fundirse con el mar en la Bahía de Talamante.

Recordó que fue ahí donde concibió su sueño seis años atrás, justo una noche calurosa de verano en la que había estado tomando algunos tragos con los amigos. Salió del bar de la marina más borracho que una cuba y quiso despabilarse tomando el camino largo a casa, aquel que bordeaba la mitad occidental de la bahía y atravesaba por la parte baja de los riscos de Bernal. Cerca del atracadero de los pescadores —tanto que veía las luces de sus barcazas—, tropezó y estuvo a punto de caer en el agua. Aún adolorido, se incorporó y buscó la causa de su caída que no era otra más que un bulto a mitad del camino. Lo

vio una vez tras otra hasta que comprendió lo que sucedía, entonces el sueño llegó a él.

Fue al comedor y, nervioso, jugueteó con un par de manzanas sintéticas. Las dejó en el frutero y asió una silla con la idea de ocuparla, pero no lo hizo. Y es que en ese momento sentía que le faltaba algo pero no sabía qué; nada le emocionaba y todo le parecía anodino. Su cabeza era un mar de dudas. ¿Si el transplante no pegaba? ¿si era un recuerdo defectuoso? ¿si no le gustaba? ¿Cómo castigaría al doctor? Y… peor aún, si todo salía bien, ¿qué haría con su vida? ¿regresar a Marte? ¿trabajar de nuevo en la mierda? ¿hacerse un futuro en la Tierra?

Un sonido repetitivo procedente del buró lo regresó a la realidad. Eran sus medicinas. Con la curiosidad propia de un niño, tomó el paquete que las envolvía y lo abrió. El ruido se detuvo y apareció un estuche púrpura de tamaño rectangular que contenía una alarma diminuta, un juego de 24 ampolletas translúcidas y una receta que decía:

—Dosis: una ampolleta cada 12 horas. Vía: respiratoria. Forma de uso: colocar la ampolleta cinco centímetros debajo de la nariz, romperla con las dos manos, inhalar profundamente y descansar 30 minutos.

Se sentó en la cama y sacó una del estuche:

—Conque tu vas a hacer el sueño de papá realidad —le habló al tiempo que a miraba a contraluz.

Releyó las instrucciones y, decidido, la reventó. Un olor penetrante y agradable inundó su nariz. La sensación fue tan fuerte que no pudo mantener los ojos abiertos ni permanecer sentado. Sintió que todo transcurría en cámara lenta: el desvanecimiento, la caída y el golpe. Apareció en su mente una escena borrosa. Era de noche y se encontraba en el estacionamiento de una taberna de mala muerte. Ignoraba la razón por la que se hallaba ahí, pero tenía la certeza de que debía entrar… De pronto, la escena se nubló.

Volvió en sí maravillado. La experiencia había sido intensa, extenuante y, sobre todo, muy valiosa dado que le permitió comprobar que el implante funcionaba y que el recuerdo, aunque fuera en extractos borrosos, estaba ahí.

Intentó dormir pero la ansiedad se lo impidió. Cerraba los ojos y lo único que conseguía era recrear, una vez tras otra, la escena en busca de nuevos indicios, de pistas que le ayudaran a ir más allá de lo recordado. Impaciente, vio su reloj con el deseo de que la espera acabara pronto.

—¡Nueve horas! —gritó—. ¡Faltan nueve malditas horas para la siguiente dosis! ¿Qué diablos voy a hacer hasta entonces?

Quiso tener enfrente a Chandra para golpearlo hasta verle en el suelo bañado en su propia sangre. Quiso reventarlo hasta que su ira desapareciera, quiso tantas cosas y, no obstante ello, se le ocurrió una mejor idea.

—Las medicinas están hechas para curar a los enfermos —se justificó—, así que no me hará daño tomarla ahora —asió una ampolleta y, tras dudar por un instante, se hizo de otra—, como tampoco duplicarla.

Las rompió y aspiró con apetencia. El recuerdo regresó. Ahora estaba sentado en la barra de la cantina bebiendo un escocés doble y vigilando a la clientela. En las mesas, algunos parroquianos de edades y procedencias diversas jugaban a las cartas profiriendo gritos, maldiciones y amenazas, mientras que otros, más discretos, aprovechaban la penumbra para ofrecer sus servicios, arreglar algún *trabajillo* pendiente o ultimar un negocio. No tenía duda de que en ese tugurio había más ladrones que en la cueva de Alí Baba.

Pidió al cantinero que le sirviera un escocés sencillo. Esa era su cábala: tomar primero uno doble para entrar en calor y, a continuación, uno sencillo para realizar la diligencia. Apuró su trago de un golpe e inició la caza. Se mezcló entre la concurrencia y buscó en las mesas, en los compartimentos holográficos y en la sala de electrorelajación sin éxito. Pensó que tal vez el sujeto había cambiado de planes o recibido el pitazo de que le estarían esperando para ajustar cuentas. Daba lo mismo, ahora tendría que hacer otros arreglos y planes para capturarlo.

Los escoceses hicieron su efecto. Aún molesto, caminó rumbo al servicio y abrió la puerta con un punterazo para apaciguar su ánimo. Vio cómo una sombra intentaba escapar por un ducto. Corrió hacia ella y la golpeó hasta hacerla caer.

—Vaya, vaya, hasta que al fin te encuentro —sonrió—. Te traigo un regalito muy especial que sé que te va a gustar —metió su mano en la chaqueta—. ¿Estas listo, maldito?

Todo se oscureció.

Despertó agotado y con un dolor que le martillaba la cabeza. Se incorporó con lentitud y caminó por para atenuar el malestar. Mientras lo hacía, meditó sobre lo sucedido y concluyó que aquello era mucho mejor que un sueño por ser todo en él más vibrante, colorido y auténtico.

Como el paseo le abrió el apetito, decidió darse gusto con un servicio de cuarto generoso. En seguida, llenó la tina de hidromasaje con agua caliente y con un frasco de concentrado olor champaña. Recordó a sus compañeros de Marte y creyó saber lo que le hubieran dicho al ver la escena.

—¡Qué se jodan esos perdedores! —explotó—. Se quedaron en el lugar que les correspondía. Nacieron en medio de la basura y ahí han de morir.

Veinte minutos después comía una doble pierna de cordero mutado con su guarnición de papa, repollo y mayonesa en medio de un mar de pompas movido por chorros de agua y de aire. Finalizado el banquete, hizo la digestión dormitando un rato con la compañía de la *Banda Quarz* y sus clásicos *Muñequita venusina*, *Necesito sinteína para curar este dolor*, *Dios ha muerto pero nuestro amor es eterno*, entre otros.

Salió de la tina y pasó un buen rato en la cama ultravioleta para secarse y cambiar ese color tan pálido que había adquirido en Marte. Pese a los esfuerzos por dotar al planeta de una atmósfera similar a la terrestre, aún resultaba imposible asolearse sin correr el riesgo de desarrollar cáncer en la piel.

De regreso a la alcoba, se tiró la cama y cerró los ojos. Cayó en un sueño profundo y reconfortante del que fue arrancado por un ruido que no cesaba.

—¿Qué diantres pasa ahora? —aulló furioso.

El estuche volvía a sonar para recordarle que era hora de tomar su medicina.

—¡Qué rápido pasa el tiempo! —lo abrió—. Debo ser obedientemente y cumplir las indicaciones del doctor.

Rompió una ampolleta tras otra hasta sumar tres. Estaba de vuelta en el servicio y miraba el rostro aterrado de su víctima. Sabía lo que tenía que hacer, así que sacó la mano de su bolsillo cuando, de repente, todo su convirtió en un caos. Los colores se abrillantaron hasta cegarle, los sonidos se transformaron en gritos que lo ensordecieron, los olores le reventaron la nariz y saturaron sus pulmones, su cuerpo se transformó en una masa amorfa de huesos y músculos que yacía en el suelo y sus nervios, más sensibles que nunca, hicieron de cada sensación un dolor que aumentaba poco a poco hasta convertirse en un sufrimiento atroz. Intentó alejarse de ahí y olvidar esa pesadilla pero sólo consiguió emitir un grito desgarrador.

III

Era la primera vez que visitaba la villa y, aunque había escuchado infinidad de veces comentarios sobre ella, concluyó que todos se quedaban cortos. Enclavado en la cima del monte Hünde, el centro tenía una vista espectacular de las llanuras de Victoria y de los caudalosos ríos Canagua y Cobeb. Su interior contaba con instalaciones y espacios abiertos que pese a

ser los más modernos, recordaban, por su estilo y materiales empleados, a la Roma antigua.

—¡Asombroso! —expresó al deambular por los alrededores de la alberca y del gimnasio—. Es cómo si hubiera realizado un viaje por el tiempo.

—Pero aquí no encontrará togas —una voz respondió atrás de él—. Preferimos las batas en su lugar. Bienvenido, doctor Chandra.

—¿Doctor Biao? —volteó.

El extraño asintió.

—Es un placer conocerle —se dieron un apretón de manos—. Disculpe que no haya ido directo a su consultorio, pero como llegué antes de la hora quise dar una vuelta. Lo que tiene aquí es sorprendente.

—Muchas gracias, y de lo otro ni se preocupe, pues ya ha hecho parte de mi trabajo —bromeó.

Realizaron un breve recorrido por el lugar que concluyó en el *jardín de relajación*, donde los pacientes descansaban ya fuera caminando, tomando el sol, jugando o bañándose en las pilas de aguas termales.

—Disculpará mi franqueza, doctor Biao, pero temo que no me pidió que lo visitara para presumirme su hospital. Sería tan amable de decirme qué es lo que está pasando.

—Me confieso culpable —sonrió—. ¿Conoce al señor Canet?

—Es uno de mis pacientes —respondió extrañado—. ¿Está metido en algún problema?

—Ayer por la mañana su paciente fue encontrado inconsciente por una recamarera del Hotel Samara. El cuarto parecía un campo de batalla y la pobre imaginó, como es de suponer, que el hombre que yacía sobre la cama estaba muerto. Antes de dar parte al jefe de piso, se acercó al supuesto cadáver y le bastó tocarlo para que éste despertara aullando como loco y lanzando golpes a diestra y siniestra. Créame que de no haber sido porque una compañera suya avisó al gerente del hotel la hubiera matado.

Chandra se quedó sin palabras.

—Ahí no termina el asunto. Fue necesario que intervinieran cuatro policías, además del gerente, para reducir a Canet. Tan mal estaba que ni siquiera se atrevieron a llevarlo a la comandancia, se limitaron a hablarme para que me hiciera cargo de él.

—Ya —articuló nervioso—. Lo que no me queda claro es cómo dio usted conmigo.

—La policía encontró un estuche con ampolletas y una receta que usted prescribió al paciente. Lo demás ya lo sabe.

—¿Cuántas ampolletas quedaban en el estuche?

—¡Bingo! Quedaban dieciocho.

¿No querrá decir que…?

—¿Inhaló seis ampolletas en doce horas? —terminó la frase—. Delo por hecho. Si lo raro es que sobreviviera.

Fue curioso. La noticia no sorprendió a Chandra. Siempre supo que nada bueno resultaría de la experiencia, aunque jamás cedió ante la tentación de imaginarse los posibles finales que tendría la historia. Se trataba de una cuestión de fondo y no de forma.

—¿Desea ver a su paciente, doctor Chandra?

—Si es tan amable —respondió sin saber por qué.

Cruzaron el jardín de extremo a extremo hasta llegar a un árbol frondoso. Debajo, una generosa sombra cobijaba a Canet, quien reposaba en una silla neumática. No era ni la sombra de aquel hombre alto, fornido y vital que conoció tiempo atrás. El suyo ya no era un rostro sino una máscara acartonada incapaz de reflejar emociones o sentimientos y que tenía por ojos un par de cuentas de vidrio que veían al infinito como si quisieran encontrar ahí las causas de su sufrimiento. Tenía el brazo derecho extendido hacia el horizonte y, en su mano, se juntaba sin parar los dedos gordo e índice al mismo tiempo que recitaba, con una voz monótona e inmutable:

—Muere, maldito; muere, maldito; muere, maldito; muere, maldito…

—Es imposible comunicarse con él. No hay Dios ni ciencia que lo puedan ayudar Lo que ve es lo que queda de él. Una verdadera lástima.

Era la primera vez que sentía algo por este hombre que no fuera molestia o desesperación. No, se trataba de otro sentimiento, de uno muy diferente que jamás creyó que Canet le pudiera provocar: compasión.

—Si, una verdadera lástima… —contestó Chandra—. Pobre diablo. Ojalá que ahora encuentre la tranquilidad que antes no disfrutó.

© Iñigo Fernández

Iñigo nació en México D.F. hace 34 años. Es un historiador de profesión y desde su *más tierna adolescencia* se ha sentido atraído por la ciencia-ficción y que, desde entonces, fue seducido por la obra de Jack Vance. Dada la amplitud del género, gusta más de las obras de ciencia-ficción que abordan las problemáticas humanas en el futuro que aquellas que hacen lo propio con la ciencia y la tecnología.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

SUICIDA TEMPORAL

por Franco Arcadia

El tema del suicidio es uno de esos temas que, cuando menos, sorprende por ser una decisión irreversible y sin solución. ¿Será posible en el futuro conseguir una solución para aquellas personas que quieran tomarse unas *vacaciones* temporales? ¿Aceptará esto la sociedad? ¿En todos los casos? Este cuento es sobre uno de esos casos posibles.

El sonido del teléfono me sobresaltó, forzándome a realizar una brusca maniobra con el volante. Pese a que esa mañana tenía los minutos contados para llegar al Tribunal Mediático, un presentimiento me empujó a contestar. Atendí y escuché la voz de un joven que, al preguntar con fingido dramatismo por Ángela Reinoso, alertó mis nervios en forma inmediata. Tratando de simular tranquilidad, le dije que me aguardara un instante. La ansiedad me ganaba mientras buscaba un lugar donde estacionar. Como música de fondo, los bocinazos de los demás automovilistas con la poca piedad habitual para una conductora me aturdían aún más. Instintivamente asomé mi dedo medio por la ventanilla para aumentar la rabia de los impacientes de turno.

Cuando escuché que quería confirmar si yo era la hija del *señor Sebastián Reinoso*, una sensación de vacío oprimió mi pecho con fuerza. Luego, como una catarata de piedras, una por una, sus atolondradas palabras fueron cayendo sobre mí. Tomé nota de la dirección del local y le pregunté, interrumpiéndolo, cuánto tiempo llevaba en ese estado. Observé el reloj del auto para comprobar que todavía quedaban unos minutos para intentar algo. Una vez que corté la comunicación, aceleré al máximo tratando de llegar al cyber sin perder ni un precioso segundo extra. Después de lo que había escuchado, ya poco importaba el juicio al que tenía que asistir.

Din don dan Chiqui y Papi juntos están

Mientras sacudía la cabeza con violencia apartando esa vieja melodía, el auto literalmente volaba sobre el asfalto de la avenida Santa Fe. Entre tanto, mi memoria rastreaba los datos del artículo que había escaneado tiempo atrás para un caso ante la Corporación Suprema. Recordaba, con seguridad, que sólo había 30 minutos para tratar de anular el suicidio temporal, pero todavía ignoraba cómo mi padre había conseguido ese moderno aparato de venta ilegal. Tampoco sabía qué motivos lo habían llevado tomar una decisión así, y por el mayor plazo posible, que, si mal no recordaba, era de diez años.

A medida que esquivé autos y semáforos a toda velocidad, traté, con todas mis fuerzas, de evitar que la angustia que pugnaba por adueñarse de mí, mutando a imágenes de mi padre, lograra desviar mi concentración cuando aún

quedaban esperanzas. Maldije una y otra vez esos nefastos inventos tecnológicos, capaces de brindar prestaciones tan horrendas. Pero, como defensa, intenté aferrarme a la ilusión de que él no le hubiese colocado clave de bloqueo al aparato para poder anularlo fácilmente. Siendo una abogada veterana, sabía que el empleado del cyber no podía intentar nada sin quedar involucrado en una causa penal.

Dan din don Papi y Chiqui con todo el amor

Activé la compactera para sepultar ese mantra que taladraba mi cabeza. Si había cargado bien la dirección en el mapa del auto, en ese instante me encontraba a pocas cuadras de Bulnes y Arenales, donde estaba el lugar. La verdad no sé, ni siquiera, si llegué a estacionar. Poco me importaba.

Cuando traspasé el portón de acceso, vi al empleado que, sin desconectarse los sensores de realidad virtual de su cuerpo, me increpó de mal modo:

—Oiga, no habrá venido con la poli, ¿eh? —dijo a la vez que me miraba de reojo sonriendo con un hilo de baba asomando en su comisura— no quiero que nada interrumpa mi *viaje*...

La expresión desorbitada de sus ojos logró desatar toda mi furia, arrancándole, con un preciso manotazo, los cables de su sien mientras le gritaba desaforada:

—¿Dónde está mi padre, pedazo de imbécil linkeado?

Como toda respuesta, mientras se frotaba la frente dolorido, señaló la cabina número cuatro del sector *Reservado–XXX*. Un sinfín de compartimentos de vidrios polarizados me confundió por un instante. En esos segundos interminables, destrabé la puerta y recibí, horrorizada, el impacto del cuerpo de mi padre que yacía aún con el maldito aparato conectado a su muñeca.

Mientras, el joven, visiblemente nervioso por la cantidad de curiosos que, alertados por mis gritos, se comenzaban a amontonar, me dijo que no había visto nada llamativo en ese anciano canoso que, como tantos otros adictos a los placeres virtuales, le había pedido un turno de media hora en ese sector. Cuando pude comenzar a recuperarme de la terrible impresión, miré el monitor para confirmar que restaban tan sólo seis minutos para que el proceso fuera irreversible. El número diez que titilaba sin cesar en la pantalla sobre el reflejo de mi rostro surcado por el tiempo y los disgustos, mostraba la cantidad de años que, si para entonces su delicada salud sobrevivía, iba a tener que esperar para volver a escuchar sus sabios consejos o para compartir las caminatas de domingo por el parque que, después de lo de mamá, paliaban nuestra coincidente soledad.

Din don dan Chiqui y Papi juntos están

Cuando, apurada, intenté la cancelación, el sistema me alertó que estaba protegido por contraseña y que solamente tres intentos estaban permitidos sin desencadenar su muerte definitiva. Asomando entre los curiosos, un comedido muchacho se acercó para alegar que tal vez me serviría revisar el último sitio de Internet al que había ingresado antes de activar el aparato. Accedí, en busca de algún dato útil, pero con amarga sorpresa observé, incrédula, que se trataba de un artículo periodístico que involucraba a mi padre en una estafa a un net-bank. En ese momento comprendí, con rabia y tristeza, por qué lo había visto tan preocupado en esos últimos días, a la vez que tomaba conciencia de lo segura que debía estar antes de ingresar cualquier clave.

Pronto, la señal de la maldita cuenta regresiva en pantalla me impulsó a escribir su nombre en el teclado. Al terminar de presionar la última letra de *Sebastián*, mis dedos temblorosos se acercaron a la tecla Enter, recibiendo como toda respuesta un frío cartel de *Contraseña Incorrecta*.

Dan din don Papi y Chiqui con todo el amor…

Sentía el murmullo de la morbosa multitud a mí alrededor, combinado con el implacable reloj de la pantalla, clavarse como una aguja letal en mi corazón. Atiné a pensar que tal vez la clave tenía que ver con mamá. Por lo tanto, introduje la fecha de su casamiento, que había ocurrido más de medio siglo atrás, pero que creía recordar con exactitud. Pareció que la computadora vaciló un instante, pero mis ilusiones se hicieron trizas rápidamente al ver que había malgastado el segundo intento.

Ya sin margen para otro error y con menos de dos minutos de esperanza, las lágrimas se agolpaban en mis ojos mientras, en un vertiginoso debate contrarreloj, dudaba entre lo egoísta y culpable que me sentiría si volvía a fallar y, por otro lado, cómo sobrevivir esos diez años resignada sin su compañía, sin su palabra de aliento que nunca me había faltado en mis cincuenta años de vida y, lo más triste, sin haber agotado hasta el último intento. En mi cabeza un torbellino contradictorio me empujaba a odiar a mi padre, por el dilema en el que me había hundido, tanto como a despreciarme a mi misma por no respetar su decisión.

Confundida y tratando de huir del abismo que luchaba por devorarme, busqué la decisión aferrando las todavía tibias manos de mi padre. Allí descubrí en una de ellas una pequeña nota arrugada en su interior. En ella decía *Perdóname. No tengo coraje para matarme. Pero me engañaron y tampoco quiero verme obligado a vivir mi vejez en la cárcel. Pase lo que pase, en mi corazón siempre vas a ser mi Chiqui. Papá.*

Mi llanto reprimido ya no pudo contenerse, y me abracé con fuerza a su cuerpo, mientras repetía que nunca iba a dejar de ser su *Chiqui*. La voz metalizada de la computadora que anunciaba los diez segundos finales me encontró con los ojos intensamente cerrados junto a su pecho mientras, llamativamente, mi mente seguía escuchando el cariñoso apodo en la voz de mi padre.

Súbitamente, un impulso me abalanzó sobre el teclado: ingresé *Chiqui* como clave y pulsé la tecla Enter, justo sobre el sonido final…

El canto matinal de los pájaros que revolotean alrededor de mi banco, casi despertándome, me hacen ver, entre el reflejo del domingo soleado, quién viene allá a lo lejos

© Franco Arcadia

Bajo este seudónimo se esconde un cuerpo del montón con ojos verdes gastados, donde conviven las más diversas (y hasta contradictorias) influencias. Suelo orbitar por los laberintos de Buenos Aires, aunque seres de dudosa credibilidad juran haberme visto regando con mis historias los confines de la Argentina y un poco más allá también.

Sitio De Ciencia-Ficción
http://www.ciencia-ficcion.com el referente ineludible de la ciencia-ficción en español

Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:
http://theplague.ci-fi.com/

La página de los bien informados:
http://www.stardustcf.com/

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

EL ¿FIN? DE LA INFANCIA

por José Carlos Canalda Cámara

José Carlos nos ofrece un cuento complejo en el que se abordan los aspectos éticos que pueden tener sobre nuestras vidas nuevas técnicas médicas, técnicas que pueden afectar al futuro de la sociedad para bien o para mal. También es un cuento sobre las distintas actitudes que rodean estos inventos, algunas de ellas hipócritas y otras tantas faltas de ética. Pero estás cuestiones son difíciles de elucidar.

—Los señores de López —anunció la secretaria con el impersonal tono habitual de su profesión, al tiempo que se apartaba con diligencia para dejar paso a los visitantes.

El ocupante del elegante despacho, un hombre de mediana edad y atildado aspecto parapetado tras una lujosa mesa de caoba, fingió abandonar el estudio del informe que reposaba sobre la misma para dar la bienvenida a los recién llegados. En realidad se trataba de un gesto fingido, puesto que conocía de sobra su contenido, pero sabía que este pequeño truco solía infundir confianza a los posibles clientes.

—¡Señor López, señora! —exclamó al tiempo que se levantaba, exhibiendo una amabilidad tan estereotipada como falsa—. Sean bienvenidos. Miren qué casualidad, justo en este momento me encontraba estudiando su expediente... —mintió, al tiempo que señalaba teatralmente el documento.

Sus interlocutores, una pareja que frisaba la cuarentena –esta circunstancia no había dejado de sorprenderle la primera vez que consultó sus datos, ya que normalmente solían ser más jóvenes– y aspecto anodino, pero con los bolsillos bien cubiertos –de no ser así no estarían allí–, entraron cohibidos estrechándole maquinalmente las manos antes de sentarse en las sillas que les eran ofrecidas. Aparentemente, eran presa fácil.

—Ustedes dirán —sonrió su anfitrión—. Estamos aquí para ayudarles.

Y tras constatar su patente embarazo, continuó:

—Bueno, claro está que es una forma de hablar, ya que aquí tenemos su solicitud —enfatizó, golpeando con la uña del dedo índice la carpeta—. Pero, ¿me equivoco si aventuro que quizá ustedes pudieran no estar convencidos del todo?

De sobra sabía el viejo zorro que había dado en mitad del blanco. La actividad de su empresa, aunque escrupulosamente legal o, por hablar con mayor propiedad, no explícitamente ilegal, suscitaba el rechazo de amplios sectores sociales, existiendo grupos de presión bastante importantes, con la propia Igle-

sia Católica a la cabeza, que hacían todo lo posible por promover su prohibición, hasta entonces de manera infructuosa. Pero convenía no menospreciar a un enemigo que, perdida por el momento la batalla legal, recurría sin escrúpulo alguno a la guerra de guerrillas, intentando coaccionar por todos los medios posibles a cualquiera que osara reclamar sus servicios. En consecuencia, la primera labor de los agentes comerciales de la compañía consistía, precisamente, en intentar vencer la reluctancia inicial con la que éstos solían acercarse a sus oficinas.

Pero él era perro viejo, y sabía cómo coger el toro por los cuernos.

—Yo… nosotros… —balbuceó al fin el hombre.

—Queremos tener un hijo —remató ella tomando las riendas ante la patente indecisión de su marido—. Siempre lo hemos querido.

—Por supuesto, por supuesto… —apoyó el vendedor exhibiendo su mejor sonrisa de gavilán— esto es justo lo que llevamos apoyando desde el mismo momento de la creación de nuestra empresa; facilitar a parejas como ustedes poder disfrutar de la bendición de los hijos. En verdad, no comprendo cómo puede haber quienes nos recriminen nuestro apoyo a tan noble causa —concluyó hipócritamente.

—A nosotros siempre nos han gustado mucho los niños —como casi siempre, era la mujer la que llevaba la voz cantante—. Pero, ¿sabe? luego, cuando crecen, se vuelven tan repulsivos… nunca he soportado a los adolescentes insolentes y maleducados. Por esta razón, nunca nos atrevimos a tener hijos.

—Lo comprendo, lo comprendo —¿cómo no lo iba a comprender, si era precisamente en ello donde estribaba su negocio?—. Realmente, es una verdadera lástima que criaturas tan angelicales se transformen, en el plazo de unos pocos años, en unos desagradables jovenzuelos. Por fortuna, —retrucó— para eso estamos nosotros.

—Pero hay muchos que no opinan así —alcanzó a objetar el marido antes de sentir el codazo de su esposa—. Se dicen cosas muy feas de ustedes.

—¡Oh, por eso no tienen que preocuparse! —ni él tampoco, por supuesto, ya que la conversación estaba discurriendo por los cauces marcados en su manual de técnicas de persuasión—. Como afirma el dicho, ladran, luego cabalgamos —concluyó con acento jovial al tiempo que dirigía su mejor sonrisa a la mujer, que había palidecido ostensiblemente ante el temor a una presunta metedura de pata de su imprudente compañero.

—Sí, pero…

—No es necesario que se justifiquen, conozco de sobra los reparos que pueden albergar no por sus convicciones, de ser así no estarían ustedes aquí, sino por el qué dirán. Huelga decir que nuestro código deontológico nos impide firmar un contrato con alguien que no esté plenamente convencido, por lo que preferimos perder un cliente antes que tenerlo descontento. Por esta razón es por la que estoy hablando ahora con ustedes; es mi deseo, por el bien de todos, que acepten nuestros servicios, pero siempre y cuando lo deseen realmente y estén dispuestos a afrontar las posibles... digamos presiones de los retrógrados que por desgracia nos rodean.

Pese a la falsa sinceridad de la oferta, lo cierto era que el envite acostumbraba a rendir buenos resultados la mayor parte de las veces, ya que los clientes solían tomarlo erróneamente como una muestra de sinceridad.

—Tiene usted razón, no tenemos por qué vernos coaccionados por lo que opine cualquier cretino —el marido iba recuperando poco a poco la confianza en sí mismo, e intentaba dar una imagen de seguridad que probablemente distaba mucho de sentir—; al fin y al cabo, es una cuestión que nos atañe sólo a nosotros dos... bueno, y a nuestro hijo, claro.

—No debemos dejarnos avasallar por el oscurantismo, de haber sido así la humanidad todavía estaría refugiada en las cavernas.

Era una frase hecha, por supuesto, que acostumbraban a repetir en todos los casos ya que solía ser bastante efectiva.

—Ahí está el caso de Darwin y la Teoría de la Evolución... —halagado en su vanidad, el cliente intentaba presumir de sus conocimientos adquiridos en la lectura de los suplementos dominicales de los periódicos.

—Pues por increíble que parezca, a estas alturas todavía hay quienes se oponen a que se estudie el evolucionismo en los colegios —o mucho se equivocaba su instinto vendedor, o ya estaban casi en el bote—. Y no es un caso único, por desgracia. Durante siglos el progreso de la medicina estuvo estancado a causa de la prohibición de diseccionar cadáveres, y científicos de la talla de Copérnico, Galileo o Giordano Bruno sufrieron el reaccionarismo de sus contemporáneos. Y para qué hablar de nuestro país; mientras nuestros vecinos sentaban las bases de la ciencia moderna, aquí florecía la teología como principal disciplina universitaria. Así nos fue...

—Y ahora siguen igual —insistió, satisfecho, su interlocutor.

—¿Cómo no? Por fortuna no llegamos a los extremos de otras culturas empeñadas en volver a la Edad Media y a la vida nómada, pero el talante es el mismo en todos los casos. Miren si no, por poner un ejemplo reciente, su oposición frontal a todo lo que huela a reproducción asistida o fecundación *in vitro*,

por no hablar ya de cualquier cosa que esté relacionada con la investigación genética, por mucho que sus fines no sean otros que los de erradicar enfermedades y mejorar a la especie humana. ¿Cómo podría oponerse Dios a algo tan maravilloso como crear y salvar vidas? —realmente era un excelente actor.

—Creo que en eso estamos de acuerdo, así pues ¿por qué no vamos al grano? —le interrumpió la mujer, harta ya de la cháchara entre los dos varones y mucho más pragmática que su locuaz consorte.

—Como usted quiera —concedió el anfitrión, llevando a la práctica la conocida máxima de que el cliente siempre tiene razón—. Eso sí, antes de seguir adelante, he de preguntarles si conocen suficientemente nuestra actividad, y si están dispuestos a aceptarla; se trata de una simple pregunta retórica, pero nuestro protocolo de actuación nos obliga a hacerla.

—Por supuesto —respondió de nuevo ella—. Ustedes son capaces de retrasar la pubertad de los niños, haciendo que su infancia se prolongue durante más tiempo del biológicamente normal.

—No es sólo eso, también podemos regular su crecimiento de forma controlada conforme a los deseos concretos de cada cliente, de forma que éstos puedan disfrutar de la etapa preferida de la vida de sus hijos durante todo el tiempo que quieran. Aunque no somos la única compañía presente en el mercado, sí les puedo asegurar que nuestros niveles de calidad no tienen comparación con los de ninguno de nuestros rivales, ya que somos los únicos que disponemos de un departamento propio de síntesis y desarrollo hormonal. Nuestros competidores, por el contrario, se limitan a comprar los combinados hormonales a terceras compañías ajenas, habitualmente orientales; sus tarifas son bastante inferiores a las nuestras, eso es cierto, pero los resultados no son en modo alguno comparables. Y estamos hablando de algo tan importante como es la salud de sus hijos.

—Esto está claro, por eso hemos recurrido a ustedes. Pero dígame, ¿existe algún riesgo?

—Hay que tener en cuenta que la biología no es una ciencia exacta en el sentido que lo puedan ser las matemáticas, pero… —a diferencia de otros compañeros suyos, a él le encantaba adoctrinar a sus clientes— les puedo asegurar que nuestro umbral de fracasos es sensiblemente inferior al existente en las poblaciones de control no sometidas a tratamiento hormonal. Esto se debe a que nuestras hormonas son de calidad extrema, y carecen de los efectos secundarios producidos por las disfunciones endocrinas naturales. Además, sólo iniciamos tratamientos con gestantes, nunca con niños recién nacidos ni, mucho menos, con pacientes de más edad; esto último es una auténtica barbaridad, pese a que nos consta que hay quien lo hace. Para nosotros es fundamental poder controlar el metabolismo de nuestros pacientes antes de que sus pro-

pias glándulas endocrinas comiencen a ser funcionales, ya que ésta es la única manera de evitar interferencias indeseables.

—Supongo que el proceso será reversible... —apuntó el futuro padre con timidez.

—Eso depende de lo que entendamos por reversible. Como cabe suponer no es posible dar marcha atrás, pero igual que regulamos el equilibrio hormonal retrasando la pubertad, y aun las diferentes etapas prepúberes de la vida del niño, podemos igualmente acelerarlo para conseguir el efecto contrario. La ley nos impide aplicar esto último a niños con un proceso de crecimiento natural al estar prohibido fomentar artificialmente la precocidad, pero nada hay en contra de recuperar el, digamos, tiempo perdido. De hecho siempre estamos obligados a hacerlo tarde o temprano, porque toda persona de metabolismo controlado tiene derecho legal a alcanzar el estado de adulto, tanto biológico como civil. Lo único que cambia en cada caso son los plazos, que dependen de la voluntad de los padres o tutores. En cualquier caso, a la desaparición de los padres legales, biológicos o adoptivos, es preceptivo acelerar el metabolismo de estas personas con objeto de que puedan alcanzar la mayoría legal en el plazo de tiempo más breve posible, salvo claro está por causas de fuerza mayor.

—¿Quiere decir que, pongamos por ejemplo, si retrasáramos la madurez de nuestro hijo durante diez años y luego decidiéramos recuperarlos, ¿tardaríamos otro tanto?

—Esta pregunta requiere una respuesta compleja. Mientras que ralentizar la maduración corporal no plantea ninguna dificultad técnica, y puede ser mantenida por tiempo indefinido, con la aceleración de la misma hay que proceder con mayor cautela, ya que existe el riesgo de provocar daños irreversibles en el organismo si el proceso se realiza con demasiada rapidez. Como norma general solemos aplicar la regla del dos por uno, es decir, dos años de crecimiento biológico por cada uno cronológico, pero se trata tan sólo de un límite genérico, dependiendo de las circunstancias, tanto biológicas como legales, procuramos optimizar este crecimiento. Por supuesto que antes de iniciar el tratamiento al nonato diseñamos una curva de crecimiento ideal que tiene en cuenta tanto los deseos de los progenitores como las circunstancias particulares de cada caso concreto; no es lo mismo que los padres sean menores de treinta años que mayores de cuarenta —al decir esto ambos visitantes frunciéron el ceño—, ya que lo que se intenta evitar, siempre que sea posible y salvo imponderables, es que estos niños pudieran quedar huérfanos o desamparados en caso de fallecimiento de los padres por muerte natural, aparte de que no es lógico, pongo por caso, que unos octogenarios estuvieran al cargo de la crianza de unos bebés perpetuos. Todo tiene un límite, y mi compañía, lejos de limitarse a aplicar las restricciones legales tal como hacen las otras, se autoimpone además sus propias normas, bastante más estrictas. Tengan en cuenta que te-

nemos que planificar a muy largo plazo, y que una actuación errónea por parte nuestra podría acarrear serios perjuicios a una o varias personas, algo que intentamos evitar por todos los medios.

—Pero nosotros no queremos que nuestro hijo crezca... —objetó ella— por eso hemos venido aquí.

—Señora, la publicidad de nuestra compañía no puede ser más explícita al respecto —ahora venía la etapa más delicada de todo el proceso—. Nosotros no prometemos una infancia eterna, sino una infancia prorrogada para que nuestros clientes puedan disfrutar de sus hijos durante el mayor tiempo posible.

—¡No quiero tener que soportar adolescentes! —casi gritó.

—Por desgracia eso no resulta posible, tanto desde el punto de vista médico como desde el legal. Nosotros podemos retardar o acelerar dentro de ciertos límites el proceso de crecimiento de un niño, pero no suprimir ninguna de sus etapas. Lo que sí hacemos, y esto suele ser suficiente para la gran mayoría de nuestros clientes, es acortar al máximo la duración de los períodos potencialmente conflictivos o poco deseables, como es el caso de la adolescencia, que en condiciones normales dejamos reducida a aproximadamente la mitad. Además, puesto que los muchachos están sometidos en todo momento a un estricto control hormonal, logramos reducir al mínimo los efectos perniciosos sobre su comportamiento que tienen un origen endocrino. Queda fuera de nuestro control, claro está, cualquier tipo de influencia que venga provocada por factores sociales, pero eso es algo que entra dentro de las responsabilidades paternas. En cualquier caso, le puedo asegurar que nuestros adolescentes suelen ser mucho más dóciles y tranquilos que sus homólogos no tratados, y además conviene no perder de vista el hecho de que alcanzan la madurez justo en la mitad de tiempo.

—Visto así... —concedieron ambos.

—Bien —zanjó el representante con la satisfacción de saberse triunfador—. Ahora, el siguiente paso es la firma del precontrato —añadió al tiempo que les alargaba un documento—. No se preocupen, esto no les compromete a nada que no sea la autorización para que nuestra empresa pueda realizar un estudio personalizado de su caso, y es independiente de que luego ustedes decidan continuar adelante o no. Para ello es necesario disponer de una serie de datos suyos de índole confidencial, amén de los imprescindibles análisis médicos y genéticos. Si aceptan, eso sí, es preceptivo aceptar el pago de este estudio. En caso de que finalmente rehusaran nuestros servicios, el informe sería destruido ante notario de forma que ninguna de las dos partes pudiera beneficiarse a expensas de la otra, y no les sería reintegrado el importe del mismo. Si el informe fuera desfavorable y desaconsejara el tratamiento, sería asimismo destruido, pero se les devolvería el dinero. Y si todo saliera bien, como espero, podríamos

firmar entonces el contrato y comenzaríamos el tratamiento a la mayor brevedad posible. Eso sí, precisamos que en el momento en que se inicie éste la señora no esté todavía embarazada, con objeto de poder controlarlo todo desde el principio. Aunque todo esto que les he explicado viene reflejado al dorso del documento, tienen a su disposición nuestro servicio de asesoría jurídica, que muy gustosamente atenderá todas sus consultas.

Todo estaba aparentemente resuelto para satisfacción de ambas partes. La misión del agente había terminado, y tanto si los clientes decidían seguir adelante como si no, serían otros compañeros suyos quienes se hicieran cargo de ello. Y estaba satisfecho puesto que había cumplido con su trabajo.

Tan sólo restaba ya la formalidad de la despedida, e iba a proceder a ella cuando el marido le hizo una pregunta fuera de contexto que no esperaba. Se trataba de algo inocente inducido por la simple curiosidad, pero no pudo evitar estremecerse como si hubiera sufrido un latigazo antes de que su bien entrenado autodominio le permitiera recuperar el control de la situación.

—Disculpe, señor, aprovechando la ocasión me gustaría comentarle algo que me tiene intrigado desde hace tiempo.

—Usted dirá.

—Siempre me he preguntado por qué razón, al igual que se retrasa el crecimiento de los niños, no se podía hacer lo propio para evitar que los adultos envejecieran.

—Bueno… —titubeó antes de encontrar la respuesta adecuada—. Es que no se puede. Primero, porque la ley lo prohíbe de forma taxativa; imagínese usted el caos social que se desataría si de repente la gente dejara de morirse —sonrió azorado.

—Pero quien hizo la ley hizo la trampa… —rió su interlocutor.

—Aun pretendiéndolo serviría de poco, ya que las técnicas que empleamos nosotros son válidas para el mecanismo hormonal que controla el crecimiento, pero no tienen el menor efecto sobre los fenómenos de envejecimiento celular ya que éstos funcionan de una manera completamente distinta.

—Cuestión de investigar, digo yo… —insistió.

—No se puede —por mucho que intentaba evitarlo, se sentía cada vez más tenso y nervioso—. El envejecimiento celular no está regulado por hormonas, ya que tiene lugar a nivel cromosómico. Es diferente, y mucho más complejo. Me temo que tanto usted como yo sí llegaremos a viejos.

—¡Qué se le va a hacer! —el señor López podría tener todo el dinero que quisiera, y sin duda debía de tener mucho, pero no por ello había logrado desembarazarse de sus modales de patán—. Y yo que me había hecho ilusiones... Bueno, Patro, vámonos ya, que estamos entreteniendo a este señor.

Su media naranja, mucho más preocupada que él por las relaciones sociales, le fulminó con la mirada. Pero se fueron, algo que había estado deseando desesperadamente.

Una vez calmado en la soledad de su despacho, recapituló sobre lo absurdo de sus temores. Él era un vendedor profesional, uno de los mejores de la compañía, y no tenía motivos para temer que le pudieran hacer preguntas comprometedoras. Pero por absurdo que pareciese, durante unos instantes había llegado a sentir auténtico pánico ante el temor de ver descubierto el Gran Secreto, algo que muy pocas personas en el mundo conocían y a causa del cual muchas otras habían llegado a perder incluso la vida.

Porque él había mentido al asegurar que no era posible prolongar artificialmente la vida, retrasando o incluso deteniendo el envejecimiento; sí que lo era, y de hecho la compañía llevaba practicándolo desde hacía décadas, por supuesto de forma clandestina aunque tolerada, y aun alentada, por unas autoridades que resultaban ser sus principales beneficiarias.

En realidad la actividad legal de la compañía, la contención de la pubertad en hijos de padres hedonistas o timoratos, cuando no ambas cosas simultáneamente, era una simple tapadera bajo la cual se camuflaba su verdadera labor, la de proporcionar una virtual inmortalidad a una serie de personajes que, por una u otra razón, habían conseguido alcanzar ese privilegio.

Eso sí, no había mentido en absoluto al afirmar que la inmortalidad generalizada habría acarreado indefectiblemente el caos y la desintegración social. Pero no eran esas en modo alguno las intenciones de quienes tenían en sus manos la llave para acabar con la tiranía de la muerte, sino otras muy diferentes, las de reservar estos beneficios tan sólo para unos pocos privilegiados mientras la inmensa mayoría de la humanidad no sólo quedaba al margen de ellos, sino que ni tan siquiera llegaría a ser consciente de la exclusión de la que habían sido objeto.

Prescindiendo del egoísmo intrínseco de la medida –al fin y al cabo la humanidad jamás había compartido nada con ella misma durante la totalidad de su historia–, cabría pensar que, si sólo podían prolongar su vida unos pocos, lo justo sería que fueran quienes más se lo merecieran, esa ínfima fracción de personajes que han resultado ser los motores de la civilización a lo largo de los siglos: artistas, escritores, músicos, científicos, pensadores, estadistas... aquéllos, en definitiva, cuya muerte supusiera una pérdida irreparable para la sociedad de la que formaban parte.

Pero no habían sido ellos los elegidos, sino otros muy distintos; justo aquellos que detentaban el poder a nivel mundial, no necesariamente a través de un cargo de gobierno o político. Unos perfectos desconocidos en su mayor parte para el común de los habitantes del planeta, pero a pesar de ello los verdaderos amos del mismo, con plena capacidad para decidir a su antojo, y sin el menor escrúpulo, sobre el destino de millones de personas. Poco les importaba a ellos el progreso de la humanidad salvo en lo que pudiera afectar a su propio beneficio, y desde luego no estaban en modo alguno dispuestos a compartir sus privilegios con ningún advenedizo que pudiera llegar llamando a las puertas de su particular Olimpo.

El método utilizado para retrasar el envejecimiento no realizaba milagros, pero se le aproximaba mucho. La capacidad de rejuvenecimiento de un cuerpo anciano resultaba ser notoriamente limitada, pero en contrapartida a ello se lograba evitar en su práctica totalidad cualquier tipo de deterioro orgánico posterior al inicio del tratamiento, lo cual en sí mismo ya era bastante. Del mismo modo, también era posible prevenir casi cualquier tipo de enfermedad producida por el desgaste natural del cuerpo, incluyendo las cardiovasculares y las tumorales. Esto convertía a los beneficiarios de los tratamientos en unos seres virtualmente inmortales, quedando fuera de su paraguas protector tan sólo los imprevisibles casos de muerte accidental o violenta.

Paradójicamente, lo que resultaba más difícil era mantener todo oculto, máxime si se tiene en cuenta que la divulgación, siquiera parcial, del secreto podría tener consecuencias catastróficas; no resultaba nada sencillo camuflar la ausencia de envejecimiento de una persona, y no era menos complicado ocultar que ésta se mantuviera con vida después de un período de tiempo superior en mucho a lo razonable. Al parecer, este problema se había resuelto merced a una sofisticada trama de falsas defunciones y nuevas identidades capaz de hacer palidecer de envidia al más afamado autor de relatos de espionaje, pero como cabe suponer nada en concreto se sabía, incluso por parte de todos aquellos que, como era su caso, sí estaban al corriente de la existencia del Gran Secreto.

Por ello era mejor no saber nada fuera de lo estrictamente imprescindible, ya que indagar más allá de lo permitido suponía correr el riesgo cierto de desaparecer para siempre sin que nadie llegara a conocer jamás los verdaderos motivos de su repentina muerte; máxime, cuando la lealtad ciega hacia sus invisibles superiores era premiada con las migajas del festín. Él mismo llevaba años recibiendo en secreto un tratamiento limitado que, sin ser equiparable en modo alguno al de sus amos, sí le garantizaba una vejez larga y tranquila, libre por completo de plagas tales como los infartos, los cánceres o la demencia senil. Pero si no obedeciera, o si simplemente se fuera de la lengua aunque fuese por error, no sólo perdería de forma automática sus privilegios, sino que además su organismo, privado de lo que en definitiva no dejaba de ser un tipo es-

pecial de droga, no tardaría en rebelarse desarrollando en su interior, con una virulencia proporcional al tiempo durante el cual se habían visto retenidas, todas aquellas enfermedades a las que hasta entonces se les había estado poniendo coto.

Y él no deseaba en modo alguno que ocurriera esto, así que no le quedaba otro remedio que callar y obedecer al tiempo que seguía engañando a la sociedad con el señuelo de una burda manipulación hormonal al alcance de todos... de todos aquéllos que pudieran permitirse el lujo de pagar tan caro capricho. Pero la ambrosía era patrimonio exclusivo de los dioses.

© José Carlos Canalda

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. Hoy resaltaremos que es autor del libro *Luchadores del Espacio* (Pulp Ediciones, 2001) y ha colaborado en *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio Ignotus 2003) y en las revistas Solaris, Valis y Pulp Magazine (premio Ignotus 2002). Su más reciente artículo en papel en colaboración con Igor Cantero Uribe-Echeberría, *La aventura de la colección Luchadores del Espacio (1953-1993)*, se puede encontrar en *Memoria de la novela popular. Homenaje a la colección Luchadores del Espacio* (Universidad de Valencia, 2004).

Golwen Revista Literaria
Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.
http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm
Suscripción: golwen-alta@elistas.net

Fanzine de fantasía oscura y terror: http://maycrosoft.com

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

CIUDADANOS

por Salvador Badía

Cuando hablamos de salud, no podemos olvidarnos de la sanidad. ¿Como será la sanidad en el futuro? Puede que sea maravillosa o puede que pierda el carácter universal que tiene ahora en Europa y Canadá. Esperemos que no sea ese el caso.

—Cuenta hasta diez —le dijo alguno de ellos, y, por alguna razón, la frase le hizo reír. La súbita risa hizo que se olvidara de dónde estaba y de lo fría y dura que se sentía la plancha en su espalda hasta que tosió y escupió sangre. La sacudida le contrajo el rostro de dolor y se sumió en el limbo.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Vuelve! ¡Te quiero consciente, no te vayas! ¡Cuenta! ¡Uno!

Le pellizcaron las mejillas.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas, chico? ¡Mírame! ¡Mírame!

Buscó con la mirada pero no encontró más que unos borrones que se inclinaban sobre él.

—Fabio Aguirre... —oyó responder a alguien por él.

—¡Fabio! ¡Mírame! ¡Vamos a ayudarte! ¡No te preocupes, todo va a salir bien!

La risa quiso asaltarle de nuevo pero las fuerzas le fallaban.

—No... Todo va mal...

—¿Qué dices?

No habían podido oírle: era su mente la que hablaba, no había fuerzas ni aliento para pronunciar palabras.

—¿Qué dices? —repitió la doctora.

—Que tenemos un problema —respondió con más energía el policía.

—Desde luego... Está bastante mal... pero creo que podremos...

—No me refiero a eso, sino a esto...

Le plantó un papel ante la cara.

—¿Qué es eso?

—Un finiquito.

—¿Finiquito? ¡Da igual, déjeme hacer el trabajo!

—El período de gracia se ha extinguido —insistió el policía—. Hay que avisar a la Beneficencia.

—¿Qué? ¡No, escuche! ¡Tenemos que atenderle nosotros! —por primera vez ella apartó la mirada de Fabio y se encaró con el policía—. ¡No aguantará hasta que llegue la asistencia benéfica!

Giró la cabeza hacia su compañero, alarmada al comprobar que había detenido su trabajo.

—La ley es bien clara... —masculló el médico.

—Podemos... ¡Joder, todo el mundo se la pasa por el forro!

—Sabes que no... Sabes que los inspectores están encima de nosotros... Nos lo repiten mil veces: la sanidad pública sólo atiende a los ciudadanos.

—También están encima de nosotros —añadió el policía cuando ella volvió a mirarlo con gesto suplicante—. Llevo cuatro sanciones, cielo —se excusó ante la joven doctora—. A la quinta me abrirán expediente y me echarán... No quiero acabar como este desgraciado —susurró.

—Pero, pero... ¡Míralo, míralo! ¡Podemos salvarlo! ¡Ahora! ¡Luego será demasiado tarde para él!

Se abalanzó sobre Fabio e intentó continuar el auxilio, pero el médico y el policía la apartaron de él.

—¡Soltadme!

—Niña, ¿no ves que te estamos haciendo un favor? —protestó el policía.

—¡Escúchame o te echarán! ¡Escúchame! —El médico la zarandeó—. ¡Tu sueldo sale de lo que pagan los trabajadores en sus nóminas! ¡Te debes a ellos! ¡No puedes malgastar tiempo, esfuerzo y dinero en quien ya no contribuye! ¡No debemos! ¡La ley nos lo impide! ¡Se lo impide a todos los funcionarios públicos!

Ella alzó la cabeza y miró al cielo negro. Hacía tanto frío que las lágrimas parecían quemarle las mejillas. Vio la pasarela peatonal que cruzaba la transitada avenida, mojada por la horrible humedad de Valencia, reluciente ante los destellos de las luces de emergencia azules y amarillas; desde allí arriba Fabio, desesperado, se había lanzado con los ojos cerrados, inspirando profundamente como quien se tira a una piscina, esperando que fuera rápido e indoloro.

No llegó a tocar el asfalto, golpeado por el parabrisas de una furgoneta, lanzado hasta caer rebotando sobre el seto central, donde unos arbustos raquíticos, grises, sucios y sofocados intentaban sobrevivir respirando la contaminación automovilística, constreñidas sus raíces por los bordillos y las trampillas metálicas que custodiaban el acceso a oscuras y húmedas salas que, de alguna manera, mantenían el pulso urbano.

Fabio quiso poder haber dicho algo para despedirse por última vez. La desgracia lo había llevado a España y de España se iba a ningún lugar.

—¡Es una monstruosidad! —gimió la asistente—. ¡No podemos seguir así, hay que cambiar esto!

—¡Por eso mismo no puedes ayudarlo! —insistió el policía—. ¡Si te echan perderás la ciudadanía! ¡No podrás votar ni participar ni decidir! ¡No podrás cambiar nada!

Ella pareció darse por vencida y se apartó de Fabio. El policía se dirigió al médico:

—Váyanse. Ya avisé a la Beneficencia cuando vi el finiquito. Está para esto. Vendrán en cuanto puedan, así que... recojan y váyanse.

—¿Sabe...? Ella... bueno, ella es demasiado sensible y... quizá no valga para esto, no lo sé, pero conoce sus obligaciones, las cumple, no sé si entiende... sólo que es un poco...

El policía sonrió con amabilidad y detuvo sus justificaciones con un movimiento conciliador de la mano.

—Seguro, seguro, no se preocupe... Cuando redacte el informe marcaré una buena nota en profesionalidad y civismo del equipo médico, descuide... No somos monstruos, ¿sabe?

El médico agachó la cabeza, aliviado. Los conductores detenidos en el atasco comenzaron a aporrear las bocinas de sus automóviles en cuanto vieron que la ambulancia de la Seguridad Social se marchaba.

Que apartaran el bulto, ya lo recogería la Beneficencia. Ellos eran ciudadanos, con derecho íntegro a circular por la avenida.

© Salvador Badía

Salvador Badía nació en julio de 1971, así que está a punto de cumplir treinta y tres años. Habitualmente está en la lista de Escritores CF y ésta es la segunda vez que un relato suyo es publicado. La primera fue en Axxon (http://axxon.com.ar/rev/140/c-140Cuento7.htm) con EL ROSTRO DESNUDO.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

EL PEQUEÑO HYUNDAI

por Germán Núñez López

La tecnología puede ayudarnos en muchos aspectos, ayudando a cuidar a nuestros enfermos o incluso llegar a eliminarla. ¿Estamos cerca de ello? No lo sé. Lo importante es saber las motivaciones.

El sol brilla en el cielo y el pequeño Hyundai camina por la acera entre un río de gente que corre presurosa en busca del almuerzo, solo le prestan la atención necesaria para no arrollarlo antes de caer sobre los bares de comida rápida legal alineados a lo largo de la céntrica calle. El Hyundai se detiene para mirar como se mueven las dependientas de perfección clónica encerradas tras las cristaleras de un centro comercial, ve la achatada forma de su carcasa reflejada en ellas y decide apretar el paso. Tiene que solucionar cuanto antes su problema de papeleo si quiere llegar a tiempo.

Sus piernas, flexionadas de fábrica, parecen ejecutar elegantes pasos de danza esquivando los carteles y bultos de los mendigos que habitan el pavimento.

Las copas de los árboles del parterre son una explosión de reflejos verdes movidos por la brisa, el Hyundai los admira mientras espera en el semáforo. Una niña lo mira fijamente con dos enormes ojos castaños, los siete sensores de visión del Hyundai giran dentro de la escafandra de astronauta que es su cara para fijarse en ella. La niña ya tiene edad de no sorprenderse por su presencia, debe llamarle la atención el color, azul celeste, normalmente los Hyundai son blancos, o grises. Cosas de la nueva administración de la SS.

Los coches se detienen silenciosamente y el Hyundai reemprende su paso flotante. Abre su porta objetos sin detenerse y saca la cartera piel con los documentos, repasa los papeles y observa pensativo su tarjeta con la identificación incorrecta. *Resulta extraño que después de veinticinco años de Internet masivo aun haya que reparar los errores administrativos en carne y hueso.*

El piloto automático frena al Hyundai, que levanta sus siete ojos.

Un pedante edificio de cemento barato recubierto de cristal y mármol de lujo sintético. El rótulo de la fachada esta escrito con letras metálicas con aspecto de runas, según la tipografía de última moda. En su centro destaca el logotipo con la doble ese de la institución: Seguridad Social.

Una silla sobre cadenas de tanque baja lentamente la larga escalera cuando el Hyundai entra ágilmente en el edificio, se fija en ella: *un fósil, como el polvo-*

riento anciano con traqueotomía que transporta. Dentro del edificio sus sensores miden 17 grados, frío, demasiado aire acondicionado para un edificio casi vacío. Aun así un enorme guardia de uniforme negro le indica que debe coger número. El Hyundai se mueve amedrentado, su escaso metro y medio hace que la pistola, la porra y la máscara antigas del agente queden a un palmo de su cara.

El robot deja atrás el mostrador, camina por el largo vestíbulo entre altas columnas de acero y maceteros de piedra maciza. Sus pies de goma chillan sobre el suelo espejado, con un gesto saluda a la máquina de encerar, que responde haciendo sonar su musiquilla de aviso. No hay más movimiento, solo algún murmullo proveniente de las mesas del primer piso, que se abre sobre su cabeza. El altar de pantallas electrónicas detiene su chirriante recorrido: *Silencio, trabajamos por ti*, al momento aparece su número.

La administrativa de gabardina de cuero levanta la vista sobre sus gafas redondas de montura negra.

—¿Exactamente, que es lo que quieres? —las prisas por almorzar son evidentes.

—Se lo diré claramente: no soy un número —las prisas por tener nombre son evidentes.

El Hyundai esta sentado en la silla de plástico con los pies colgando. Sus dedos de carbono tamborilean en el tenso silencio. El diodo de las gafas de la empleada parpadea intermitentemente, su mente ordena archivos hasta que al fin se activan sus neuronas del habla.

—Te lo he dicho antes, esta todo correcto, no necesitas una tarjeta nueva.

—A mí me pusieron un nombre, y no es ese —afirma el robot.

—Mira, no hace falta que figure el nombre que tu quieres, ni el nombre ni los apellidos son necesarios, basta con el número.

—Eso ya lo sé.

—Vale, pues entonces ya lo tienes claro —la empleada coge su bolso y gira la silla para levantarse.

—No —resuena en el altavoz del Hyundai.

La empleada se rinde, encara la silla a su interlocutor y se hunde en el asiento.

—Bien, ¿que es lo que no entiendes?

—¿Yo he dicho que no entienda algo? —pregunta él, beligerante.

—Mira, estoy muy cansada…

El Hyundai pone las manos sobre sus rodillas y baja sus cámaras, a modo de disculpa.

—Lo siento, tengo una…, algo importante que hacer cuando termine aquí —alza de nuevo sus cámaras—. Tengo prisa.

—¿Te faltan pilas? —dice ella, empleando un tono casi ofensivo.

—No, no tengo ese problema, gracias —responde digno.

La empleada busca un tono conciliador.

—Sabes que no te puedo cambiar ese nombre, es el nombre de tu tutor legal, en tu ficha figura que te da libertad de movimientos, pero aun así necesito su firma para…

—He cumplido los requisitos —corta el robot—, ya no necesito un tutor, mire en ese papel, pagina dos —indica con un seguro movimiento de cabeza—, esta todo renovado.

La administrativa deja el bolso en la mesa y repasa los papeles, el Hyundai continúa.

—Soy mayor de edad y tomo mis decisiones, desde hace dos años, si no actualizan sus archivos no es problema mío.

La empleada suspira y lo mira.

—Aun así no te puedo cambiar el nombre, tal vez si vienes mañana…

El Hyundai salta de la silla y se encarama a la mesa con la fuerza de uno solo de sus brazos. Con la otra mano señala directamente a las gafas de la empleada.

—¡Mire señorita nazi, NECESITO un nombre de persona para hoy y me importa una leche el hambre que tenga, así que deje usar ese tono condescendiente de mierda conmigo y solucione mi problema AHORA!

Silencio. El Hyundai regresa al suelo lentamente. Se vuelve a sentar en la silla. La empleada reacciona.

—Esta bien, esta bien, un poco de calma —deja el bolso en el suelo y palpa nerviosa un elegante flexo, un haz láser dibuja un teclado sobre la mesa. Se co-

loca bien las gafas y pulsa en la montura, el diodo se fija mientras el aparato hace la llamada, se escucha un murmullo.

—Sí, aun estoy aquí —contesta cansada, rozando con un dedo el micrófono pegado en su nuez, mira con odio al Hyundai mientras escucha—, muy gracioso, anda conecta la máquina de nuevo, porfa, y también quiero los datos de los últimos dos años, ahora te doy número —el murmullo sube de intensidad—, y no te quejes.

Las yemas de sus dedos aporrean la mesa en silencio, el pequeño Hyundai observa pensativo los precisos movimientos de los ojos de la mujer mientras leen las listas de datos que aparecen en el cristal de sus gafas.

El robot baja victorioso las escaleras del edificio guardando su nueva tarjeta, gira presuroso la esquina, va controlando la hora.

Bajo la sombra de los árboles de la calle lateral se cruza con una pareja de robots: otro Hyundai de color blanco y un viejo Honda gris de las primeras series, de estatura humana estándar. Sus ojos los siguen mientras cruza la calle casi vacía.

No comprendo porque cuando la SS autorizo los primeros robots los eligió con estatura humana y ya no, ¿será que el diseño antropomorfo no asustaba a los ancianos hace cinco años y ahora si, o que lo pequeño parece más moderno? La SS dirige la evolución de los robots a su gusto, comprando los modelos más aptos para sus necesidades o dando prioridad a unos sobre otros, como cuando decide que una pareja merece ayudas para criar a su hijo enfermo, y otra, por contra, recursos para un aborto terapéutico. Evitando sufrimiento y gasto sanitario, todo por una sociedad mas solidaria.

Al menos con ese tamaño se evitaría sobresaltos, como el tropezar con un inmenso caballo al doblar la esquina. Una pareja de la policía montada trota hasta el centro de la plaza rodeada de edificios oficiales para conversar con otro agente encaramado sobre las dos patas de un Honda experimental de tres metros de alto. Después del éxito en Servicios Sociales ahora los antidisturbios también se apuntan al festival de las contratas. El orgulloso sargento empuja las palancas y la máquina da un par de pasos de avestruz frente a los caballos, será una dura competencia.

El pequeño robot cruza la soleada plaza hacia los pabellones de mantenimiento, al pasar junto al bosque de patas se fija en los Láser Cegadores y los Cañones Sónicos montados en la plataforma del zancudo Honda, cosas que un animal no soportaría en una manifestación.

Al final de la rampa de cemento que lleva al sótano del pabellón de limpieza el Hyundai se encuentra de nuevo con la máquina de encerar, que entra delante de él, haciendo resonar las oxidadas rejillas del desagüe.

La enceradora deja un rastro húmedo mientras busca su madriguera en el garaje de mantenimiento, desaparece por una esquina mientras el Hyundai se encamina a los cuartos de control.

Empuja una gastada puerta de cristal, desde una consola una limpiadora rubia de elegante uniforme azul lo saluda con una afectada sonrisa. Se quita el casco de control virtual sin poder ocultar una mirada piadosa.

—Hola, Luisa, ¿está…? —pregunta el robot dubitativo.

Luisa mira de reojo a través de las escobas y baterías hacia la mesa donde trabaja el objetivo de la visita.

Valeria.

Ella levanta la vista y sus ojos brillan a través de su pelo ensortijado, ferozmente negro. El posa sus ojos sobre ella y los iris de sus cámaras se le abren. Valeria lo saluda con una triste sonrisa desde detrás del manojo de cables de una consola destripada. El Hyundai aparta las escobas y se acerca a ella, que baja la vista, con remordimiento.

—Has venido.

—Hola —saluda el robot.

El apoya las manos sobre la mesa, sus cámaras repasan los zócalos vacíos de la consola y las piezas que se extienden alrededor. La mira fijamente:

—Te estuve esperando.

Valeria lo mira durante un instante, aparta la vista incómoda, mordiéndose el labio.

—No pude…, tenía trabajo.

—¿Sí? —pregunta el, melancólico.

—Bueno —responde ella mirando a todos lados—, ya ves como estamos.

—¿Porque no me llamaste?

Ella suspira seria. Luisa coge su manzana y se levanta, huyendo de la ejecución.

—Venga, os dejo solos para que podáis hablar. Luego te traigo un café, eh, Val.

Valeria asiente y Luisa sale, no sin antes dedicar una mirada de lástima al robot.

Valeria y el Hyundai están sentados sobre en un petril de cemento con la mirada perdida en el vacío, ella se ha quitado la chaqueta del uniforme y tiene su bocadillo en el regazo, sin abrir. El robot se coloca las manos sobre las rodillas con rabia.

—¡Pues yo no lo veo así!

Ella suspira, mira al cielo y pestañea para contener las lágrimas.

—Pues es lo que hay, no puedo, acabaría haciéndote daño.

Al otro extremo de la plaza el Honda antidisturbios sube lentamente la rampa de un camión de la policía. El altavoz del Hyundai estalla.

—No lo entiendo, nos llevamos bien, me funciona todo lo necesario, y tengo trabajo, y mi propia tarjeta de las SS, y... mierda, ¡no hay ninguna razón lógica para que no podamos tener algo tu y yo!

Baja al suelo y da unos pasos nervioso, se vuelve. Ella se limpia las lágrimas.

—Me conoces, sabes que no puedo salir contigo, quiero viajar, salir, tener algo..., no voy a pasarme toda la vida haciendo reparaciones, lo nuestro nunca será normal, no eres como los demás, necesitas cosas que no puedo atender —lo mira pidiendo comprensión—, tu lo entiendes, estarás mejor con alguien como tú.

—Pues yo siempre me he visto como una persona.

Valeria niega con la cabeza tristemente:

—No aceptas la realidad.

—¿Que no acepto la realidad?

El se pone muy cerca de su cuerpo y le coge la mano, sin apretar, como sabe que a ella le gusta. Nota el leve estremecimiento de Valeria al sentir el roce.

—Si aquí hay alguien que no acepta la realidad eres tú, yo sé que te gusto, pero no te entra en la cabeza que pueda tener los mismos deseos que todos los

demás, y no solo los que vienen con el molde, no quieres aceptar que alguien como yo pueda enamorarse de una mujer de verdad.

Valeria tiene el cuello de la camisa desabrochado y su piel palpita con la respiración. El Hyundai la mira a los ojos, se miran hasta que ella se fija en algo de mas allá de la escafandra del robot.

El sargento de policía se ha quedado paralizado, mirando la escena con un vaso de café de plástico en la mano, rápidamente se vuelve.

El bocadillo de Valeria resbala y cae al suelo, donde rebota. Ella se suelta de los dedos de carbono del robot para recogerlo, siente las cámaras clavadas en su trasero y vuelve a sentarse con una sonrisa.

—Buen intento, pero aun así creo que será mejor que sigamos como amigos —replica ella, más relajada.

—No —replica el firmemente.

—¿No? —desconcertada.

—Y ser el objeto de lástima y de las risitas de tus amigas, no gracias.

Valeria se pone seria.

—Eso es una tontería, podemos seguir viéndonos sin problemas.

—Claro, hasta que tengas que presentarme a tu novio como el amigo con el que tuviste algo, entonces adiós —sigue el robot, con ademanes sarcásticos.

Ella se siente molesta ante la idea.

—Si estas en ese plan lo mejor es que no nos veamos mas, pero creo que no tienes razón.

—Sabes que tengo razón, además no me apetece conocer a un tío que me de palmaditas en la espalda con cara de *pobre chaval, que pena que yo me la folle y tu no.*

Valeria rompe el papel del bocadillo con gesto duro, ofendida.

—Definitivamente, no quiero verte más.

—Pues bien —acepta el.

—Pues eso —se reafirma ella.

—Adiós.

—Adiós —se despide ella, por última vez.

El Hyundai se da la vuelta y empieza a caminar.

La máquina de encerar, con un vaso de café encajado en el soporte de los trapos, se cruza con el.

—¿Ya habéis acabado? —pregunta con voz de radio.

El continúa sin hacerle caso.

La enceradora se detiene junto a Valeria, que muerde el bocadillo entre lagrimones.

—¿Que ha pasado? —pregunta la máquina.

—Nada, Luisa, nada.

En la pantalla aparece el punto de vista del Hyundai puesto en automático.

Con un manotazo Joaquín se arranca el casco de control virtual hecho de tela y lo arroja con rabia contra su silla de ruedas, a la que se queda mirando durante largo rato, ahogando las lágrimas. Luego pasea la mirada por el techo alto de su habitación, en el piso de renta antigua donde vive con su padre y extutor. Esta sentado en su cama, desde donde siempre trabaja. Tras varios dificultosos manotazos consigue despegarse el micrófono del cuello y se deja caer despaldas en la cama. No podrá incorporarse, como no puede hacerlo desde los doce años, cuando los médicos lograron parar a medias la degeneración genética de su cuerpo, que lo habría matado con treinta años, ahora tiene veintitrés. Pero eso no importa, cuando era niño apenas podía andar, nació así, y lo normal es con lo que siempre se ha vivido.

Joaquín fija su tristeza en la pantalla gigante que le regalo su abuelo antes de morir, en las abrazaderas de la grúa que cuelgan sobre la cama, recuerda los sacrificios de sus padres para poder pagar la instalación de un ascensor, y la silla motorizada que le libero del suplicio de andar, y el ordenador que le permite trabajar y diseñar otras sillas...

La tecnología me ha liberado, me ha dado la vida, pero para Val soy un esclavo de las máquinas, otra igual que la Luisa, que cree que debo sufrir horrores bajo el dominio de las máquinas, son como todos los demás, ratas asustadas. La tecnología es parte de la naturaleza, y mas de la naturaleza humana, pero para ellos no soy normal, soy la peor de sus pesadillas, les recuerdo que morirán en un hospital enchufados a un montón de tubos, por eso huyen de mí, del mons-

truo. Y si intento sugerir que pueden estar equivocados, que puedo sentir como ellos, contestan que no soy realista, que no me acepto a mi mismo..., ¡que no acepto la realidad, será puta!

La realidad, que sabrán ellos lo que es la realidad, cegados por la típica prepotencia de los normales, que creen que ese mundo que ellos mismos han creado es la única verdad posible. No se dan cuenta que el orden que ellos creen ver solo esta en su imaginación, y cuando lo hacen inmediatamente recurren a las drogas para olvidar cuanto antes que han cruzado el límite. El poder, la nación, el dinero, sus muros de cemento, sus timbres al nivel de la cabeza, su reino de escaleras, todo hecho a su medida, todo fantasías, cosas que cambiarían con solo desearlo. Pero son como ratas, cuando una rata nace cree que la alcantarilla es todo lo que existe, y se adaptan a ella, y la llaman realidad, ese mundo virtual al que yo me conecto todos los días, buscado lo único seguro, lo que hoy he perdido: la carne, la materia, nacer y morir, la base de todo lo que existe

El pequeño Hyundai se detiene en el quicio de la puerta. Joaquín lo mira desde la cama, se ríe.

Resulta ridículo pensar que reniego de la civilización solo porque una chica me ha hecho daño, pero hasta en eso la carne es más fuerte, hasta en el dolor. Aunque todos los edificios se derrumben en el vació la carne seguirá perviviendo, aun en forma de fotones

El leve zumbido de las cámaras del robot lo despierta de sus pensamientos.

—Tráeme algo de beber, y la caja de pañuelos, esta en la cocina.

El Hyundai sale de nuevo. Los Hondas y Hyundais cambiaron la vida de Joaquín y de muchos otros, dándoles pleno acceso al mundo virtual de los *normales* que habitan en los negros pensamientos de Joaquín.

La SS fue muy inteligente cuando empezó a utilizarlos, se ahorraron miles de millones en sueldos de enfermeras y cuidadores, redujeron el gasto a la compra y mantenimiento de las máquinas, y de paso cubrieron la demanda de los ancianos. La inmigración ya no era necesaria, ya podían cerrar la frontera a los terroristas peligrosos y destinar los recursos al orden público, y así lo hicieron. Fue una jugada maestra para ganar tiempo hasta la solución final.

La misma existencia de alguien como yo, un enfermo que pretende ser persona antes que paciente, amenaza con romper el delicado velo de su fantasía. No entienden que si sufro es porque ellos hacen que sufra en su realidad virtual. Solo soy diferente, como un extranjero que visita su mundo desde un lugar aislado. Pero no aceptan la diferencia, le tienen miedo, por eso quieren ser normales, matan por ser normales, cualquier cosa antes de que alguien los señale y los aparte de todo lo que los ata. Por eso quieren destruirme, por que les aterroriza pensar

que todo en lo que creen se puede volatilizar en un instante. Muchos son aplastados por un golpe así, o se lanzan a la guerra para impedirlo. Por eso crearon los Servicios Sociales y la Seguridad Social, las SS, para exterminar a todo lo que no encajase en su maravilloso sistema: los pobres, los enfermos, los diferentes, la escoria que se sale del molde, todos los errores que deben ser curados. Así, dentro de un par de generaciones la gente como yo ya no existirá, habremos desaparecido en un holocausto terapéutico y nuestro molesto material genético hecho desaparecer de los vientres de las madres del futuro, porque, ¿todos queremos tener hijos sanos, verdad?

El Hyundai entra con el vaso y la caja, se queda parado con ambas cosas en las manos, esperando órdenes de Joaquín.

Nadie es mejor por haber nacido diferente, solo se tiene un punto de vista distinto. Las mutaciones hacen que las especies evolucionen y la vida continúe. Solo a una mutación se le puede ocurrir la brillante idea para desviar ese asteroide a punto de chocar con la tierra, pero si esa mutación ya no existe, todas las ratas pensaran la misma estupidez antes de morir.

La manifestación se aleja ante los espantosos bocinazos de los Cañones Sónicos, los brillos de las últimas ráfagas de los Láser no letales se reflejan en los charcos llenos de basura. Restos de pancartas, cristales rotos, zapatos, octavillas, un robot Hyundai destrozado por la patada de un Honda antidisturbios…

Germán Núñez López

Germán Núñez López: nací en 1974 en Barcelona, España. Inicie la carrera de Historia, aunque no llegue a acabarla, completando en créditos el equivalente a tres años. Tras el cambio de siglo hice dos master de guión para cine y TV, donde me reafirme en la escritura y comprendí que podía dedicarme a lo que mejor se hacer: ordenar los pensamientos de mi calenturienta cabeza y plasmarlos sobre el papel, o, en algún improbable futuro y si el cine español cambia, cosa que dudo, sobre una pantalla.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

MUNDO DE HAMBRE

por Francisco Ruiz Fernández

Una isla habitada por espectros frente a las costas sudamericanas es el entorno de este relato surrealista. Un grupo de personajes se aloja en una húmeda caverna rocosa bañada por las bramantes olas del Pacífico sur. Su piedra esculpida y sus construcciones precarias y de adobe dan la impresión de encontrarse en un submundo alrededor de ruinas de reminiscencia incaica. Mundo de Hambre está escrito con frescura y con trazos ligeros pero esconde entre líneas el espanto y el horror que se percibe, como recordando a H.P. Lovecraft en su relato *EL CEREMONIAL*. Adriana Alarco.

Un día radiante le esperaba a Luis fuera de la avioneta. *El sol aquí es mucho más intenso que en Lima*, pensó fastidiado.

El vuelo desde la capital peruana a la isla de La Carolina había sido largo e incómodo, ni punto de comparación con el que le trajo dos días antes desde Madrid. Durante el trayecto, de seis insufribles horas, el cacharro –sólo así podía calificarse aquella bañera con alas– no había dejado de lamentarse. Los motores tosían más que rugían, y con cada movimiento del aparato la estructura gemía como una bestia herida. El colmo llegó cuando al tomar tierra, según la apreciación de Luis, el tren de aterrizaje se hundió de forma alarmante, estando casi a punto de romperse por una especie de osteoporosis aeronáutica. Sin duda, para poder llegar allí, ese trasto no debía haber pasado tantos tests médicos como Luis. Si Luis estaba seguro de algo era de su salud de hierro, requisito indispensable para poder formar parte de la expedición a La Carolina.

Pero al final el aparato cumplió su labor: los motores tosieron asmáticos unas cuantas veces más, expulsando unas nubes de negro humo, y acabaron muriendo en silencio. La portecilla se abrió y los pasajeros descendieron con calma, más de uno dando ostensibles muestras de alivio. El grupo se apelotonó a pie del avión, envuelto en la polvareda que éste había creado al aterrizar sobre la burda pista de tierra. La brisa asfixiante y cálida que reinaba se veía incapaz de disiparla con rapidez.

Luis, como el resto de las personas que ahora contemplaban las áridas colinas, formaba parte de un grupo de voluntarios de la ONG Mundo de Hambre. Se había unido a la organización un par de meses atrás. Dos meses alocados, en los que pasó de anónimo colaborador a tiempo parcial, a estar volcado al cien por cien en la organización. Gracias a ese rápido ascenso en ella ahora estaba viajando a la otra punta del mundo para ayudar a los más necesitados.

Dios, pero cómo ha cambiado mi vida. En un santiamén, como se dice. De la oficina gris a esta isla ocre, *pensó Luis. Una mueca de alegría asomó a su ros-*

tro. Observó a sus compañeros: no más de veinte, todos españoles y todos, como él, recién llegados a la ONG. La ilusión casi se palpaba en el ambiente. Buen rollo por todas partes. Si toda la gente en este horrible mundo tuviera el mismo entusiasmo y ganas de ayudar que este grupo, las cosas serían muy diferentes.

—Esto parece desierto…

Había hablado Chisco, su compañero de asiento en la bañera con alas. En las seis horas de viaje se habían conocido un poco. Charlando, con el continuo bramido de los motores como fondo, habían intercambiado la típica charla de dos desconocidos que se encontraban en extrañas circunstancias: su origen, qué hacían antes de trabajar para la ONG, los motivos de cada uno para formar parte de ella. Detalles más o menos triviales pero que servían para tomar contacto. Esa primera aproximación siempre solía dar sus frutos, aunque a veces no al gusto de uno. La primera impresión que ese desgreñado moreno había dejado en Luis no era precisamente buena: algo en su manera de hablar apestaba a prepotencia, a falsa humildad. Pero al fin y al cabo se trataba de otro voluntario, alguien que había abandonado su cómoda vida para ayudar a los demás. Eso ya le honraba. Les honraba a todos.

—¡Mira, por allí se acerca alguien! —el grito surgió anónimo entre el grupo de voluntarios. Como autómatas, todos buscaron el origen de la voz, para luego seguir la dirección que el brazo extendido indicaba. En efecto: un hombre descendía en dirección a ellos por una de las colinas rocosas que encorsetaban la pista. Vestía un raído pantalón corto, una camisa desgastada por el sol y unas humildes sandalias. Unas grandes gafas de sol protegían sus ojos. Mientras se acercaba, el capitán de la bañera les avisó que iba a despegar, y que se apartaran por su bien.

El grupo estaba otra vez buceando en el polvo levantado por los dos motores de la avioneta cuando el hombre trató de presentarse. Sus palabras quedaron tapadas por el bramido de los motores. En vista de que con la voz no podía hacerse entender, les indicó por señas que le siguieran.

Una vez el sonido asmático de la bañera estaba ya casi perdido en la distancia, Casimiro –así dijo llamarse– volvió a presentarse. Era el guía aportado por la ONG que les habría de llevar a su lugar de trabajo.

—Por favor, síganme a la casa. Allí les explicarán su cometido en La Carolina.

Sin más dilación, guardando un silencio cargado de ansiedad y excitación, el grupo inició el ascenso a la colina por la que Casimiro había aparecido. El terreno era árido, pero no tan desértico como los que habían podido contemplar al sobrevolar las costas de Perú. Los numerosos matojos y matorrales de color verde enfermizo y apagado, conjuntados con los tonos ocres de la roca y

el suelo, aportaban un aire poco tranquilizador. La mayoría de los arbustos crecían en oquedades de la ladera rocosa, poseyendo una curiosa deformidad mediante a la cual adoptaban la forma precisa para rellenar el hueco, pero no más. Otros, menos tímidos, alzaban hacia el exterior ramas retorcidas y esqueléticas, salpicadas aquí y allá de espinas y hojas. Éstas a veces, ante la incredulidad de Luis, diferían unas de otras incluso dentro de una misma rama: casi se diría que los arbustos experimentaban con diferentes modelos, a cuál más extravagante.

Chisco intentó que Casimiro les contara en qué iba a consistir sus tareas en la misión, y de cómo estaba la gente en la isla. Sus tentativas fueron en vano: el hombre se encerraba en su silencio, nada más roto por la muletilla de *yo no soy nada más que un guía*. Casimiro se mostraba ostensiblemente reacio a dar ningún tipo de respuesta, y algunos miembros de la expedición empezaron a dar muestras de enojo ante su actitud, calificándola como descortés y evasiva. Muchos estaban agotados, hambrientos y con sed.

Pero aun con todo siguieron avanzando. Al llegar a la cima de la colina contemplaron el resplandeciente océano Pacífico. Junto a la costa se divisaba una pequeña agrupación de chabolas, arracimadas en torno a un diminuto muelle. Mientras descendía, Luis pudo percatarse de que, si bien el muelle estaba situado en un buen lugar, al abrigo de las olas gracias a un brazo de tierra, no había ninguna embarcación amarrada a él. Tampoco pudo ver ninguna mar adentro, a excepción de un brillo metálico rozando el horizonte. Debía tratarse de algún objeto de grandes dimensiones. ¿Un petrolero quizá? La isla, perdida y solitaria en el océano, podría estar cerca de alguna ruta de esos mastodontes. Al parecer la pesca era un arte olvidado entre esta gente.

Luis no tuvo mucho tiempo para pensar en ello: cuando quiso darse cuenta ya estaban en la pequeña llanura que precedía a la costa. Un silencio de muerte gobernaba la isla, incluso allí, cerca del poblado. Luis estaba extrañado: durante el trayecto no se habían topado con ningún habitante, ni había granjas o plantíos de tipo alguno. Todo parecía abandonado, dominado por una naturaleza agreste, salvaje. Y que además poseía una propiedad inquietante que ponía a Luis la piel de gallina: la deformidad era general en todas y cada una de las formas de vida hasta entonces vistas. Para acrecentar esa sensación de anormalidad estaba el detalle de que ningún animal salvaje se les había cruzado en el camino. Ningún sonido, ulular o bramido, piar o canto resonaba. En el liviano aire sólo se escuchaban las pisadas del grupo, aderezadas de vez en cuando con alguna que otra queja por parte de uno de sus miembros. Aparte de eso, el silencio.

Muerto. Eso le parecía La Carolina a Luis: un paraje muerto. Un poblado fantasma, una isla habitada por espectros. De no ser por la presencia de Casimiro, Luis casi hubiera jurado que nadie vivía allí. Pero, ¿donde estaban los

demás? ¿Y los niños? A Luis le habían dicho que ayudar a alimentar a niños enfermos. ¿Tan enfermos estaban que no se escuchaba el más mínimo llanto o risa? ¿Estaban todos postrados de tal manera que no había rastro alguno del alboroto que *siempre* acompaña a la infancia? ¿Podrían estar *todos* enfermos, niños *y adultos*?

No tenía sentido.

Luis ansiaba caminar entre las chabolas, inspeccionarlas, saber qué desgracia asolaba el lugar.

De repente, sin previo aviso, al pasar junto a unos peñascos Casimiro descubrió al grupo una entrada oculta. Estaba cubierta por matojos que la disimulaban a la perfección entre las paredes de arenisca. La abertura daba a una pequeña estancia, mal iluminada y de paredes labradas en la roca viva. Todo el grupo le miró desconcertado, atónito.

—Señores, éste es el acceso a *La casa*. Sí, comprendo que no es lo que esperaban: como ya habrán apreciado, el poblado está abandonado. Lleva así décadas. Pero mi jefe, el señor Quintana, les explicará todo. Por favor —concluyó Casimiro—, pasen sin miedo al interior; allí les espera el señor.

Y con un gesto de su mano les invitó a traspasar el oscuro umbral. La voz de un voluntario surgió de entre el grupo, formulando la pregunta que todos tenían en mente:

—¿Usted no nos acompaña? —la voz no podía ocultar un claro nerviosismo.

—No. Es la voluntad del señor. Pero les aseguro que no tienen porqué preocuparse.

Su mano seguía tendida, instándoles a entrar.

—Puedes marchar, Casimiro —cavernosa, mimetizada a la perfección con el entorno, la voz surgió de las tinieblas que gobernaban la habitación excavada en la roca. La figura se acercó a la entrada hasta quedar cerca de la zona bañada por el sol. Luis, sin saber porqué, tuvo la impresión de que el hombre trataba de evitar la luz directa. Su figura resultaba como mínimo grotesca, dado el escenario. Vestía un traje color marfil, anticuado pero en perfecto estado: treinta años atrás incluso hubiera podido ser considerado elegante. Pero en el nuevo milenio estaba por completo trasnochado. Las ropas holgadas, cargadas de volantes y chorreras no podían disimular su complexión delgada, enfermiza. Completaban el conjunto una densa barba, unas enormes gafas de sol de moldura de concha y un sombrero.

Saludó a los voluntarios, uno a uno, presentándose como José Quintana, responsable de Mundo de Hambre en La Carolina

—Sé que se están haciéndose muchas preguntas. Mi misión es precisamente responder a todas ellas… Calma, calma, un momento: antes de formulármelas, permítanme ponerles sobre los antecedentes. Una vez hecho eso, estoy casi seguro de que su curiosidad estará saciada. Tomen de esa repisa esas lámparas, repártanselas y síganme, por favor.

Cuando cada una de la media docena de arcaicas lámparas de aceite tuvieron dueño y llama, Quintana cruzó un nuevo umbral y se introdujo en la oscuridad. Luis le siguió junto con los demás. Caminaban por pasillo excavado en roca viva, tan estrecho que obligaba al grupo a avanzar en fila india. Luis pudo escuchar más de una queja por parte de alguno de sus compañeros, con razón extrañados del rumbo que habían tomado los acontecimientos. Quintana, indolente, solicitaba calma del grupo e insistía en que todo se aclararía en breve. Al cabo de no mucho tiempo llegaron a una cámara amplia, en la que Quintana se detuvo a esperar al grupo. Cuando todos estuvieron en torno a él, alzó su lámpara para alumbrarse mejor. Su rostro, todo gafas y barba, adquirió un aspecto más que grotesco.

—Señores, nos dirigimos a un sitio que nada más se mantiene gracias a nuestra labor —la voz de Quintana, dotada de cierta cualidad hipnótica, se hizo dueña de la cámara y de la atención de sus habitantes—. Ustedes han sido elegidos para ayudar a una gente desdichada, de pasado amargo, presente lastimoso y futuro incierto. Quizá ya alguno haya podido distinguir en el horizonte, frente al poblado abandonado, los restos de la plataforma GinaCo III. Es en ella, y en la fuga que sufrió hace más de cincuenta años, donde el drama de estas gentes empieza.

El hombre calló un instante, como para dar una pausa dramática a su discurso. El silencio que reinaba en la isla ahora se cernía más intenso que nunca sobre los voluntarios. Luis recordó la impresión de insalubridad que había percibido en el camino hasta allí, y que ahora se volvía más tangible en el propio aire de la caverna. Un sudor frío empezó a empapar su espalda.

Quintana estudió los rostros tensos de los voluntarios a través de sus gafas de sol.

¿Cómo demonios puede ver con esas gafas puestas?, se dijo Luis.

—El escape —Quintana, al parecer satisfecho por el efecto causado en su público, prosiguió su discurso con un hablar lento, aplicando a su tono de voz un aire de misterio— afectó casi en exclusiva a la isla, por lo que la empresa responsable pudo silenciarlo con gran facilidad a base de sobornos. Así es como prácticamente nadie sabe de esta desgracia. A excepción de nosotros,

Mundo de Hambre, por supuesto. La fuga no sólo afectó al ecosistema, sino también a las mismas personas que habitaban la isla. Pero se dice que una imagen vale más que mil palabras: entremos en *La casa* y ustedes verán a la perfección los dramáticos efectos. A mi espalda, en esa esquina, hay una escalera: descendiendo por ella llegaremos a los habitantes. Allí se resolverán las dudas que aún tengan. Ya queda poco, señores. Bajemos.

Y Quintana, con su traje blanco y anticuado, descendió por los peldaños casi ocultos. Luis notaba la camisa pegada a la espalda. Un temblor recorrió su cuerpo: por un momento, Quintana se le había parecido a un esqueleto animado introduciéndose en su tumba abierta.

Al tiempo que el grupo iniciaba el descenso siguiendo a Quintana un sonido sordo y retumbante llegó desde el pasadizo que acababan de atravesar. Quintana en apariencia no lo había escuchado, dado que prosiguió su descenso como si nada.

Las escaleras habían sido labradas, como todo lo demás, en la roca virgen. Sus peldaños eran estrechos y altos, desgastados en su parte central por el uso. Descendieron en espiral, más y más. En un determinado momento Luis notó humedad rezumando por las paredes, impregnando los peldaños y volviéndolos resbaladizos. El olor del mar saturaba la oscuridad. Más de una vez Luis creyó distinguir grabados en las paredes, pero no pudo detenerse a examinarlos, apremiado por Chisco. Éste iba justo detrás de Luis, ostensiblemente nervioso, maldiciendo de continuo en voz baja la hora en la que se le había ocurrido unirse a la ONG.

Al fin llegaron a lo que parecía una colosal caverna. Estaba iluminada con un toque fantasmagórico, espectral, por cientos de candelas, colgadas de simulacros de farolas. Extrañas construcciones de una sola planta se repartían por ella, con una distribución en apariencia caótica: muros de arcilla o adobe, con ventanas y puertas en las que harapos que hacían las veces de cortinas ocultaban el interior.

Estaba mirando la estructura más cercana cuando Luis vio por primera vez a uno de los habitantes. Su corazón dio un saltó en el pecho. Decir que vestía harapos sería una simpleza; asegurar que era albino significaría quedarse en el simple detalle de la pigmentación de la piel. Esa criatura sufría serias deformaciones. Los brazos tenían una longitud excesiva (por Dios, ¿tiene de verdad siete dedos en esa mano?, exclamó en un aullido mudo Luis). Arrastraba las piernas, cortas y de articulaciones extrañas, de huesos arqueados. Le resultaba determinar si se trataba de un hombre o mujer: carecía de curvas definidas, o al menos normales. El rostro le causó incluso más impresión. Al principio creyó, horrorizado, que sus cuencas estaban vacías. Pero enseguida pudo apreciar su error: a la mortecina luz de las candelas consiguió distinguir el brillo de

unos ojos negros, todo pupila. La criatura se detuvo a contemplar el grupo de recién llegados.

¿Humano… realmente es eso humano?, Luis empezaba a coincidir con Chisco en su necesidad de irse de allí.

Un crío apareció tras el ser. El chaval se movía con lentitud, como agotado. Sus ojos eran mucho más pequeños que lo normal, casi embrionarios. Husmeó hacia el grupo, sonrió, y luego regresó a la oscuridad de su chabola. De su espalda desnuda colgaba algo que Luis no quiso imaginar como un tercer brazo, atrofiado, raquítico, deforme.

—Ya hemos llegado, señores. Éste será su hogar durante… digamos que depende de ciertos factores el que permanezcan aquí mucho o poco tiempo. —Quintana sonrió y se quitó las gafas. El grupo gimió al contemplar cómo la pupila ocupaba todo su globo ocular. Hubo una pequeña avalancha de voluntarios que pretendieron regresar por donde habíamos llegado, pero Quintana se les anticipó:

—No tiene sentido. Casimiro ha cerrado *esa* entrada. Y no la abrirá hasta que yo se lo diga. Tengan por seguro que no voy a hacerlo… aún.

Todos se miraron, temblando, sin comprender nada. De Quintana sonreía. Sus dientes blancos contrastaban con los abismos de sus ojos.

—Bueno. Les prometí una explicación, y al parecer la de antes no les ha dejado por completo satisfechos. A ver si estos nuevos datos les dan un poco más de luz —una sonrisa sarcástica asomó en su rostro—. Como les dije hace un rato, en la plataforma GinaCo III hubo una fuga. Pero no una fuga de crudo, como las que seguro que tristemente están acostumbrados a ver en la televisión. Al menos no sólo de eso. La costa de La Carolina se cubrió de un día para otro de *algo*, una especie de mezcla incomprensible de productos químicos y radiactivos. Nunca hemos sabido qué demonios estaban haciendo en esa plataforma. Ya nos da igual —como convocados por sus palabras, una multitud se iba congregando en torno a los voluntarios: cientos de cuerpos de todos los tamaños imaginables, de todas las formas elucubrables. Todos atraídos por el discurso de Quintana. *O por algo peor*, pensó Luis. No había escapatoria. Quintana proseguía—. La contaminación nos afectó, como pueden ver. A todos, sin excepción. Y de una manera más sutil que la apreciable a simple vista. Cambió el metabolismo: nuestros hijos no digerían —no digieren— bien la comida. Muchos sufrieron de grave inanición pero aguantaron. Otros murieron. Pero al fin encontramos la solución, la comida que podían asimilar bien. Pero se trataba de una comida que no podíamos conseguir aquí.

Luis ya se imaginaba a dónde iba todo esto a parar. Empezó a llorar. Quintana vio cómo se derrumbaba y se dirigió a él.

—No llore, amigo, y lo digo en general para todos ustedes. No tiene porqué acabar usted aquí tan mal como está pensado. Está en sus manos demostrarse imprescindible, o útil, para nosotros. En una medida u otra todos ustedes nos son útiles. Pero útil no es sinónimo de imprescindible.

De Quintana dedicó a Luis una sonrisa llena de dientes:

—Así de entrada, de usted es la decisión de sernos dos litros o noventa kilos útil… o un litro al mes de imprescindible.

© Francisco Ruiz Fernández

Creo que el 2000 llegaba a su fin cuando un editor sugirió la idea de publicar una recopilación de cuentos fantásticos con las ONGs como elemento aglutinante. Yo, conocedor de los gustos de ese editor, escribí dos pastiches lovecraftianos: uno de ellos es *El médico*, aún inédito, y el otro este *Mundo de hambre*. Al final el proyecto de compilación se diluyó en la nada, pero los relatos siguieron ahí. El hecho de que jamás haya tomado en serio tales organizaciones –personalmente creo que más que ayudar entorpecen, desviando el foco de atención lejos de la solución a los problemas: los gobiernos– creo que se nota en ambos textos.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

NAUFRAGO DE SI MISMO

por Sergio Gaut vel Hartman

El cuerpo es el depósito del alma, nos dicen varias religiones. Y cuando éste desaparece nos espera un mundo mejor... o no ¿Y si no fuera así, qué pasa con nuestra esencia vital cuando el cuerpo se repite una y otra vez? Sergio nos presenta una alternativa inquietante. SGB.

Había vivido en ese cuerpo durante más de sesenta años, por lo que me resultaba muy difícil aceptar el nuevo estado, el de un envase vacío, inútil, que se descarta después de usado.

—¿Qué van a hacer con... él? —no sabía cómo nombrarlo; habíamos sido uno tanto tiempo... El biotécnico se encogió de hombros; seguramente contestaba la misma pregunta varias veces por día.

—Los metemos en el depósito de usados. Eventualmente se utiliza algún órgano, aunque no creo que éste sea el caso. ¿Cómo andaba del hígado? ¿Fumaba?

—¿Quiere decir que los congelan? —No sólo no contesté a las preguntas directas (de hecho me resultaban ofensivas): mi ignorancia acerca del tema encendía una luz roja. Temía saber. Las imágenes de frizers con forma de ataúd, apilados en naves sin luz, me acribillaban sin piedad desde el día posterior a la transferencia.

—¿Congelarlos? —El hombre me miró, desconcertado—. ¿Para qué nos tomaríamos ese trabajo? Los conectamos a los tubos y los dejamos ahí hasta que se les termina la cuerda.

¡Se les termina la cuerda!, una metáfora bella y despiadada.

—Siguen viviendo —suspiré.

La idea de que mi viejo cuerpo se pudría en un depósito maloliente mientras yo iniciaba una nueva vida tenía algo de insano. ¿En qué clase de monstruo me estoy convirtiendo?, pensé.

—Viviendo, lo que se dice viviendo... Es aventurado. En principio no, pero las funciones vegetativas no se extinguen con la transferencia; quedan chispazos de memoria y los recuerdos juveniles no terminan de borrarse. Están bastante vivos, supongo, aunque como usted sabe ya no son personas, oficialmente.

—Bastante vivos —repetí—. Como *un poco embarazado*. ¿Lo suficiente como para merecer respeto, apoyo, consuelo y cariño?

—¡Usted está completamente loco! —exclamó el biotécnico—. En vez de disfrutar el nuevo cuerpo se dedica a lamentar la suerte del viejo. ¿Se apega así a cada botella de Coca Cola que vacía? Le aclaro que por ese camino se va al carajo.

Inspiré profundamente y apreté los puños:

—Eso mismo pensaba yo hasta hace un momento, antes de enterarme de que mi viejo cuerpo sigue viviendo.

—¿Hubiera preferido que lo matáramos? Porque hasta donde yo sé, los cuerpos no mueren sin la ayuda de un cáncer, o un paro cardíaco, o un edema, o un...

Dejé al tipo hablando solo y me perdí en el dédalo de pasillos de Korps. Caminé así durante horas, reflexionando acerca de la segunda transformación crucial de mi vida.

Había necesitado varios días para aceptar mi nuevo cuerpo y de repente, cuando empezaba a parecerme natural tener treinta años, alguien que podría ser mi abuelo emergía de la nada para reclamar el pago de una factura. ¿Factura en pago de qué? ¿Qué había roto? No tiene derecho a exigir nada, reflexioné, vivió lo que se suele vivir. Y yo viviré hasta que tenga ganas de morir.

Entré al depósito inadvertidamente y no descubrí la magnitud de mi error hasta que fue tarde para corregirlo. Lo que en un primer momento tomé por una habitación para guardar instrumental en desuso y muebles estropeados resultó ser el lugar de los cuerpos descartados. Todos ellos, la mayoría pertenecientes a viejos decrépitos, carcomidos por enfermedades visibles, yacían en sillas de lona, de cara a la puerta. Había cien, mil sillas apenas distinguibles en la penumbra del depósito, dispuestas con displicencia, preparadas para un infinitamente demorado salto al vacío. Los rostros, agostados por la espera infructuosa, apenas agitados por temblores, delataban el fluir de la sangre. Había caído en medio de una pesadilla ajena.

Contemplé con repugnancia los tubos de plástico conectados a las tráqueas y las cánulas hundidas en las venas de los antebrazos. Esos despojos parecían estar haciendo fuerza para liberarse de sus ataduras, aunque no debía existir una buena razón para hacerlo. Aun en aquellos en los que las razones de la transferencia no se dibujaban en manchas y arrugas, se advertía la resignación, una apática mansedumbre ante el mundo perdido.

Vencido el primer impulso de fuga, y dispuesto a aceptar mi rol en el proceso de cambio de cuerpo al que me había sometido, busqué con la mirada al que había sido yo. Me resultaba imposible pensar en él como otro, alguien separado, diferente, ajeno. Tal vez por esa misma razón demoré una eternidad en

identificarlo; mis ojos habían pasado de largo, ciegos a la silueta inerte, indistinguible de las otras que poblaban el depósito.

Me acerqué lentamente, temiendo que un movimiento brusco pudiera desencadenar una marea de protestas, pero lo cierto fue que los cuerpos me ignoraron y sólo unos pocos expresaron un sordo fastidio ante la intrusión moviendo las manos con torpeza y enredándolas en las sondas. Por fin, cuando logré sortear todos los obstáculos que me separaban del cuerpo y pude mirarlo cara a cara, mi mente quedó en blanco.

Intenté sin éxito decirle que lo sentía, elaborar unas frases de disculpa. La rigidez del cuerpo, su impasible serenidad me inhibían de tal modo que, para mi desconcierto, tuvo que ser él quien quebrara el silencio.

—Te esperaba —dijo mi ex-cuerpo con voz débil.

—¿A mí? —o lograba imaginarme esperando sin fe ni sueños, en el ocaso, al responsable del sufrimiento gratuito al que se me estaba sometiendo. También me sentí culpable porque mi presencia allí era pura casualidad.

—No viniste por casualidad —dijo él, como si fuera capaz de leer mis pensamientos— y no leo tus pensamientos; de alguna manera seguimos siendo la misma persona.

Las palabras quedaron colgadas, tintineando. Estaba claro que se sentía más yo que yo mismo; era memoria, pero también, cuerpo, el cuerpo original que me había contenido, condenado al descarte por efectos de un gambito siniestro, de una jugada que él, y no yo, había urdido. Pero cuando traté de objetar ese razonamiento las palabras se negaron obstinadamente a ser pronunciadas. Sabía lo que él estaba pensando; había esperado, paciente, imperturbable para demostrar que controlaba mi destino, que lo seguía controlando. La escena se parecía peligrosamente a otra, vivida años antes, cuando mis padres decidieron que debía despedirme de un abuelo moribundo y desconocido. En aquella oportunidad el viejo me hizo sentir que yo era responsable de su muerte, que mi ofensiva juventud operaba, de algún modo, como disparador de su partida.

El grito lúgubre de otro cuerpo, reptando a ras de suelo, vino en mi auxilio. Es así como se van, pensé, con un gemido que se estira y adelgaza mientras descubren que esa vez no serán rescatados.

—Me iré con un sonido así —dijo mi primer cuerpo—. Todos lo hacemos. Es como la sirena de un barco que parte.

Tampoco esta vez fui capaz de replicar. ¿Quién es el náufrago? ¿Acaso el barco pasó frente a la isla sin advertir las señales?

Contemplé los tubos de alimentación que unían el cuerpo con los tanques y reprimí el deseo de arrancárselos. Es preferible ahogarse que aguardar el rescate sin esperanzas. Mi ex-cuerpo, una vez más, desnudó mis pensamientos.

—Tal vez el náufrago no sea yo —dijo.

—Tengo toda la vida por delante —alegué—. Empiezo de nuevo, ¿no? —La endeble convicción de mis palabras se reflejó en un gesto torpe e incompleto de mi mano, como una caricia que aborta en un ramalazo de bronca.

Él, indiferente, se encogió de hombros y abarcó con la mirada a los otros cuerpos que morían a nuestro alrededor.

—Empezar de nuevo —dijo—, pero no desde cero. Los que vienen a despedirse de su cuerpo descartado cargan para siempre con las imágenes que pueblan este depósito.

—¿Es un reproche? —Me invadió un repentino asco por la actitud de mi viejo cuerpo. ¿En qué trataba de enredarme? Estaba condenado: es cuestión de días, semanas a lo sumo, dijeron los médicos. No había otra salida que la transferencia, me había puesto a la defensiva; una red invisible entorpecía mis razonamientos, me inmovilizaba.

—No estabas obligado a venir —dijo el cuerpo—. ¿Por qué no disfrutar directamente de la libertad, del cuerpo sano por primera vez en mucho tiempo? Hubiera sido lo más lógico. Pero no. Sentiste el impulso de pagar la deuda para no tener que recriminarte en el futuro. Me parece bien. Yo hubiera hecho lo mismo. —Las últimas palabras pusieron al descubierto una mordacidad de la que siempre me enorgullecí. ¿Sería capaz de conservarla en mi relación con los amigos de toda la vida? Como en un juego: comenzaban a plantearse demasiadas opciones y no estaba nada claro el sistema que utilizaría para manejarlas. Dejar mis ámbitos, conocer gente nueva, abandonar el planeta...

—Vine por casualidad —repetí desanimadamente.

—Sí —consintió mi ex cuerpo. Había perdido el interés en la conversación. O el dolor que soportaba sin gestos había reaparecido. Yo sabía mucho acerca de ese dolor. Sonó otro quejido. La agonía circulaba como corriente eléctrica entre los cuerpos. Esta vez el sonido fue gris, chato, y se esfumó sin fuerzas en la atmósfera pesada del depósito.

No había nada más. Nada más que decir. Nada más que hacer. Nada más que pensar. Nada más que sentir. Era hora de salir de ese lugar.

Pero no lo hice. El cuerpo había aceptado mi irresponsabilidad con una palabra hueca, adecuada para desarticular cualquier argumentación futura. Fue

tal la tensión creada por ese sí de compromiso que sólo pude romper el equilibrio cuando extendí la mano y toqué la mejilla seca con la punta de los dedos. Mi antiguo cuerpo se estremeció, como si una descarga hubiera emanado de las yemas.

—¿Qué hiciste? —dijo apartando el rostro, aprensivo.

—Nada. Trataba de ser amable, creo.

—Tenés miedo, mucho miedo.

La acusación era severa, trascendía el mero diagnóstico. Pero se oyeron dos lamentos: uno bajo, siniestro, el otro agudo como el trino de un ave. Hay muchas formas de morir.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Hay infinitas formas de morir —replicó mi ex-cuerpo usando las mismas palabras de un modo oblicuo. Pasé por alto la observación. De todos modos yo ya no sabía a qué aludíamos en nuestro diálogo; había perdido el hilo, y tal vez hasta el interés. Me descubrí hipnotizado por los colores de los tubos de plástico: rojo, azul, verde.

—No soy yo el que está conectado a los tubos —dije.

—Son falsos —dijo el cuerpo—, una ficción para impresionar a los visitantes. Sin una adecuada puesta en escena el efecto sobre la psique del transferido sería débil, pobre.

—¿Falsos? Pensé que los alimentaban a través de los tubos.

—Eso hacen —replicó—. Son falsos porque da lo mismo que nos alimenten o nos dejen morir de hambre. No volveremos a salir de aquí; han dejado de suministrarnos la medicación y sólo entran al depósito a recoger los cadáveres tres veces por día.

Era una crueldad, pero no había otra forma de hacerlo. Se lo dije.

—No es posible esperar la muerte del primer cuerpo; en ese caso la transferencia no podría llevarse a cabo.

—Claro, claro —dijo el cuerpo con un tono que no distinguía entre la pena y la rabia.

—Ahora somos como especies diferentes. —Buscaba febrilmente una excusa para seguir hablando, y cada palabra provocaba el efecto contrario al propuesto.

—Es el precio del progreso. Antes la gente se moría y listo. Ahora se violan las leyes de la naturaleza, se juega con fuego.

—Nunca fui creyente —exclamé—. ¿La vecindad de la muerte te hace desear la vida eterna?

—La inminencia de la muerte me forzó a transferirme, nada más —replicó con acritud—. O te forzó… o nos forzó. Como ves, eso ya no importa.

Un coro de ayes se desplazó por el contorno de las últimas palabras de mi ex-cuerpo y terminó por ahogarlas. Las puertas del depósito se abrieron, los auxiliares entraron, desconectaron los tubos de una docena de cadáveres, los cargaron en un ridículo carro eléctrico con movimientos económicos, y salieron dejando el lugar impregnado con su desinterés, una dramática falta de emociones. Minutos después regresaron con una docena de cuerpos descartados en transferencias recientes y repitieron sus movimientos en sentido inverso. Por docenas, como huevos.

—No me vieron —atiné a decir.

—No tienen interés.

—Podría ser un ladrón, un maníaco.

—Nuestros órganos no les sirven ni a los perros. Los experimentos biológicos se hacen con carne fresca, cultivada en tanques; los cuerpos enfermos no sirven para nada —se agitó en la sillas , incómodo. Tuve miedo de que se muriera en ese mismo momento. Él lo advirtió—. Tranquilo —dijo, anticipándose una vez más—. Todavía falta.

—¿Cuánto? —La pregunta, inesperada hasta para mí, lo conmovió.

—¿Cuánto? No sé. Horas, dos días, una semana, seis meses. ¿Quién puede predecir con cuánta ferocidad se aferra un cuerpo a la vida, aun un cuerpo despojado de su alma?

Yo no me sentía el alma de nadie, menos de ese cuerpo obstinado, aunque debía reconocer que hablaba con buen criterio. Los médicos habían sido terminantes en todo lo que se refería mi sobrevida en el cuerpo viejo. Pero los médicos no tienen un compromiso fatal con los pronósticos. ¿Alguien conoce a un médico castigado por errarle a una predicción? La puerta del depósito, cerrada tras la partida de los auxiliares con su macabro cargamento, me devolvió al mundo real. Mi primer cuerpo observaba sin demasiado interés, el marco de luz y las partículas de polvo en suspensión. El depósito se sumía en las tinieblas. Me resultaba imposible determinar cuánto tiempo hacía que estaba en este lugar.

—Debo irme —dije.

—Es cierto —dijo él.

—Antes de que sea demasiado tarde.

—La puerta no está cerrada con llave.

—Puedo regresar.

—Depende. Y no de mí. Si te interesa hacerlo...

—Quiero decir: tiene sentido si vas a estar aquí cuando vuelva.

Se encogió de hombros, casi despectivo —Sí o no. ¿Quién, sabe? ¿Soy Dios para conocer el instante exacto? Si bien mis razones para seguir vivo se han extinguido no tengo coraje para terminar por mi mano lo que empecé con la cabeza, cuando decidí transferirme. Tal vez me aferro a la vida porque los cuerpos son entidades independientes, que obran por su cuenta.

—Los cuerpos obran por su cuenta —repetí tontamente—. Podrías aprovechar tus últimas horas escribiendo un tratado: Teoría de la Razón Vegetativa.

—Los cuerpos operan por su cuenta —repitió una vez más—. Tu cuerpo lo está haciendo en este mismo momento. ¿Por qué no te vas de una buena vez? Escupió las palabras con irritación, desafiándome.

—No soy una bestia; puedo esperar hasta que te calmes.

—Excusas, pretextos —dijo él—. Tus razones para permanecer en este lugar, junto a mí, esperando mi muerte, no tienen ningún valor. Te transferiste para liberarse de mí, no para cargar conmigo. No soy tu padre inválido. ¿Ves a otros haciendo eso? Los cuerpos mueren solos; está bien que sea así —la voz de mi ex-cuerpo se había ido haciendo más y más aguda a medida que la pasión del discurso lo embargaba. Eso hizo que el contraste con el último suspiro de uno que se iba a pocos pasos de donde estábamos fuera muy marcado.

—No conozco otra forma de proceder —dije sin convicción—. Puedo esperar unos minutos. He comprendido que somos parte de un todo indivisible, y que mi deber será llorarte, sentir dolor.

—¡Qué cursi! Pero aprecio tu gesto, aunque los dos sabemos que no sirve para nada.

Bajé la cabeza. El suelo del depósito estaba sucio de polvo y excrementos por todas partes, excepto donde los cuerpos descartados movían impacientes los pies. Allí el piso estaba lustroso y la oscuridad luchaba tratando de ganar la

batalla contra los brillos furtivos que se descolgaban desde fuentes invisibles. Empecé a esperar, ansioso, la siguiente ronda de los auxiliares. Hice un cálculo mental de los muertos y traté de establecer reglas de frecuencias basándome en los gemidos, pero abandoné enseguida desanimado, pesimista. Cada vez me era más difícil determinar los motivos de mi permanencia en el lugar, de mi incapacidad para salir, simplemente salir. Estaba en una trampa que yo mismo había construido y cebado. El cuerpo captó mi estado de ánimo y trató de ser constructivo.

—Creo que no voy a morir hoy.

—Podría volver mañana —dije estúpidamente.

—Es una buena idea. Pero tampoco sé si será mañana. Tal vez ni vale la pena.

El marco de luz se extinguía, por lo que el depósito ya estaba sumido en un mar de oscuridad. Los puntos de referencia habían desaparecido y lo mismo podía hallarme en el depósito de cuerpos descartados que en el corazón de una pesadilla. Me alenté, con la idea de que es posible despertar de la peor pesadilla, pero la voz quebrada de mi primer cuerpo me devolvió a la realidad.

—...caminando hacia donde apunta ahora tu nariz...

Sería ahora o nunca. Me puse en marcha y antes de dar el tercer paso la ira de un cuerpo atropellado en mi camino demostró que no sería una tarea sencilla.

—¡Imbécil! Fíjese por dónde camina y respete a los que se están muriendo.

—Perdón. Quiero salir de este lugar.

—¿Salir? —dijo; el cuerpo se rió ofensivamente—. De aquí sólo se sale muerto.

Era la confirmación de lo que había empezado a sospechar: la trampa, funcionando con eficacia, me dejaba del lado incorrecto.

—Soy un recién transferido —dije—. Vine a despedirme. —Busqué aferrar con las manos al moribundo, pero éste me eludió, burlón. Cuando volvió a hablar supe que no era el mismo, que otro ocupaba su lugar. El juego empezaba a despertar el interés de los condenados.

—Mi transferido no vino a despedirse. Desgraciado. Dejarme solo en estas circunstancias tan dolorosas...

—El mío firmó una autorización para que me inyectaran algo para acelerar el asunto —dijo otro. Un grito destemplado cortó una nueva protesta. Los quejidos y lamentos brotaban ahora de todos los rincones del depósito; los viejos cuerpos morían a mí alrededor, o simulaban hacerlo para mortificarme.

—¿De qué sirve? —aulló una voz femenina— ¿Nos hace diferentes, nos mejora en algún sentido? Si la muy perra viniera a despedirme...

—¡Se arrepentiría! —completó un coro destemplado. Los cuerpos descartados se mecían en sus sillas de lona produciendo sonidos de textura rugosa, mínimos estertores de madera y polvo; el silencio roto se había esparcido por todo el volumen del depósito reflejando imágenes ciegas de la muerte, la muerte verdadera, la muerte cierta y absoluta, la que no podemos eludir como artificiosos saltimbanquis cambiando la cáscara.

—¿Por dónde? —rogué—. No veo la salida.

—Adelante, con energía —insistió mi primer cuerpo—. Atropellando sin asco; vamos a morir de todos modos.

Arremetí con furia, ciegamente, pero la reacción de los cuerpos no se hizo esperar. Probablemente en un ilógico arrebato, se habían levantado de las sillas de lona y me rodeaban, cerrándome el paso. Llegué a sentir la presión de algo duro, metálico que buscaba mi carne y la ferocidad de una dentadura incompleta mordiéndome el brazo mientras, perdida toda moderación, yo golpeaba con los puños apretados en todas direcciones. Era inútil: la ruta hacia la salida, en la oscuridad y cercado por cuerpos sin futuro, se había clausurado para mí.

Siguió un lapso de recuerdos confusos. Tal vez caí, fui pisoteado por los cuerpos enfurecidos, recibí un golpe en la cabeza. Quizá no. Es imposible reconstruir los hechos que conducen a mi situación actual. Sólo tengo la certeza de un despertar en la oscuridad y el silencio del depósito, de los tubos de plástico que me conectan a sustancias nutritivas, de los centenares de cuerpos descartados que me rodean.

—Era la única salida —dice una voz familiar desde muy cerca, en un repliegue de las sombras—. Estaba en garantía. Si bien ninguna herida fue mortal...

—No quiero que me compadezcas —lo interrumpo—. Te quiero fuera de aquí antes de que sea tarde.

—Necesito que aclaremos algunas cosas —dice.

—No hay nada que aclarar —replico—. Es peligroso. —Puedo verlo por primera vez: somos idénticos, por supuesto, el mismo modelo de cuerpo—. Sólo una pregunta: ¿el primer cuerpo… murió?

—Estoy aquí —responde el primer cuerpo con la voz llena de grietas, desde algún lugar próximo, a la derecha de donde estoy.

—La casa está en orden, entonces.

Me incorporo para que el nuevo cuerpo supiera que me dirijo a él. —Ahora voy a contar hasta diez, y cuando termine estarás afuera de este lugar de mierda, viviendo tu vida, nuestra vida.

Mueve la cabeza, obstinado. Comprendo que la trampa vuelve a estar cebada y quién sabe cuántos más de nosotros caeremos en ella antes de aprender el truco que permitía burlarla.

—Parece —dice el cuerpo original elevando la voz por sobre la atmósfera cargada de podredumbre— que el que escribió nuestro final se resiste a modificar una sola línea.

—Quizá sea un Griego —replico con ironía—, un aficionado a imaginar el Destino con mayúscula.

—¿De qué están hablando? —dice el cuerpo nuevo, desconcertado—. ¿Se burlan de mí? ¿Así pagan mi simpatía? De cualquiera manera voy a quedarme hasta obtener algunas respuestas. No tengo necesidad de explicarles…

Dejo de escuchar sus palabras, aunque las siga oyendo, mezcladas con el zumbido de las máquinas y el latir de los corazones de los cuerpos. Me cuesta imaginar qué heridas han obligado a realizar una segunda transferencia en tan poco tiempo, por lo que empiezo a inspeccionar el cuerpo con cuidado, minuciosamente. Una fea costura me cruza el pecho y, al presionar, descubro un dolor agudo en el costado izquierdo. ¿Tanto daño me han hecho los casi muertos? Korps, en defensa de su reputación, ha actuado de oficio y el nuevo cuerpo avala el procedimiento al despertar. Cierra perfectamente. Nada es gratis.

Se abre la puerta y entran los auxiliares. Curiosamente no hay cuerpos sin vida, por lo que permanecen perplejos unos segundos, vacilando entre dos mundos, pero no tardan en retomar sus rutinas, trayendo cuerpos recién descartados a los que ubican en sillas de lona, conectando los tubos de plástico a las venas de los pobres desgraciados.

—¡Llévenselo! —grito a voz en cuello—. No tiene nada que hacer aquí. —El dolor se intensifica, pierdo fuerzas; mis gritos suenan apagados, sordos, incapaces de alcanzar su objetivo.

—No registran a los descartados —dice mi primer cuerpo.

—Ahorren fuerzas —dice el cuerpo nuevo—. Los voy a sacar de esta pocilga. Mis ex cuerpos no son basura.

—Somos basura —dice el primer cuerpo.

—Te lo suplico: ¡fuera! Antes de que sea tarde. ¡Fuera! —Suena melodramático, pero no se me ocurre otra forma de hacerlo reaccionar—. Vas a quedar atrapado, prisionero, como nosotros...

El cuerpo nuevo se sobresalta. Los auxiliares han cerrado la puerta y el depósito queda en penumbras una vez más. En la oscuridad creciente los gemidos de todos nosotros, los cuerpos descartados, y las protestas del recién transferido se mezclan hasta hacerse indistinguibles.

© Sergio Gaut vel Hartman

Durante mi infancia escuché tantos programas de radio y vi tantas películas de todo género que he terminado por suponer que esos fueron los disparadores de mis gustos literarios, aún por delante de la lectura misma. Claro, también leí muchísimo: Salgari, Verne, Stevenson, Siri, London, Wells, Swift, Raymond Jones, Wollheim... Leí *novelitas de a duro* hasta que descubrí Más Allá en 1960, cuando ya había dejado de salir y empecé a conseguir ejemplares en las librerías de usados. Después llegaron la colección Nebulae y más tarde la primera Minotauro y la Planeta de Pauwels y Bergier desde el mismo momento en que aparecieron en los kioscos. Esas publicaciones y un profesor de física del Colegio Nacional, fueron los mayores incentivos para hacerme comprender que mi interés por la literatura era un asunto serio. [Extractado de su biografía en Liter Area].

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

MI VECINO BERTO.

por Alfredo Álamo

Alfredo nos ofrece con su habitual y característico sentido del humor una divertida historia sobre como las relaciones vecinales pueden influir en la ciencia, médica, y en la historia de la humanidad.

Les podría contar ésta historia de muchas maneras, pero ninguna de ellas tendría sentido sin explicarles antes quién es Berto. Berto Domínguez, natural de Valencia, tiene veinticuatro años, moreno, es de complexión media y tiene los ojos marrones. Trabaja como auxiliar de laboratorio en la clínica del eminente Dr.Scheberthaumm, experto en trastornos esquizofrénicos, y, además, es mi vecino.

La primera vez que me lo encontré me pareció un tipo normal y corriente, quizás con ese pésimo gusto en el peinado que aprecio en la gente diez años más joven que yo. Coincidimos en el ascensor, vivimos en el piso décimo, y él sacó un cigarrillo, lo encendió y se puso a dar unas caladas. Ni que decir tiene que me quedé mirándolo sorprendido, pues todo el mundo sabe que está prohibido fumar en los ascensores.

—Disculpe —le dije con mi tono de voz más educado—, ¿podría apagar el cigarrillo?

Él me miró con expresión jocosa, carraspeó unos segundos y escupió, de forma lenta, junto a las puertas del ascensor. Antes de que pudiera decirle nada, agarró el cigarro y lo apagó en el techo.

—Ya te vale —me dijo—, ni una caladita me dejáis ya. Anda, anda, que ya me tenéis harto, si es que uno no puede tener relax. R-e-l-a-x, si no es tan complicado, joder.

Opté por no decir nada y dejar que siguiera mascullando su discurso. Al llegar al décimo piso abandoné precipitadamente el ascensor, directo hacia mi apartamento. Justo cuando introducía la llave en la cerradura, volví a escuchar su voz aflautada.

—Ya te vale —dijo de nuevo—, pero si somos vecinos. ¡Vecino! —me gritó, alargando la *O* final hasta que logré entrar en casa y cerrar la puerta.

Me quedé allí, incrédulo, sorprendido y un poco asustado.

—¡Ya te vale! —le escuché decir, todavía frente a mi casa.

Ese fue el principio de nuestra convivencia. Habrán apreciado que nuestros caracteres no eran parecidos, es cierto. La verdad es que mi actitud suele resultar algo distante y huraña, lo reconozco: soy investigador médico y paso el día entre matraces y centrifugadoras; pero Berto… Berto era insoportable. Dejé de acudir a las reuniones de vecinos, así como el resto de los inquilinos. Berto las hacía imposibles de sobrellevar.

—Ya os vale —nos recriminaba—, que si la música alta, que si la basura por la escalera. Si yo solo pido relax, hostia. Si es que me he mudado al hogar del jubilado, ya os vale, ya os vale.

Y yo, como vecino directo, sufría sus constantes locuras. Llamaba a mi puerta de madrugada para que le dejara azúcar, vaciaba sus ceniceros en mi alfombrilla y siempre que me quejaba, me decía:

—¡Ya te vale!

Todo esto podría ser la vida de cualquiera de ustedes junto a un vecino insoportable, lo sé; historias como ésta debe haberlas a cientos. Pero con Berto todo dio un giro inesperado, algo que no podía haber llegado a imaginar ni en mis pesadillas más terribles.

Sucedió a finales del mes pasado, seguro que muchos de ustedes recuerdan las fechas, cuando el doctor Scheberthaumm anunció la cura de la mayor parte de los trastornos mentales. El viejo doctor se asomó a nuestros televisores desde los espacios informativos con su discurso de esperanza.

—Será la gran panacea que esperábamos —dijo sonriente, colocándose sus gruesas gafas—, el fin de la esquizofrenia, la paranoia, los trastornos bipolares… Todo será tratado y curado a partir de ahora en menos de diez minutos.

La noticia prometía y le dieron cobertura. Un equipo de televisión se había trasladado de forma permanente al laboratorio del doctor y, desde allí, pretendían emitir el experimento final que demostraría el gran éxito de sus teorías.

—La técnica puede parecer sencilla —nos explicó, ¿recuerdan?, supongo que sí—. No es más que copiar y pegar, como en los ordenadores que tendrán en sus casas. Hemos logrado copiar el patrón de una mente sana y somos capaces de emitir una onda electromagnética que modifique a una mente enferma para que se ajuste con el patrón sano.

Bien, si no estaba loco, podía funcionar. La verdad es que tenía el laboratorio lleno de cachivaches electrónicos y enfermeros vestidos de azul. Daba confianza.

—Bien, aquí tenemos a nuestro primer paciente —mostró a la cámara—. Se trata de Toni, que tiene un pequeño problema de neurosis. Digamos que suele obsesionarse demasiado y eso le causa muchos problemas, ¿verdad Toni?

—Si, doctor —contestó el tal Toni. Parecía sedado mientras los enfermeros lo ataban a una camilla.

El aparato que el doctor cogió a continuación parecía una pequeña antena parabólica a la que le hubiesen conectado todas las pistolas que salían en Flash Gordon.

—Y aquí, nuestro voluntario —continuó el doctor—. El hombre que presta su patrón para curar a nuestro amigo Toni.

La cámara abrió campo hasta mostrar otra camilla. El corazón me dio un vuelco y se me secó la boca. El voluntario… Era Berto. Un montón de ideas cruzaron mi cabeza a la velocidad del rayo, pero en definitiva una primaba sobre el resto: ¡tenía que impedirlo! La posibilidad de que Berto fuera duplicado me aterraba. Salí de casa a toda velocidad, me metí en el coche y conduje como un loco hasta la clínica. Afortunadamente no estaba lejos y, cuando llegué, decenas de personas aún esperaban a las puertas, mirando en una pantalla gigante de televisión el proceso del experimento. Me abrí paso como pude, a codazos incluso; la puerta estaba abierta, ya que la unidad móvil de televisión había sacado los cables eléctricos hasta su generador. Esgrimí mi carné de médico ante un guardia de seguridad y le grité que era una emergencia. Me creyó y dejó el paso libre… Ojalá no lo hubiera hecho nunca.

El experimento estaba a punto de empezar, las dos camillas una enfrente de la otra y aquel proyector de ondas cerebrales colocándose en posición. El doctor manejaba el aparato mediante un control a distancia. Fijó el objetivo y levantó su dedo índice hacia un enorme botón rojo. Sólo tenía una oportunidad, las explicaciones llegaban demasiado tarde. Decidí saltar hacia él. No soy un gran atleta, es más, carezco de la mínima coordinación básica, así que lo único que conseguí fue agarrarme a la bata de laboratorio del doctor. A partir de ahí, todo fue un enorme caos, intenté hacerme con el mando del aparato, mientras el doctor y los enfermeros trataban de apartarme. La parabólica apuntaba locamente arriba y abajo, a izquierda y derecha. En algún momento de todo aquello, alguien presionó accidentalmente el botón rojo. Todos escuchamos un zumbido agudo y molesto, los cristales de la sala vibraron con fuerza y, de repente, la parabólica escupió un rayo verde de gran grosor y trayectoria lenta. Ni que decir tiene que todos nos tiramos al suelo, siguiendo de reojo el recorrido de aquel rayo. Ahora confieso que nunca pensé que lo sucedió fuera posible de algún modo, el rayo impactó en la cámara de televisión que transmitía el experimento. Ésta zumbó aún más y luego todo el equipo eléctrico

fue saltando por los aires entre chispas y explosiones. Llegó el silencio. No duró mucho.

—¡Es usted un loco! —chilló el doctor, agarrándome del cuello— ¡Ha destrozado mi experimento! ¡Mi vida!

La verdad es que no podía reprocharle su actitud, pero aún así me revolví y traté de escapar, aprovechando la confusión. En el fondo, estaba orgulloso de mí mismo: había librado al mundo de otro Berto. Que ingenuo era. Si hubiera conocido la verdad, yo mismo habría apretado las manos del doctor sobre mi garganta.

La primera señal de que algo no funcionaba bien apareció nada más salir de la clínica. La gente que esperaba fuera estaba gritando y bailando. Como si hubiera algo que celebrar. Al acercarme a ellos, tenía que hacerlo para poder salir, me señalaron al unísono.

—¡Ya te vale! —gritaron a la vez con un tono de voz aflautado.

La cara que se me quedó tuvo que ser digna de un programa de videos humorísticos. Uno de ellos se me acercó y escupió, lentamente, en mis zapatos. Un escalofrío me sacudió la espalda.

—Tú lo que tienes que hacer —me dijo otro de ellos—, es relajarte. Ya te vale, lo tenso que estás. Relax, tío, relax.

Salí corriendo. Sí, huí a toda velocidad; ni siquiera miré atrás hasta que no pude más y tuve que pararme, en medio de la calle. Ahí es donde empecé a comprender la magnitud de la tragedia. El tono aflautado de Berto se escuchaba, como un eco, a lo largo de las calles. La unidad móvil de televisión había retransmitido la señal del aparato en la clínica… mandándola a los satélites y luego a los repetidores y televisores. Y de ahí a todos los que estuvieran viendo el experimento. No fue hasta la noche que me enteré que la cobertura del evento había sido mundial, que a lo largo y ancho del mundo millones de personas eran ahora Berto. Consideré muchas opciones, entre ellas las de viajar al África más lejana o a Laponia, cerca del ártico, pero ya no quedaban aviones y los suministros de gasolina escaseaban. El Doctor Scheberthaumm apareció de nuevo por televisión, anunciando otro intento de reconvertir al estado normal a la población, pero a partir de entonces, la televisión solo emite estática. Ya casi no salgo a la calle, y cuando lo hago procuro que sea a primera hora de la mañana; los Bertos no madrugan. Me encuentro a gente que hace lo mismo que yo, tratando de sobrevivir entre montañas de basura. No sé cuánto durará la civilización tal y como la conocíamos.

Ayer estuve leyendo sobre las ondas de televisión, intentando encontrar una explicación. Pero en su lugar descubrí una verdad aterradora… Las ondas

televisivas se proyectan al espacio, siguen su camino hacia el infinito de planeta en planeta. ¿Y si alguna especie inteligente recibe la señal? La idea de un universo de Bertos me superó completamente. ¿Había condenado a toda vida a volverse como Berto? La idea del suicidio ronda mi cabeza con fuerza, pero no se si seré capaz de acabar con mi vida. Creo que no lo hago porque me asalta continuamente la visión de mi cuerpo muerto, en el suelo y un Berto, de sonrisa torva, mirándome con ojos vidriosos antes de decir:

—¡Ya te vale, que relax más guapo!

© Alfredo Álamo

Alfredo es otro de los asiduos a este fanzine, recordemos que este valenciano admirador de *P. K. Dick*, aficionado al cine, la Guinness, el aikido y el baloncesto, siempre ha querido ser escritor. A pesar de sus protestas, este editor quiere dejar constancia de la calidad de sus escritos. De hecho, ya le van publicando en otros sitios como en *Axxon*, «*De nuevo, el principio*» (http://axxon.com.ar/rev/133/c-133Cuento1.htm). Confiamos que su buena estrella le acompañe siempre.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

LA HUMEDAD

por Claudia De Bella

Dalia es el epítome de los psicoanalistas. ¿Hasta qué punto nos podemos identificar con las dolencias de los demás? Solamente si nos adueñamos de sus recuerdos y de sus dolores, cosa que sólo un telépata podría hacer. He leído muy pocos relatos con la fuerza expresiva visual de este, tal vez *Muero por dentro* de Heinlein o *El hombre en el Laberinto* de Dick, sólo por citar dos libros que vinieron a mi memoria cuando leía este relato. SGB.

Dalia pulsó el llamador. El guardián automático fijó en ella sus ojos inhumanos, cotejó los datos y permitió que la puerta se abriera. Sin apuro, Dalia avanzó por el pasillo. Oyó que la puerta se sellaba a sus espaldas con un susurro neumático.

La sala era muy grande. De un lado había un comedor cromado: una mesa redonda y ocho sillas; del otro, varios sillones negros ubicados en ángulo recto; al fondo, los equipos electrónicos. El resto del espacio estaba vacío, salvo por la alfombra negra que cubría el suelo. Las cortinas estaban bien cerradas y la única luz provenía de la biolámpara que flotaba por encima de la mesa. A la izquierda había una puerta. La abrió.

El paciente estaba sentado frente al enorme ventanal que se abría al jardín que rodeaba la casa. La alfombra seguía siendo negra, pero no había cortinas. Afuera estaba nublado; la luz dura que inundaba la habitación hacía resaltar nítidamente los contornos del sillón rojo donde el paciente estaba inmóvil. No había nada más, a excepción de una silla ornamentada, de madera oscura, que no parecía adecuarse al espíritu de la casa y que alguien había colocado en un rincón, contra el ventanal, a unos tres metros del sillón del enfermo. Lo más lejos posible. Dalia entendió que esa silla era para ella.

—Soy la Asistente —dijo, segura de que el hombre la había oído entrar.

No hubo respuesta.

No había por qué preocuparse. Era la primera sesión, un trance difícil que siempre transcurría entre el silencio y la desconfianza. Sin perder la calma, Dalia se sentó en el lugar que le habían impuesto. Desde allí, estudió el perfil del paciente: era joven, unos treinta años. Según los archivos de la Secretaría de Salud, sus padres habían muerto hacía mucho. Vivía solo.

Dalia inició la primera fase de reconocimiento. Con la paciencia que requería el proceso, recorrió con la mirada cada centímetro del cuerpo quieto del hombre. Después de varios minutos, sus ojos se detuvieron en la cabeza, la misma que muy pronto dejaría de ocultar sus secretos, la misma que, tarde o

temprano, abriría la puerta prohibida para revelar los pensamientos y terrores más íntimos.

Al tiempo que se concentraba, repitió:

—Soy la Asistente. —Y luego agregó—: me llamo Dalia.

El paciente no se volvió para mirarla.

—No me importa —respondió de mala gana—. Y mi nombre ya lo conocés.

Se llamaba Brune. Dalia lo sabía porque era la cuarta Asistente Domiciliaria que la Secretaría enviaba a rehabilitarlo. Todas sus antecesoras habían fracasado, incapaces de sondear la mente del paciente con la suficiente concentración dirigida. En ese hombre, habían informado, existía una fuerza que destruía cualquier intento de aproximación. Una de ellas había tenido que pasar un período de restablecimiento en la Clínica de Psicopatología: Brune había estado a punto de destruir su escudo psicológico. Pero Dalia era un caso especial, que se reservaba para los enfermos imposibles. El entrenamiento de la Secretaría no había hecho más que provocar el desarrollo máximo de sus capacidades psíquicas innatas, más poderosas que las de la mayoría.

A pesar de la renuencia del paciente, Dalia no se desanimó. En su trabajo, las agresiones verbales no eran motivo de alarma. Había cosas peores: contagios, catarsis, retro-intrusiones. Y muchos obstáculos que sortear, como el que ahora se interponía entre ella y el enfermo: la resistencia al tratamiento. Con frecuencia, los pacientes consideraban que la rehabilitación a la que estaban legalmente obligados no era más que una molestia inútil. Les resultaba más fácil continuar viviendo marginados, antes que soportar los desgarrantes tratamientos o las dolorosas reconstrucciones que convertían sus castigados cuerpos en híbridos de carne y metal. Era menos angustioso quedarse encerrados, maldiciendo el día en que la Tierra había comenzado a recibir visitas del espacio que habían traído consigo nuevas epidemias y exóticas enfermedades mentales.

—Es cierto —dijo Dalia suavemente—. Conozco tu nombre. Me gustaría que me contaras algo más.

Que el paciente crea que la única comunicación posible es la palabra, le habían enseñado en la Secretaría. Técnicas de contacto. Muy pocas personas, incluso dentro del gobierno, sabían que las Asistentes Domiciliarias eran en realidad manipuladoras de la psiquis.

La creciente presión mental que Dalia estaba ejerciendo desde el inicio de la conversación comenzó a dar sus frutos. Brune, en un tono todavía desganado pero menos ofensivo, contestó:

—¿Contar qué? —Al tiempo que lo decía, giró un poco la cabeza para mirarla de soslayo.

—Cuándo empezaste a sentirte mal, por ejemplo —dijo Dalia.

—¡Sentirme mal! —exclamó el hombre. De él estaban saliendo toda clase de mensajes de rechazo, pero detrás de ellos había algo que la llamaba con desesperación—. ¡Qué estupidez!

Una, dos, tres pulsaciones. Con enérgica firmeza, Dalia empujó un ariete imaginario contra la negra puerta prohibida. Las bisagras vacilaron. Brune giró la cabeza de golpe y la miró a la cara. Tenía ojos negros, profundos.

—¿Qué me estás haciendo? —le dijo, acusador.

—Nada —respondió ella con una sonrisa—. No hago nada. Estoy a tres metros de distancia y lo único que quiero es ayudarte. Lo único que quiero es que me cuentes.

Algunos pacientes son muy perceptivos, decían en la Secretaría. *Cuidado con ellos*. Dalia dejó el ariete a un costado y acarició la superficie de la puerta con una mano enguantada de seda, describiendo pequeños círculos. En contacto con sus dedos, la pintura opaca comenzó a desaparecer, dejando al descubierto vetas y nudos.

—Que te cuente —dijo él, volviendo a mirar a la ventana. Estaba más tranquilo.

—¿Cuándo empezaste a sentirte mal? —insistió Dalia. La mano mental detuvo la caricia pero no se separó de la madera. Brune cruzó los brazos. Buena señal, aunque fuese un gesto defensivo.

—Sentirme mal... —dijo el hombre con tristeza—. Me sentía mal.

—¿Cuándo? —volvió a repetir Dalia. La mano apoyada en la puerta sintió que un leve escozor la recorría. El paciente reaccionaba.

—Tenía trece años —dijo Brune. Le tembló la voz—. Entonces vinieron.

—¿Vinieron quiénes? —preguntó la Asistente.

Brune se estremeció. Al mismo tiempo, la puerta prohibida volvió a cubrirse de pintura. La cerradura de hierro se hizo más grande. Aparecieron dos candados.

Suficiente, pensó Dalia. El contacto telepático se establecía de a poco, en un crescendo que llegaba a su punto más alto después de cierto tiempo. El renovado rechazo de Brune indicaba que la primera sesión había llegado a su fin.

Dalia se tomó un largo rato para deshacer el contacto. *Las interrupciones abruptas pueden delatar la naturaleza del tratamiento*, había estudiado, *pues la mente del paciente advierte el repentino vacío provocado por la desconexión.*

Dalia se fue desprendiendo de la psiquis del enfermo, colocando los pocos retazos que había tenido en su poder de vuelta en su sitio. Cuando la separación fue completa, dijo, mirando la pantalla del minicom que tenía en la muñeca:

—Perdón, pero se hizo tarde. Tengo que irme.

El paciente no contestó.

—Vuelvo mañana —continuó Dalia, poniéndose de pie—. ¿Te parece bien?

Tampoco hubo respuesta, ni movimiento alguno. A través del ventanal, la Asistente miró el jardín. El césped era de color verde brillante, renovado por la lluvia. Hacia la derecha había algunos árboles de copa frondosa. Ninguna flor. Un paisaje refrescante, pero monótono. Sin embargo, a Brune parecía gustarle mucho. Tal vez debía buscar en ese jardín una imagen que la ayudara a penetrar en su mente. Sin decir nada más, abandonó la habitación. Cuando estaba esperando que el guardián la dejara salir, oyó la respuesta de Brune, lejana, llena de rencor:

—No vuelvas nunca.

****

—Es una casa muy especial —dijo Dalia al entrar.

Brune seguía en el mismo lugar, como si hubiese permanecido inmóvil, con la mirada fija en el jardín, durante las veintitrés horas que separaban una visita de otra. Sin embargo, al restablecer la conexión telepática, la Asistente notó de inmediato que la actitud del enfermo había variado. Hoy no percibía rechazo, sino esa especie de resignación que normalmente aparecía en los pacientes durante la segunda sesión.

La actitud sumisa que se observa en la segunda o tercera visita, decía el Código Asistencial, *se debe a que la intrusión terapéutica genera en el enfermo una sensación de impotencia. Con el correr de los días, la reacción tiende a desaparecer.* Hasta ahora, el comportamiento de Brune se ajustaba a lo previsible. Pero no era en esta etapa donde sus compañeras habían tenido problemas.

—Sí —le contestó Brune débilmente—. La diseñaron ellos.

Hoy la puerta prohibida no era negra, sino gris. Los candados habían desaparecido, pero había más cerraduras.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Dalia. Frente a la puerta materializó una hormiga que, lentamente, comenzó a avanzar sobre el piso de mármol.

—Mis padres —dijo Brune—. ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? —La parte inferior de la puerta se estiró hasta tocar el suelo, eliminando todo resquicio por donde la hormiga pudiera colarse.

—A mí no me lo habías dicho —contestó Dalia. La hormiga comenzó a ascender por la superficie de la puerta, explorándola con las antenas. Las cerraduras se cubrieron con placas de hierro fuertemente atornilladas. *Pero si no querés dejarme pasar*, le susurró la hormiga a la puerta, *¿por qué existís? ¿No sería mejor una simple pared?*—. ¿La diseñaron tus padres?

Repentinamente, igual que el día anterior, Brune apartó la vista del jardín para clavar los ojos en Dalia. Tenía una expresión sorprendida, incómoda. La Asistente, con una sonrisa, esperó.

—Sí —dijo el paciente por fin, sin dejar de mirarla—. Eran arquitectos industriales.

Al tiempo que Brune pronunciaba esa última palabra, la puerta onduló como una sábana agitada por la brisa y se sacudió a la hormiga, haciéndola caer al suelo. De inmediato, las ondulaciones cesaron y la superficie de la puerta volvió a ser tan sólida como antes. *Está bien*, dijo la hormiga que había vuelto a ser Dalia. *Esperaré a que me abras*. Mirando a un lado y a otro, comenzó a caminar hacia otros parajes mentales. *Localizado el punto de conflicto*, decían en la Secretaría, *se puede iniciar la segunda fase de reconocimiento, conocida como intrusión profunda*. Lo que significaba hurgar en los recuerdos, en los pensamientos y en las impresiones inconscientes, en cosas que ni el propio enfermo sabía que guardaba en su cerebro. Dalia inspiró profundamente, reforzó su escudo psicológico y se preparó para zambullirse en lo más hondo de la mente de Brune. A pesar del esfuerzo mental, sin embargo, su expresión permaneció inalterable, con la misma sonrisa cándida, con una perfecta mirada de inocencia que el enfermo interpretaría como la de otra torpe Asistente enviada por el gobierno para fastidiarlo. Dalia exhaló con lentitud, levantando la cabeza unos centímetros, y junto con el aire que salía de sus pulmones, disparó hacia Brune un penetrante haz de energía psíquica.

Al principio siempre era confuso. Entrar en otra mente era sumergirse de golpe en un mar repleto de peces desconocidos e incomprensibles. Había que estudiarlos uno por uno, rastrear sus antecedentes evolutivos, descubrir el

funcionamiento de cada uno de sus órganos, observar detenidamente de qué se alimentaban y a quién servían de alimento. Dalia demoraba menos que otras Asistentes en hacerlo, pero no podía hacerlo en un instante. Nadie podía.

Brune estaba otra vez callado, mirando el jardín.

—¿Vinieron quiénes? —le preguntó Dalia. En la mente del paciente, la pregunta provocó una serie de imágenes que se precipitaron hacia Dalia en un orden caótico. Trece años. Exportaciones. Mucho trabajo. Tengo miedo. El proyecto. Este es mi hijo. Odio. Ekurtzos. Ekurtzos entrando a la casa de Brune, dejando manchas pegajosas en la alfombra negra, en las sillas cromadas. Apuntando los traductores al niño que los recibía en la sala, sin saber, sin saber…

—No me habían dicho que venían —dijo Brune—. Al principio me asusté. —Por primera vez, se levantó del sillón rojo. Se acercó al ventanal y apoyó las manos en el vidrio—. Quería escaparme. Salir de ahí.

Tres ekurtzos en medio de la sala y Brune aterrado, paralizado, pensando que el guardián automático se había descompuesto. ¿Cómo habían entrado? Esas criaturas eran las que aparecían en los informativos de la red, saludando a presidentes y funcionarios, no en las casas de los chicos de trece años. En las casas que eran tan inexpugnables que cualquier presencia no prevista de antemano sólo podía significar peligro. De pronto, Dalia vio que otro personaje entraba en escena. Era una mujer alta, de pelo negro, parecida a Brune pero de ojos grises, fríos. Apuntando el traductor a los ekurtzos, la mujer dijo: *Este es mi hijo.*

—¿Vinieron quiénes? —Si el paciente no se lo decía, no podría seguir adelante. En la escena del recuerdo, la Asistente vio a los ekurtzos y a la mujer saludándose y sentándose en los sillones negros. Entonces, instiló en Brune una sensación de confianza y le susurró mentalmente palabras de contención. Dalia vino a curarte. Dalia quiere curarte. Suavidad. Calor. Las manos de Dalia acariciando un gato gris como la puerta prohibida, con ojos negros como los de Brune.

Cayó el primer velo.

—Los ekurtzos —dijo Brune, y suspiró, como aliviado de habérselo dicho. Caminó hacia Dalia y se detuvo muy cerca de ella. Mirándola de frente, con total convicción, agregó—: Ellos me contagiaron.

—¿Estás seguro? —Con un movimiento tan estudiado como todos los gestos de las Asistentes, Dalia estiró la mano y la apoyó levemente en la mejilla de Brune. El gato de ojos negros con pupilas redondas la miró intrigado pero no cambió de posición. Brune había decidido confiar.

—Sí.

Dalia retiró la mano y sonrió otra vez. Sabía que, en la mente del enfermo, ya no era la torpe Asistente Domiciliaria que venía a perturbar su aislamiento, sino Dalia, una persona. Que si no llegaba a curarlo, al menos lo escucharía. Sus compañeras de la Secretaría no habían llegado tan lejos.

Mientras tanto, en el recuerdo, la mujer y los ekurtzos discutían los detalles de unos planos hologramados que flotaban sobre la mesa cromada. También había un hombre delgado, de pelo castaño, que tomaba nota de las modificaciones. Brune estaba cerca de ellos, trabajando en la unidad escolar. No podía concentrarse en lo que hacía. El ecosistema del desierto artificial de la Luna era menos interesante que estar en la misma habitación con tres extraterrestres.

—¿Cómo sabés que fueron ellos? —preguntó Dalia.

El paciente regresó al sillón rojo, lo giró hacia Dalia y se sentó en una postura relajada, propensa a la conversación. Con las piernas cruzadas, pero los brazos apoyados a los costados. Dalia volvió a su silla.

—¿Quién, si no? —dijo Brune—. Empecé a... sentirme mal, como decís vos, dos semanas después de que terminaran las reuniones.

—¿Qué reuniones? —Eran reuniones de trabajo, claro. Un proyecto, planos. Pero era el enfermo quien debía decírselo.

—No sé muy bien —contestó el hombre, encogiéndose de hombros. Trataba de simular que no le importaba, pero no era cierto. Los odiaba—. Mis padres les diseñaron una fábrica de maquinarias. En la Tierra encontraban metales que no existían en Ekurtz. Algo así. No me acuerdo.

Para Brune era cierto. Para Dalia, el recuerdo, grabado para siempre en el inconsciente del hombre, era una imagen clara y detallada, donde se distinguían hasta las breves pulsaciones internas que recorrían el cuerpo de los ekurtzos cuando los padres de Brune lograban interpretar a la perfección sus deseos.

—Tus padres no se contagiaron —dijo Dalia—. ¿Por qué?

El paciente cruzó los brazos. Otra vez a la defensiva. Se sentía más cómodo que antes en compañía de Dalia, pero no estaba preparado para contestar todas las preguntas. Acaso porque no conocía todas las respuestas.

—No sé —dijo él, en un tono menos afable—. Vos sos la especialista. Vos decime por qué no se contagiaron. —Más desafiante, continuó—: ¿Por qué se

contagiaron sólo las mujeres cuando vinieron los mesperíes? ¿Por qué se contagiaron sólo los varones menores de dos años cuando vinieron los del Cúmulo? ¿Por qué?

Dalia sabía que había una fuerza que quería estallar, pero que se contenía porque Brune pensaba que, una vez liberado el dolor, nadie sería capaz de ponerle freno. La explosión se tragaría al mundo, exterminaría todo. En el recuerdo, Brune preguntó en voz alta qué comían los zorros lunares, a pesar de que la información estaba resaltada en color verde en la pantalla de la unidad escolar. Nadie le respondió: sus padres, con los traductores apuntando a los ekurtzos, siguieron explicándoles acaloradamente por qué el futuro edificio tenía que incluir baños para los empleados humanos. Los extraterrestres consideraban insultante que alguien pretendiera excretar en su lugar de trabajo.

—Es hora de terminar —dijo Dalia.

—¿Ahora? —se quejó Brune, asombrado. Se enderezó y apoyó los codos en las rodillas, inclinándose hacia adelante. La miró con sorna—. Es porque no sabés qué contestarme, ¿no?

Sin prestarle atención, Dalia comenzó a separarse de la mente del enfermo. La intrusión profunda era una fusión íntima y riesgosa. Había que efectuar la desconexión con mucho cuidado para no dañar la psiquis invadida... ni la invasora. Este paciente, además, tenía un vigor poco común. Lo había demostrado al rechazarla, pero ahora lo utilizaba para retenerla. No quería que Dalia se fuera; con todas sus fuerzas, la mente de Brune trataba de impedir su retirada. Pero Dalia era Dalia.

Se fue quitando de encima los recuerdos del enfermo como si fuesen flores entrelazadas en sus ropas, en su pelo: con movimientos calmos, precisos, sin romper ninguna. Retrocediendo tres pasos y avanzando uno. Me voy, pero vuelvo. Tranquilo. Vuelvo. Vuelvo. Tranquilo...

De pronto, la Asistente sintió que el escudo psicológico flaqueaba. ¿Cómo era posible? Lo reforzó de inmediato, contrayendo repetidamente el diafragma. Era extraño, pero la actitud sumisa, la sensación de impotencia prevista por la Secretaría, de repente se había esfumado de la mente de Brune, algo que no debía ocurrir hasta la quinta o sexta sesión. Con más precaución, Dalia colocó en su sitio los últimos fragmentos. Cuando terminó, se llevó las manos a las sienes y presionó dos veces.

—Hasta mañana —dijo, poniéndose de pie.

El trayecto hacia la salida no fue silencioso.

—¡No sabés qué decir! ¡No sabés por qué me contagié! ¡Nunca me voy a curar! ¡Ustedes no saben nada!

Oyó los gritos furiosos de Brune hasta que la puerta neumática se cerró a sus espaldas.

Al día siguiente, Dalia llegó más tarde.

—Es curioso que ayer mencionaras a los mesperíes —dijo apenas entró, antes de llegar a la silla, incluso antes de restablecer la conexión telepática—. Yo fui una de las contagiadas. Hace siete años.

Aprovechó el momento de perplejidad de Brune para introducirse en su mente de un solo golpe, del modo casi brutal que se empleaba cuando ya se conocía el terreno, en las fases avanzadas de la rehabilitación. Era la tercera sesión, sí, pero con este paciente todo iba más rápido que de costumbre.

—Pero... ¿qué edad tenés? —preguntó Brune, incrédulo. Por el momento, la sorpresa había anulado cualquier plan de ataque.

—Dieciocho —contestó Dalia. Sintiéndose tan cómoda en la silla como en la mente del enfermo, le dedicó la acostumbrada sonrisa profesional.

Brune la miró estupefacto. —Perdón —dijo—. Pensé... que eras más grande. Que eras...

—¿Reconstruida?

En la mente de Brune, Dalia forjó una imagen: ella misma, despojándose de las placas de metal que la cubrían. El antebrazo, el pecho, el vientre. Debajo había piel verdadera, la de una joven de dieciocho años.

—Perdón —repitió Brune en voz baja.

Sin darle oportunidad a que reuniera fuerzas, Dalia fue directamente a la puerta prohibida. Materializó delante de ella una pantalla. Las informaciones aparecieron una tras otra.

Primero, los archivos de la red. Imágenes de los mesperíes en la Tierra, estrechando las manos de los niños, tratando de ser tan amables como lo habían sido los primeros exploradores humanos al llegar a su planeta, sellando el tratado de amistad con el representante de la Coalición Tierra, entrevistándose con los religiosos que veían en ellos a los únicos hermanos de la humanidad que existían en toda la Creación, auténticamente hechos a imagen y semejanza del Dios que conocían. Después de todo, eran tan parecidos... Pero la similitud

empezaba y terminaba en el aspecto exterior. En pocos meses, los mesperíes habían sido cordialmente invitados a abandonar todo contacto con la raza humana. Se habían registrado los primeros casos de mujeres y niñas contagiadas.

Después, media página de la base de datos de la Secretaría:
Nombre: Mesper-9 (Nativo: L'sil'm, sistema fonético europeo)
Descubridor: Massimo E. Speroni, Piloto Clase A
Ecosistema: Clase 6/3
Exploración: 2250-2252, Informe Nº 21686
Colonización: Denegada
Antecedentes Sanitarios:
Denominación: Mesperosis.
Síntomas: Se observa anulación de correspondencia somática a eventos psicológicos. Afecta únicamente al sexo femenino.
Índice de mortalidad: Cero en relación con la patología.
Ocasionales suicidios.
Enfermas recuperadas: Cero.

Dalia apuntó un dedo a la pantalla y las letras remolinearon a velocidad vertiginosa, se reacomodaron, formaron nuevas palabras. Se trataba de un artículo de divulgación científica. La explicación no era del todo correcta, pero alcanzaba para que Brune entendiera: «Afecta los centros cerebrales que regulan las reacciones físicas provocadas por los sentimientos. Las enfermas ya no pueden llorar de emoción, ni empalidecer de miedo, ni temblar de amor. Los sentimientos quedan *encerrados* en la cabeza, el cuerpo no responde, se desequilibra la delicada interacción entre lo mental y lo físico. La mesperosis no hace más que confirmar que la armonía entre estos factores es absolutamente necesaria, tan natural e imprescindible como las alas para un pájaro o los colmillos para un carnívoro. La aparición de esta enfermedad marca además el fracaso del proyecto Johnson-Duvall, destinado a dotar de actividad psíquica rudimentaria a las...».

—¿Sabés algo de la mesperosis? —preguntó Dalia.

—Sí, creo que sí —contestó Brune—. Leí algo... en alguna parte. —No era exacto, claro. En realidad, la información que recordaba era la que Dalia acababa de introducir en su cerebro.

—La pasé mal —continuó Dalia—. Todos se sentían incómodos conmigo. Los amigos que tenía en el Centro Infantil, mi familia. Hace tres años, los médicos me aconsejaron esta profesión. Al principio me negué, pero después decidí hacer la prueba y descubrí que me gustaba. Curar a otros no me cura a mí, pero es mi forma de sobrevivir. Cada tratamiento es una oportunidad de salir de esta prisión sin cuerpo.

Las palabras eran terribles, pero los rasgos de la Asistente estaban en calma, como si hablara de un asunto intrascendente; tenía las mejillas sonrosadas, ni una sola arruga surcaba su fresco rostro de dieciocho años. No había emoción en su voz.

—Perdón —volvió a repetir Brune, abatido. El sillón estaba de frente a Dalia, pero él había girado la cabeza a un costado y miraba el jardín, el único espacio de libertad al que tenía acceso.

—No es justo lo que te hacés —dijo Dalia—. Siempre hay una salida. En algún momento, el dolor se aplaca. A veces, incluso, desaparece.

En la mente de Brune, Dalia volvió a acariciar al gato de ojos negros. El gato ronroneó. Tanteando a su alrededor, Dalia buscó el dolor de Brune. Estaba agazapado detrás de la puerta prohibida. Todavía no podía especificar qué lo producía, pero sí ahondar en su naturaleza. Había mucho odio, había encierro. También la sensación de ser inservible, de no lograr complacer a nadie aun con el mejor de los esfuerzos. Una parte del dolor se debía a la enfermedad, sí, a ese ente extraño que acompañaba a Brune desde la infancia, esa cosa abyecta, con vida propia, con sus propios objetivos, que había terminado por dominar todos los actos de su existencia. La enfermedad limita. Todo se condiciona a su voluntad. Uno sabe que no es totalmente uno: hay algo más, algo que ya no nos permite tomar decisiones con libertad. ¿Existe algo más desesperante que tener al peor de los enemigos incrustado dentro del propio cuerpo? Pero también había otro elemento en el dolor de Brune. Era viejo, mucho más viejo que la enfermedad, y se prendía de ésta con uñas y dientes, usándola a un tiempo de tabla de salvación y de pretexto.

Dalia comenzó a entender.

—Otros me ayudaron —dijo—. ¿Me vas a dejar hacer lo mismo con vos?

La mente de Brune exudaba dolor, con tanta intensidad que algunas partículas atravesaban el escudo psicológico de Dalia. Este hombre era un emisor muy potente, ya lo había notado, pero nunca se había topado con otra persona de reciprocidad tan alta. «La relación de emisión-recepción que se establece entre dos mentes», explicaba el Código Asistencial, «muy rara vez es igualitaria, comprobándose, apenas establecido el vínculo telepático, la preeminencia de una psiquis sobre la otra, ya sea por superioridad emisora o por mayor capacidad receptiva. Si la relación de emisión-recepción se encuentra equilibrada, se crea un vínculo de reciprocidad». La Secretaría asignaba a cada paciente la terapeuta con grado de reciprocidad más alto disponible, según la escala estándar de 0 a 100. Los estudios previos habían arrojado un resultado de 73 grados de reciprocidad entre Dalia y Brune. Pero 73 grados no alcanzaban para atravesar el escudo psicológico...

Contrayendo el diafragma, Dalia trató de reforzar el escudo, pero no lo logró del todo. En dos o tres puntos, el dolor de Brune continuó filtrándose al interior de su mente, retorciéndose como un gusano, olfateando el rastro de algo que era igual a él. Dalia lo empujó, trató de repelerlo. Por fortuna, el intruso aún no era consciente de su propio poder, pero hacerlo regresar sobre sus pasos tampoco era tarea sencilla. Cuando una mente masculina se introducía en otra resultaba muy difícil desalojarla si no se avenía a retirarse por propia voluntad. «Es el gen de la conquista», bromeaban las entrenadoras de la Secretaría. Por eso habían usado a los hombres para la guerra. Dalia se sorprendió de que el gobierno no hubiese detectado a Brune.

—Está bien —dijo él con un hilo de voz.

Dalia no podía permitir que la retro-intrusión se profundizara. En otro momento se habría sentido feliz de hallar una mente compatible con la suya, pero a Brune la unía solamente una relación profesional. Revelar información personal estaba permitido como recurso terapéutico, pero una mayor intimidad era inadmisible. Con todas sus fuerzas, sintiendo una repentina punzada de dolor en la base del cráneo, expulsó al intruso de su mente. En la cabeza de Brune, Dalia dejó al gato en el suelo, le dio la espalda y se alejó. Sus formas se hicieron cada vez más borrosas. Retirándose, Dalia terminó de deshacer la conexión telepática.

—Ahora tengo que irme —dijo la Asistente—. Mañana vengo a las siete. El jardín debe ser hermoso al atardecer.

Esta vez no hubo quejas ni gritos. Brune asintió en silencio.

Las cortinas de la sala principal hoy estaban abiertas.

Cuando atravesó la habitación rumbo a la salida, Dalia notó que había zonas de la alfombra donde el color negro parecía más desvaído. Alguien estaba intentando, desde hacía diecisiete años, limpiar las marcas pegajosas dejadas por los ekurtzos.

El guardián, con la clase de indiferencia de la que sólo es capaz una máquina, le abrió la puerta.

—No los veo, no puedo verlos —repitió Brune, abriendo los brazos para tratar de que entraran por sus células, ya que nada entraba por sus pupilas—. No puedo tocarlos. No tienen sabor. Por eso no los entiendo. Están, yo sé que están. Pero no existen para mí. En mí.

—Es como estar ciego.

—¿Ciego? No. Te veo. Te veo el pelo y la nariz. Te veo los brazos. Veo la silla donde estás sentada. Veo el jardín.

—Entonces, ves sin... —comenzó Dalia.

—...color —afirmó Brune, con un destello gris en los ojos oscuros—. No preguntes, no te asombres. Te veo, pero no amarilla, azul o verde. Veo tus formas sin color. ¿Y cómo te explico la ausencia de color? Tampoco puedo describir su presencia. Te veo como hecha de nada. No es un paisaje negro ni un encandilamiento blanco. Es no-color.

Las últimas palabras penetraron en los oídos de Dalia, se enredaron en las circunvoluciones de su cerebro, se entrelazaron y se apartaron. Luego se instalaron en su boca.

—Es no-color —repitió. Las palabras regresaron al aire, y esta vez ascendieron y se perdieron.

La Asistente había decidido no penetrar todavía en la mente de Brune. Ya sabía lo suficiente. Por otro lado, la intrusión del día anterior había sido una advertencia: si se establecía una nueva conexión telepática, era posible que Dalia no saliera ilesa. Tenía otros recursos: también estaba entrenada en técnicas verbales y en corporizaciones. Además, estaba el papel que guardaba en el bolsillo de la túnica.

Dalia miró al ventanal que tenía a su derecha. El atardecer se extendía a través del follaje. ¿Cómo se vería el atardecer desde la perspectiva de Brune? Pensó en sus palabras y a partir de ellas construyó la imagen de un ser que se deslizaba en un mundo sin color. ¿Qué no podría ver? ¿Qué no podría sentir? Se obligó a reparar en lo maravilloso de la composición cromática de afuera. Era como un arroyo que fluía desde el cielo: primero rojo, después anaranjado, después amarillo. Y una catarata azulada y violácea, cayendo en un lago de refulgentes verdes. El jardín, el color, el dolor, la libertad... A Dalia le pareció apropiada esa imagen: un arroyo de color, inundándolo todo.

Entonces dejó que el arroyo la traspasara y coloreara sus venas, sus órganos, hasta su último átomo. Luego, con un fuerte golpe mental, hizo que el caudal saliera por las puntas de sus dedos y se abriera en abanico por la habitación.

De pronto, las paredes desnudas, el techo, la alfombra, se convirtieron en un escenario donde la única actriz era la luz, representando su secreto acto de magia, el regalo del sol. Vio que el color llegaba hasta Brune y se esfumaba en la penumbra de su pelo. El arroyo lo mojaba todo con su arco iris, pero Brune, claro, no podía verlo.

—¿Sentís la... humedad? —preguntó.

—¿Humedad? —dijo Brune, sin comprender—. No siento nada. ¿Qué humedad?

—Mojado. El aire —contestó Dalia.

—¿Hace falta regular el control climático? —dijo Brune.

—No, no. Está bien. —Muy lentamente, Dalia introdujo la mano en el bolsillo—. Ahora quiero que leas esto.

Se levantó de la silla y le entregó la copia en papel con membrete oficial. Brune comenzó a leer lo que Dalia había extraído de los archivos de la Secretaría:

Nombre: Ekurtz-21 (Nativo: Wivwoiy, sistema fonético europeo)
Descubridor: Ernest Kurtz, Piloto Nivel C.
Ecosistema: Clase 6/1
Exploración: 2264-2268, Informe Nº 36935.
Colonización: Denegada.
Antecedentes Sanitarios: No se registran.

No se registran. Mientras Brune digería esas palabras, mientras se conmocionaba con la idea de que no había existido, en veintitrés años, una sola denuncia de contagio que involucrara a los ekurtzos o a su planeta, mientras seguía negándose a creer que en la Secretaría no se había presentado ningún caso como el suyo en los cinco años que habían transcurrido desde que el gobierno decidiera implantar la obligatoriedad de las terapias, Dalia aprovechó su distracción para introducirse en su mente. Fue directamente a buscar lo que quería.

«La belleza no existe», decían los padres de Brune, personas prácticas. «Existen los objetos más o menos perfectos. Lo demás es poesía superflua. La poesía también es un objeto». Dalia nadó entre los recuerdos asociados: la educación de Brune. La lluvia era vapor de agua condensado que se precipitaba por diferencia de temperaturas; una flor, el resultado de un proceso rutinario de crecimiento y reproducción vegetal; la luna llena, el satélite natural de la Tierra iluminado a pleno por el sol. Se le había enseñado a no buscar la maravilla en nada. Ningún objeto era diferente de otro más que por su forma y función. A lo largo de su infancia había visto muchas cosas hermosas, pero en él no había belleza, no podía hacerla suya ni apreciarla. Existía fuera de él, ajena y extraña. Pero existía, y él no podía asimilarla; lo destruía.

Y programas escolares especiales. Máquinas enseñándole en soledad, durante horas y horas, que la humanidad sólo lograba alcanzar sus más altos objetivos cuando olvidaba las emociones, cuando dejaba a un costado los egoís-

mos o cuando suprimía el odio y el amor por igual. Mente fría, óptimos resultados. ¿Pero qué hacer con el volcán en constante erupción que derramaba un ardiente río de emociones en el alma del chico de trece años? Habían querido moldearlo, prepararlo para el éxito seguro, pero él se había resistido. Y había pagado el precio de la rebeldía.

Detrás del último recuerdo en colores de Brune —sus padres, de pie en el jardín, cerca de los árboles, discutiendo frente a él los detalles de su viaje a Ekurtz para ultimar los detalles del proyecto, comunicándole que lo dejarían seis meses solo, bajo la supervisión de la unidad escolar y de la niñera automática— apareció de improviso la puerta prohibida. Estaba entreabierta. Las cerraduras yacían en el suelo, retorcidas y oxidadas. Dalia sabía que era riesgoso permanecer mucho más tiempo en la mente de Brune, pero no podía darse el lujo de desperdiciar esa oportunidad. Estaba segura de poder soportarlo. Empujó la puerta y entró a la oscuridad.

El dolor la invadió tan completamente que el escudo psicológico se desvaneció al instante, dejándola indefensa. Era un dolor antiguo, que había tenido muchos años para crecer y retroalimentarse, para absorberlo todo. Dolor por existir, por haber nacido. El dolor guardado en la mente de Brune se había introducido en la suya, había buscado a su compañero, se unía a él para formar una alianza de sufrimiento.

La mente de Dalia emitió un gemido de angustia.

—¿Qué pasa? —gritó Brune. Saltó del sillón y se lanzó hacia la silla que ocupaba Dalia—. La tomó de los hombros y la sacudió—. ¿Por qué sé lo que estás pensando? ¡Decime qué pasa, por favor!

—Telepatía —dijo Dalia débilmente—. Por favor, calmate. Calmate. Si no te calmás es peor.

—¡No puedo calmarme! —gritó Brune—. ¡Te estoy viendo… por adentro!

—Es lo que te pasa la primera vez —dijo Dalia—. Calmate, por favor. No puedo hacer nada si no te calmás.

Brune la soltó y se alejó un poco. Apretándose la cabeza con las manos, se dejó caer en el suelo. Se quedó allí sentado, sobre la alfombra negra. Comenzó a sollozar.

«Tranquilo», le transmitió Dalia. «No llores». Brune levantó la vista y la miró con ojos extraviados, casi enloquecidos. «Estoy en tu mente. Yo sé qué hacer. No llores».

Ignorando la expresión de incredulidad de Brune, Dalia retrocedió y salió de la oscuridad, atravesando la puerta prohibida. La cerró. El dolor de Brune quedó adentro, pero ahora era el suyo el que lo buscaba con avidez. Con un esfuerzo supremo, sometió a su dolor, lo amordazó, le ató al cuello una correa de cuero trenzado y depositó el otro extremo entre los dientes afilados del gato de ojos negros. A partir de ahora, él también tendría que hacerse cargo.

—Tenés que tranquilizarte —le dijo a Brune. La comunicación verbal, en esta etapa, era menos desconcertante.

Luego le permitió acceder a sus recuerdos: la verdadera función de las Asistentes, el entrenamiento de la Secretaría, el desconcierto provocado por la nueva experiencia de introducirse en una mente extraña, la retro-intrusión, la capacidad de emisión-recepción, la reciprocidad.

—Es raro que el gobierno no te haya detectado —dijo por fin—. A los hombres los usan para la guerra. Entrenamiento militar. Casi seguro, lesiones permanentes. —Ahora Brune tenía una expresión de perplejidad tan intensa que, en otras circunstancias, hubiera resultado graciosa—. Por favor, que nunca te descubran. Nunca.

Brune se llevó una mano a la frente.

—Creo que estoy mareado —dijo—. Es demasiado. Veo imágenes tuyas, todas mezcladas. También veo a los pacientes que trataste, veo todos sus problemas. Me veo a mí como me ves vos. ¡Veo todo al mismo tiempo!

—Te hace falta entrenamiento. Pero primero tenés que curarte.

—¿Todavía seguís pensando que podés curarme? —Brune sonrió con tristeza—. ¿Y cómo vas a hacer? Según ese papel, mi enfermedad no existe. No se puede curar una enfermedad que no existe.

—Existe —dijo Dalia. En la mente de Brune, apoyó una mano en la puerta prohibida—. Existe acá.

Brune se acercó. Miró la puerta. La tocó. *¿Acá?*, emitió. *¿Qué hay acá?*

—No soy yo la que tiene que decirlo. Ahora necesito que me dejes hacer.

Dalia se sentó en el suelo, junto a Brune, y le transmitió: *Quedate ahí, al lado de la puerta. No pienses en nada más. Tratá de no prestar atención a tus recuerdos, ni a los míos. Que sólo exista esa puerta. Ya sé que es difícil, pero también sé que podés hacerlo. Yo te voy a ayudar.*

Al cabo de un largo rato lo consiguieron: la mente de Brune quedó fijada en la puerta, en su textura, en el contorno de sus bordes, en las bisagras descascaradas. El gato gris, con la correa entre los dientes, lo miró con curiosidad por un segundo, y luego continuó vigilando atentamente a su prisionero.

Dalia se miró la mano derecha. Los colores de la luz volvieron a manar, tiñendo las paredes, el techo, la alfombra. Y no sólo eso. Por las puntas de sus dedos salían la belleza, la tristeza y la emoción que estaban encerradas dentro suyo. Las pasiones que no podía expresar desde hacía tanto tiempo estaban siendo arrastradas al exterior por la suave corriente del arroyo.

—Ahora lo voy a hacer entrar en vos —le dijo a Brune—. Tranquilo. La puerta.

Extendió la mano y apoyó los dedos en el brazo de Brune. El color salía y se perdía dentro de la piel, como la aguja de una hipodérmica. Inyectando. Dalia lo vio penetrar en las tinieblas de él, en su carne y en su mente.

Brune apartó el brazo. *No lo... soporto*, emitió con dificultad. *Es como una... explosión... que me ilumina... adentro. Esa... luz me enseña a... notar las diferencias. Es como... una nueva... dimensión. Es... demasiado.*

Quédate ahí, emitió Dalia. *La puerta*. Brune asintió.

Dalia se dio vuelta y miró al ventanal. El sol se había ocultado y comenzaban a centellear algunas estrellas, engarzadas en el azul-negro del cielo. Había visto escenas parecidas en la mente de Brune. Casi idénticas, pero sin color. Sin odio, sin amor. Había comprendido el profundo hastío que un mundo así podía provocar. Los ekurtzos eran inocentes: esta era una dolencia humana, más humana que cualquier otra.

Volvió a mirar a Brune. Detrás de la puerta prohibida había una fuerza que pujaba por salir. Brune ya la había detectado, porque ahora tenía la espalda apoyada contra la pintura gris, tratando de impedir que la cosa escapara.

Dalia lo ignoró. Estaba enferma, sí. Siempre estaría enferma. Pero ahora sabía que existía alguien a quien no le importaría su enfermedad. Alguien que no necesitaría de una manifestación física para saber con exactitud cuáles eran sus más ocultos sentimientos. Sentía una felicidad indescriptible. Una lluvia de sensaciones la empapaba y necesitaba compartir su frescura. Puso a funcionar todo su poder.

Una gota de esa lluvia penetró, finalmente, en Brune. Lo mojó, lo dejó expuesto.

De un puntapié, Dalia derrumbó la puerta prohibida. Brune se apartó. *¿Qué estás haciendo? ¿Qué me hacés?*

—No te impacientes —dijo ella en un susurro.

Se introdujo más, hasta que el color contenido en ella iluminó la oscuridad. Y Brune se dejó inundar, aunque dolía; se dejó invadir. Había algo allí, del otro lado del umbral. Algo que ella estaba buscando, estaba tratando de apresar, estaba... tocando.

Brune la miró. Ella lo había desplegado y se lo estaba mostrando. Había estado ocultándose dentro de él, pero ahora él podía verlo. Ver su tamaño. Ver su color.

El estallido de odio fue tan fuerte que Brune cayó de espaldas, gritando.

—¡Los odio! —Miró a Dalia con los ojos inundados de lágrimas—. ¡El odio es negro, es maloliente, es venenoso!

Dentro de su cabeza, Dalia también estaba llorando, acurrucada en el ojo de un huracán de colores. Brune se incorporó y la rodeó con sus brazos. *No llores más*, transmitió. *Por favor, no llores. Me curaste.*

Dalia lo miró.

—Tenés los ojos verdes —dijo Brune—. Tenés la boca muy rosada. —Dalia sonrió, pero no con la sonrisa ensayada en la Secretaría. Ahora él lo sabía. Esta vez era de verdad—. Lo que no puedo entender es cómo pude engañarme así.

No podías aceptar que los odiabas, le transmitió Dalia. *Eran tus padres.*

Brune la abrazó más fuerte.

Las mentes de los dos compartieron ideas, sensaciones: *¿Cómo se puede odiar a los que te dieron la vida? Y sin embargo, ¿cómo reparás lo que unos extraños que unieron sus gametos hicieron con vos? ¿Y sabés qué? Ellos se lo merecían. Tener hijos es un mandato de la naturaleza, pero hacer de ellos lo que se nos antoje es una elección consciente.*

Conocí gente hecha en los laboratorios que no sentía tanto odio, aunque nadie se escandaliza por odiar a un útero sintético. Los ekurtzos me sirvieron de excusa. Volviste a la insensatez del vientre, donde tus padres eran sólo voces y latidos, sangre cálida que te daba de comer. El dolor quedaba afuera. Los colores también.

Sus mentes se inundaron de alegría, de consuelo, de gratitud. La reciprocidad —ahora lo sabían los dos— no podía ser de 73 grados. Debía ser mucho

más alta. Altísima. Cada uno de ellos estaba percibiendo simultáneamente los recuerdos, los pensamientos, los secretos, la vida entera del otro.

Se miraron por dentro y por fuera. La energía de sus mentes combinadas era algo inmensurable. No hacía falta nada más.

No necesito… Es el… de un…gen… cuerpo… conquistador… inservible.

Fue entonces cuando la mente de Brune se cerró para atrapar al color, para atrapar a Dalia. Para no dejarlos salir. Para vivir con ellos hasta que el universo no existiera, y aún más.

© Claudia De Bella

Claudia es conocida tanto por su labor como traductora como por su producción de ficción, que no se limita al cuento: recibió el Premio a la Mejor Obra Regional en el Encuentro de Teatro de Misiones por su obra de teatro *LA PUERTA ABIERTA*, cuyo guión está basado en el cuento del mismo nombre publicado en Axxón. La obra fue representada en Puerto Esperanza ante 2000 personas. También abrió el Segundo Encuentro de Teatro del Mercosur, en El Dorado, donde participaron obras de Paraguay, Brasil, Chile y Argentina. Además publicó en Sinergia, Cuasar, Potencial, «TDS» (Vercelli, Italia), «Somnium» (San Pablo, Brasil), «Nuevo Mondo» (Rapallo, Italia), «Visiones» Antología de CF Argentina, «Fase Dos», Antología de CF Argentina. Asimismo ganó el *Premio Mas Allá* del Círculo Argentino de CF y Fantasía en las categorías Cuento y Traductor Aficionado.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

EL ÚLTIMO NATIVO

por Robert Sheckley

Traducción de Adriana Alarco

La prosa de Robert Sheckley está llena de una cierta gracia y humor satírico que ha sobrevivido al paso del tiempo. Hoy les ofrecemos un cuento que, aunque escrito originalmente en 1956, todavía guarda la frescura original. Se preguntarán que hace un cuento sobre nativos, sea cual sea su naturaleza, con un especial sobre salud y tendrán razón. Pero, también es un cuento sobre como solucionan las sociedades sus problemas con los inadaptados sociales. Y eso también puede ser considerado como un problema sanitario.

Edward Danton era un inadaptado. Desde su infancia había mostrado inclinaciones pre-antisociales. Eso debiera haber alertado a sus padres, cuyo deber era llevarlo sin demora a un competente psicólogo de preadolescentes. Semejante profesional habría podido descubrir lo que escondía la infancia de Danton, qué le producía aquellas tendencias en contra de la comunidad. Pero los padres de Danton, probablemente exagerando sus propios problemas, pensaron que al niño le desaparecerían al crecer.

Nunca le desaparecieron.

En la escuela, Danton superó por la mínima los estudios de Cultura de Grupo, Ajuste entre Hermanos, Reconocimiento de Valores, Criterio de las Costumbres y otras materias que una persona debe saber para poder vivir serenamente en el mundo moderno. A causa de su falta de comprensión, Danton no podía vivir serenamente en el mundo moderno.

Le tomó un tiempo darse cuenta de ello.

Por su apariencia, uno nunca hubiera adivinado la falla básica de adaptación de Danton. Era un joven alto, atlético, de ojos verdes, sencillo. En él había algo que intrigaba considerablemente a las jovencitas de su entorno afectivo. A decir verdad, varias le hacían el cumplido más grande que se le podía hacer, considerarlo como un posible marido.

Ni aún las muchachas más veleidosas podían ignorar las carencias de Danton. Era capaz de cansarse después de pocas horas del Baile en Grupo, cuando la diversión estaba empezando. En el juego de Bridge a doce manos, la atención de Danton se perdía frecuentemente y se veía obligado a pedir un recuento de los movimientos, para disgusto de los otros once jugadores. También era insoportable en el Subterráneo.

Se esforzó por aprender el espíritu de ese juego clásico. Del brazo de sus compañeros de equipo, se arrojaba hacia uno de los vagones del tren subterráneo tratando de tomar posesión de él antes de que el otro equipo lo asaltara a través de las puertas opuestas.

—¡Adelante, muchachos! ¡Vamos a llevar el vagón a Rockaway! —gritaba el capitán de su grupo.

—¡Nunca! ¡Vamos, muchachos! —contestaba chillando el capitán del grupo opositor—. ¡Al Parque del Bronx o seremos humillados!

Danton pugnaba amontonado en el tropel, con una sonrisa artificial en su cara, mientras le aparecían ciertas arrugas de preocupación alrededor de la boca y los ojos.

—¿Qué pasa, Edward ? —preguntaba su novia de turno—. ¿No te estás divirtiendo?

—Claro que sí —contestaba Danton, boqueando para poder respirar.

—¡No me lo creo! —exclamaba la muchacha, perpleja—. ¿No te das cuenta, Edward, que es así como nuestros ancestros se deshacían de su agresividad? Los Historiadores dicen que el juego de los Subterráneos previene cualquier guerra atómica. Nosotros tenemos esa misma agresividad y por eso debemos resolverla en un contexto social adecuado.

—Sí, lo sé —contestaba Edward Danton—. Realmente me divierto. Yo... ¡oh, Dios!

En ese momento entraba marchando un tercer grupo, con los brazos entrelazados, salmoneando:

—¡Canarsie, Canarsie, Canarsie!

De esa manera él perdía otra novia pues allí, obviamente, no había futuro para Danton. La *falta de disposición* no podía pasar desapercibida. Era evidente que Danton nunca sería feliz en los suburbios de Nueva York, que se extendían desde Rockport en Maine hasta Norfolk en Virginia y, por lo tanto, en ningún otro suburbio.

Danton trató en vano de hacer frente a sus problemas. Otras tensiones empezaron a manifestarse. Empezó a desarrollar astigmatismo por la proyección de avisos en su retina, y tenía un zumbido constante en los oídos por las cancioncillas de los anuncios. Su médico le advirtió que los análisis de los síntomas nunca lo librarían de esas dolencias psicosomáticas. No, lo que debía tra-

tarse era la neurosis básica, su comportamiento antisocial. Pero Danton fue incapaz de entenderlo.

Así fue que sus pensamientos empezaron a girar constantemente entorno a una forma de escapar. Había mucho sitio allá afuera, en el espacio, para los inadaptados de la Tierra.

Durante las últimas dos centurias, millones de sicóticos, neuróticos, psicópatas y locos de toda especie y descripción habían salido hacia las estrellas. Los primeros tenían un impulsor Mikkelsen para acelerar sus naves, y pasaron veinte o treinta años traqueteando de sistema estelar en sistema estelar. Las nuevas naves se impulsaban con convertidores espaciales GM, con fuerza de torsión, y hacían el mismo viaje en pocos meses.

Quienes se quedaban en casa por ser adaptados sociales deploraban la partida de alguno de ellos, pero agradecían el espacio adicional que dejaban.

A sus veintisiete años, Danton decidió dejar la Tierra y darse a la exploración. Fue un día de mucho pesar cuando entregó su Certificado de Reproducción a Al Trevor, su mejor amigo.

—Caramba, Edward —dijo Trevor, dando vueltas al precioso certificado en sus manos—, no sabes lo que significa esto para Mirta y para mí. Siempre quisimos tener dos hijos. Ahora, porque tú...

—Olvídalo —dijo Danton—. Donde voy no necesitaré permiso de reproducción. De hecho, probablemente descubra que es imposible reproducirme —añadió, como si aquel pensamiento recién hubiera cruzado por su mente.

—Pero, ¿no será frustrante para ti? —preguntó Al, siempre preocupado por el bienestar de su amigo.

—Es posible. Sin embargo, quizás después de un tiempo encuentre una muchacha pionera. Mientras tanto, siempre existe la purificación.

—Es verdad. ¿Qué substituto has escogido?

—La Jardinería de Verduras. Por lo menos, debo ser práctico.

—Claro que sí —convino Al—. Bueno, muchacho, buena suerte.

Al entregar su Certificado de Reproducción había hecho rodar los dados de su vida. Danton se arrojó a la ventura con audacia. A cambio de su Derecho de Reproducción, el gobierno le daba transporte gratuito ilimitado y dos años de provisiones con equipo básico.

Danton partió inmediatamente.

Evitó las áreas más pobladas, las que generalmente estaban en manos de pequeños grupos de fanáticos.

No quería formar parte de lugares como Korani II, por ejemplo, donde una calculadora gigante había instituido el Reino de las Matemáticas.

Tampoco estaba interesado en Heil V, cuya población, formada por 342 totalitaristas, estaba planeando, con gran ahínco, la forma y los medios necesarios para conquistar la Galaxia.

Pasó junto a los Mundos Agrícolas, lugares aburridos y restringidos donde practicaban teorías sanitarias extremas.

Cuando llegó a Hedonia, consideró seriamente establecerse en ese notable planeta. Pero se decía que los hombres de Hedonia vivían poco tiempo, aunque nadie negaba el placer que disfrutaban mientras vivían.

Danton se decidió finalmente por una larga vida y continuó el viaje.

Pasó por los Mundos Mineros, lugares sombríos y rocosos, escasamente poblados por hombres melancólicos y barbudos, dados a súbitas violencias. Finalmente llegó a los Nuevos Territorios. Estos mundos despoblados quedaban más allá de la más lejana frontera de la Tierra. Danton examinó varios de ellos antes de encontrar uno que no tuviera absolutamente nada de vida inteligente.

Era un lugar tranquilo y acuoso, dotado de islas de varias medidas, de un verdor selvático exuberante y fértil con peces y animales de caza. El capitán de la nave extendió debidamente el título de propiedad del planeta a nombre de Danton, quién lo llamó Nueva Tahití. Después de una rápida inspección, encontró una isla más grande y mejor que las demás. Allí había aterrizado y, por lo tanto, procedería a levantar su campamento en el mismo lugar.

No había mucho que hacer al principio. Danton construyó una casa con ramas y lianas entrelazadas, cerca de una playa blanca y luminosa. Se fabricó una lanza de pesca, varias trampas y una red. Plantó un jardín de verduras y tuvo la satisfacción de verlo prosperar bajo el sol tropical, alimentado por lluvias cálidas que caían todas las mañanas entre las siete y las siete y media.

En suma, Nueva Tahití era un lugar paradisíaco y Danton hubiera podido ser feliz allí. Pero había algo que no funcionaba.

El jardín, del que pensó lo proveería de una purificación de primera clase, fue un triste fracaso. Danton se encontró pensando en mujeres a todas horas del día y de la noche, y pasando largas horas canturreando para sus adentros –canciones de amor, por supuesto–, bajo la enorme y anaranjada luna tropical.

Aquello no era saludable. Desesperadamente se lanzó a otras formas de purificación; primero pintando, luego abandonó este menester para mantener un diario; desistió y compuso una sonata, la dejó y talló dos inmensas estatuas en una variedad de piedra esteatita local. Una vez completadas, trató de pensar en alguna otra cosa en qué ocuparse.

Pero no había nada más que hacer. Las verduras se cuidaban solas en forma excelente; como provenían de la Tierra, ahogaron completamente las otras plantas alienígenas. Los peces entraban nadando en sus redes copiosamente y la carne no le faltaba cada vez que se tomaba el trabajo de colocar una trampa. Se encontró pensando en mujeres a todas horas del día y de la noche: mujeres altas, mujeres bajas, mujeres blancas, mujeres negras, mujeres morenas.

Llegó el día en que Danton se halló cavilando favorablemente de las mujeres marcianas, algo que ningún terrícola había conseguido anteriormente. Entonces supo que debía proceder drásticamente.

Pero, ¿qué debía hacer? No había modo de enviar señales de auxilio, no había forma de alejarse de Nueva Tahití. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando un punto negro apareció en el cielo, sobre el mar.

Mientras crecía lentamente lo observó casi sin respirar, por miedo a que se convirtiera en un pájaro o en un insecto gigante. Pero el punto continuó creciendo y pronto pudo ver sus pálidos chorros de propulsión, fulgurando y disminuyendo.

¡Había llegado una nave espacial! ¡Ya no estaba solo!

La nave aterrizó en forma lenta y cautelosa. Danton se cambió y se envolvió en su mejor *pareo*, esa tela de los Mares del Sur que había encontrado, se adaptaba en forma peculiar al clima de Nueva Tahití. Se lavó, se peinó con cuidado y observó el descenso de la nave.

Era una de las naves de Propulsión Mikkelsen. Danton había pensado que todas ellas se habían retirado del servicio activo hacía mucho tiempo. Pero esta nave, por lo que parecía, llevaba viajando mucho tiempo. El casco estaba abollado y dañado, arcaico sin remedio, pero con un cierto aspecto indómito. Su nombre, escrito con orgullo sobre la parte anterior, indicaba *La Gente de las Barracas.*

Cuando se llega del espacio profundo, generalmente se está ansioso de alimentos frescos. Danton reunió una gran cantidad de fruta para los pasajeros de la nave y la arregló con buen gusto, terminando para cuando *La Gente de las Barracas* aterrizó con ponderación en la playa.

Se abrió una estrecha escotilla y bajaron dos hombres. Estaban armados con rifles y vestidos de negro de la cabeza a los pies. Miraron alrededor con cautela.

Danton corrió hacia ellos.

—¡Hola, bienvenidos a Nueva Tahití! ¡Muchachos, estoy tan contento de verlos! ¿Cuáles son las últimas noticias de...

—¡Atrás! —gritó uno de los hombres. Tenía alrededor de cincuenta años, era alto e increíblemente delgado, con una cara dura y arrugada. Sus helados ojos azules parecieron atravesar a Danton como una flecha; su rifle estaba apuntado al pecho de Danton. Su compañero era más joven tenía espaldas poderosas, cara ancha, talla baja y estructura potente.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Danton, deteniéndose.

—¿Cuál es tu nombre?

—Edward Danton.

—Yo soy Simeon Smith —dijo el hombre delgado—, comandante militar de la Gente de las Barracas. Este es Jedekiah Franker, segundo comandante. ¿Cómo es que hablas en inglés?

—Yo siempre he hablado en inglés —dijo Danton—. Mire, yo...

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde se están escondiendo?

—No hay otros. Solamente yo. —Danton miró hacia la nave y vio las caras de algunos hombres y mujeres en las ventanillas—. He recogido esto para ustedes —señaló la fruta con un ademán—. Pensé que podrían desear alimentos frescos después de viajar durante tanto tiempo en el espacio.

Una muchacha bonita, con cabello rubio, corto y alborotado apareció en la escotilla.

—¿Podemos bajar ahora, Padre?

—¡No! —dijo Simeon—. No es prudente. Quédate adentro, Anita.

—Observaré desde aquí, entonces —dijo ella, contemplando a Danton con ojos francamente curiosos.

Danton la miró fijamente y un leve temblor poco familiar lo atravesó.

—Aceptamos tu ofrecimiento —dijo Simeon—. Sin embargo, no vamos a comerlo.

—¿Por qué no? —inquirió Danton con toda razón.

—Porque no sabemos —dijo Jedekiah— qué venenos tratarán de darnos de comer.

—¿Venenos? Mire, vamos a sentarnos y a conversar sobre ese punto.

—Lo que había previsto —dijo el jefe militar—. Insinuantes, adulones, indudablemente traicioneros. Esta gente no muestra la cara. Yo apuesto a que nos esperan en una emboscada. Pienso que una lección objetiva sería lo más apropiado.

—Exacto —dijo Jedekiah, sonriendo—. Incúlcale el miedo hacia la civilización—. Apuntó su rifle al pecho de Danton.

—¡Oiga! —Danton saltó hacia atrás con un gañido.

—Pero, padre —dijo Anita—, él aún no ha hecho nada.

—Ése es el punto. Dispárale y no hará nada. El único nativo bueno es un nativo muerto.

—En esta forma —indicó Jedekiah—, los demás sabrán que actuamos en serio.

—¡No es correcto! —gritó Anita indignada—. El Consejo…

—…no manda en este momento. Un aterrizaje alienígeno constituye una emergencia. Durante todo ese tiempo, es el militar quien está a cargo de la situación. Haremos lo que nos parezca mejor. ¡Recuerda Lan Dos!

—Espere un momento —dijo Danton—. Usted está gravemente confundido. Aquí estoy sólo yo, no hay otros, no existe razón para…

Una bala levantó arena cerca de su pie izquierdo. Corrió a protegerse en medio de la selva. Otra bala silbó al costado y una tercera quebró una rama sobre su cabeza mientras se precipitaba entre los arbustos.

—¡Eso! —escuchó que rugía Simeon—. ¡Eso le va a enseñar la lección!

Danton siguió corriendo hasta que puso media milla de selva entre su persona y la nave pionera.

Comió una cena ligera con una variedad de plátanos locales y frutas del árbol del pan, tratando de imaginar qué sucedía con aquellos hombres de las Barracas. ¿Estaban locos? Habían visto que él era un Terrícola, solo, sin armas, obviamente amistoso. A pesar de eso le habían disparado, como una lección objetiva. ¿Una lección para quién? Para los sucios nativos a quienes deseaban darles una lección...

¡Eso era! Danton asintió enfáticamente para sí. ¡Los de las Barracas pensaban seguramente que él era un nativo, un aborigen, y que su tribu estaba espiando en el monte, esperando el momento para masacrar a los recién llegados! No era una deducción tan temeraria, realmente. Aquí estaba él en un planeta lejano, sin una nave espacial, usando solamente un taparrabos y medianamente curtido por el sol. ¡Probablemente, él era justo lo que ellos pensaban debería parecer un nativo en un planeta selvático como éste!

—Pero, ¿dónde creen que aprendí el inglés? —se preguntó Danton a sí mismo.

Todo el asunto era ridículo. Empezó a caminar de regreso hacia la nave, seguro de que podía aclarar la equivocación en pocos minutos. Pero luego de avanzar un par de yardas, se detuvo.

Se acercaba el anochecer. Detrás de él, el cielo estaba cubierto de nubes blancas y grises. Hacia el mar, una bruma azul oscura avanzaba progresivamente sobre la tierra. La selva estaba repleta de ruidos siniestros, unos ruidos que Danton había descubierto como inofensivos, hacía mucho tiempo. Pero los recién llegados podrían pensar diferente.

Estas personas son de gatillo ligero, recordó. No tenía sentido presentarse de improviso y provocar una bala.

Así fue que se movió con cautela por la espesa y enmarañada selva, como una silenciosa silueta felina entre los matorrales y arbustos. Cuando llegó cerca de la nave, se arrastró por la hierba crecida hasta que pudo atisbar las lomas de la playa.

Finalmente, los pioneros habían salido de la nave. Vio varias docenas de hombres y mujeres y unos pocos niños. Todos estaban vestidos con gruesas telas negras y sudaban por el calor. Habían ignorado su regalo de fruta local. En cambio, una mesa de aluminio estaba tendida con las monótonas provisiones de la nave espacial.

En el perímetro del grupo, Danton descubrió varios hombres con rifles y cinturones de municiones. Evidentemente estaban de guardia, observando cuidadosamente la selva y lanzando miradas aprensivas al cielo que se iba oscureciendo sobre ellos.

Simeon alzó sus manos. Inmediatamente se hizo silencio.

—Amigos —declaró el jefe militar—, ¡por fin hemos llegado a nuestro hogar tan esperado! ¡He aquí esta tierra de leche y miel, un lugar de munificencia y abundancia! ¿No valía la pena el largo viaje, el peligro constante, la infinita búsqueda?

—¡Sí, hermano! —contestó la gente.

Simeon alzó sus manos nuevamente pidiendo silencio.

—¡Ningún hombre civilizado se ha asentado en este planeta! Nosotros somos los primeros y, por lo tanto, este lugar es nuestro. Pero, ¡existen peligros, mis amigos! ¿Quién sabe cuáles monstruos extraños esconde esta selva?

—Nada más grande que una ardilla —murmuró Danton para sí—. ¿Por qué no me preguntan? Yo se lo diría.

—¿Quién sabe qué monstruo marino nada en las profundidades? —continuó Simeon—. Pero, sí sabemos algo: hay un aborigen aquí, desnudo y salvaje, indudablemente astuto, temerario e inmoral como son siempre los nativos. Por supuesto que debemos estar atentos. Viviremos en paz con ellos, si ellos nos dejan. Les traeremos los frutos de la civilización y las flores de la cultura. Ellos pueden mostrarnos amistad, pero siempre debemos recordar, amigos, que nadie sabe lo que siente un corazón salvaje. Sus normas no son las nuestras; su moral no es la nuestra. No podemos confiarnos, debemos estar siempre alertas. ¡Y no hay duda de que nosotros debemos disparar primero! ¡Recordad Lan Dos!

Todos aplaudieron, cantaron un himno, y empezaron la cena. Mientras caía la noche, se bajaron antorchas de la nave iluminando el contorno como si fuera de día. Los centinelas caminaban arriba y abajo con los hombros nerviosamente encorvados y los rifles preparados.

Danton observó a los pioneros preparar sus bolsas de dormir y acomodarse bajo la mole de la nave. A pesar del miedo a un ataque inmediato, nada pudo obligarlos a pasar otra noche dentro de la nave, cuando tenían aire fresco para respirar afuera.

La gran luna anaranjada de Nueva Tahití estaba medio escondida por las altas nubes oscuras. Los centinelas caminaban y renegaban mientras se juntaban para protegerse y confortarse entre ellos. Empezaron a disparar hacia los rumores de la selva y a amenazar en dirección a las sombras.

Danton se arrastró nuevamente dentro de los matorrales. Se retiró para pasar la noche detrás de un árbol donde podía estar a salvo de balas perdidas.

Esa noche no le pareció el momento adecuado para enderezar las cosas. Los de las Barracas estaban demasiado nerviosos. Decidió que sería mejor arreglar la situación durante el día, en una forma razonable, sencilla y directa.

Lo malo era que los de las Barracas no parecían muy razonables.

Por la mañana, sin embargo, todo pareció más prometedor. Danton esperó hasta que terminaran el desayuno y luego caminó hacia el borde de la playa donde ellos podían verlo.

—¡Alto! —rugió cada uno de los centinelas.

—¡El salvaje ha regresado! —gritó uno de los pioneros.

—¡Mamá —suplicó un niño—, no dejes que ese hombre malo me coma!

—No te preocupes, querido —contestó la mamá del niñito—. Tu padre tiene un rifle para dispararles a los salvajes.

Simeon se apresuró fuera de la nave y le dirigió una mirada penetrante.

—¡Está bien, oye, tú, ven aquí adelante!

Danton caminó con cautela a través de la playa, con la piel ardiente por la expectativa nerviosa. Se acercó a Simeon, mostrando las manos.

—Yo soy el jefe de estas personas —dijo Simeon, hablando despacio, como si hablara a un niño—. Yo gran jefe. ¿Tú, gran jefe, también, de tu gente?

—No hay necesidad de hablar en esa forma —contestó Danton—. No acabo de entenderlos. Ya le dije ayer que aquí no hay otra gente. Estoy solamente yo.

La cara de Simeon se volvió blanca por la rabia.

—Si no eres honesto conmigo, te vas a arrepentir. Ahora, dime, ¿dónde está tu tribu?

—Soy un Terrícola —chilló Danton—. ¿Eres sordo? ¿No escuchas cuando hablo?

Un pequeño hombre encorvado, de cabello blanco y grandes lentes de marcos gruesos se acercó junto con Jedekiah.

—Simeon —dijo el hombre—, no creo haber conocido a nuestro huésped.

—Profesor Baker —repuso Simeon—, este salvaje reclama ser un hombre proveniente de la Tierra y dice que se llama Edward Danton.

El profesor echó una mirada al taparrabos de Danton, a su piel curtida y a sus pies callosos.

—¿Tú eres un terrícola? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Quién ha tallado esas estatuas de piedra en la playa?

—Yo lo hice —contestó Danton—, pero ha sido solamente una terapia. Vea usted...

—Obviamente es un trabajo primitivo. Esa estilización, esas narices...

—Aquello fue accidental. Mire usted, hace pocos meses que dejé la Tierra en una nave espacial...

—¿Cómo se impulsaba? —preguntó el Profesor Baker.

—Con un convertidor espacial GM, a torsión. —Baker asintió con la cabeza, por lo que Danton prosiguió su explicación—. Bien, yo no estaba interesado en lugares como Korani o como Heil V, y Hedonia parecía ser demasiado peligroso para mi salud. Pasé por los Mundos Mineros y los Mundos Agrícolas y pedí a la nave gubernamental que me dejara aquí. Este planeta está inscrito como Nueva Tahití, a mi nombre. Pero vivía demasiado solo aquí, por eso estoy contento de que hayan llegado.

—Bien, profesor —preguntó Simeon—, ¿qué le parece?

—Increíble —murmuró Baker—, realmente increíble. Ha comprendido el inglés coloquial y eso indica su alto grado de inteligencia, lo que apunta a cierto fenómeno que se encuentra en las sociedades salvajes, o sea, un desarrollado poder inusual de mímica. Nuestro amigo Danta (como su nombre original e incorrupto debe haber sido) probablemente nos puede contar sus leyendas tribales, sus mitos, sus canciones y danzas...

—¡Pero provengo de la Tierra!

—No, mi pobre amigo —corrigió el profesor con gentileza—, no vienes de allí. Obviamente has conocido a un hombre de la Tierra. Seguramente un comerciante, como me atrevo a decir, que probablemente arribó aquí para reparar su nave.

—Hay evidencias de que una nave espacial ha aterrizado brevemente en este lugar —dijo Jedekiah.

—¿Ve? —manifestó sonriente el Profesor Baker—. Esto confirma mi hipótesis.

—Aquella fue la nave gubernamental —explicó Danton—. La misma que me trajo hasta aquí.

—Es interesante notar —indicó el Profesor Baker con tono de catedrático—, cómo su historia casi verosímil, cae luego en la ficción en varios puntos cruciales. Señala que su nave se movía propulsada por un convertidor espacial GM a torsión, lo cual es un disparate, ya que la única propulsión que nos lleva al espacio profundo es la Mikkelsen. Explica que el viaje desde la Tierra se llevó a cabo en algunos meses (lo cual indica que su mente ignorante no puede concebir un viaje que dure varios años), aunque nosotros sabemos muy bien que, aún en teoría, ninguna propulsión espacial puede alcanzar esa velocidad.

—Probablemente, porque fue desarrollada después de que su gente dejó la Tierra —contestó Danton—. ¿Hace cuánto tiempo que han salido de allí?

—La nave espacial de las Barracas dejó la Tierra hace ciento veinte años —repuso Baker condescendiente—. Nosotros somos la cuarta y la quinta generación. Pueden notar, además —concluyó Baker dirigiéndose hacia Simeon y Jedekiah—, ese afán suyo de inventar nombres plausibles de los lugares. Palabras como Korani, Heil, Hedonia, atraen su sentido onomatopéyico. Que no existan tales lugares, no lo molesta en absoluto.

—¡Pero sí existen! —gritó Danton indignado.

—¿Dónde? —lo desafió Jedekiah—. Dime las coordenadas.

—¿Cómo podría saberlo? No soy un navegante. Pienso que Heil queda cerca de Boötes, o quizás en Cassiopea. No, estoy casi seguro que era en Boötes…

—Disculpa, amigo —repuso Jedekiah—. Podría interesarte saber que soy el navegante de esta nave. Te puedo enseñar el atlas de las estrellas y las cartas de navegación. Esos lugares no existen.

—¡Vuestras cartas de navegación tienen ya cien años y están pasadas de moda!

—Entonces, también las estrellas —dijo Simeon—. Ahora, Danta, dime ¿dónde está el resto de tu tribu? ¿Por qué se esconden de nosotros? ¿Qué están planeando?

—Esto es inconcebible —protestó Danton—. ¿Qué puedo hacer para convencerlos? Soy un terrícola. Nací y crecí…

—Basta —lo interrumpió Simeon—. Si hay algo que nosotros los de las Barracas no soportamos es que los nativos nos hablen con insolencia. Responde de una vez, Danta. ¿Adónde está tu gente?

—No hay nadie aquí más que yo —insistió Danton.

—Eres de boca apretada, ¿verdad? —dijo Jedekiah rechinando los dientes—. Quizás cuando pruebes el látigo de la serpiente negra...

—Luego, ahora no —interrumpió Simeon—. La gente de su tribu vendrá a pedir limosna. Los nativos siempre lo hacen. Mientras tanto, Danta, puedes ayudar al equipo de trabajo por allá, a aquellos que están descargando las provisiones.

—No, gracias —contestó Danton—. Yo regreso a...

Inmediatamente, el puño de Jedekiah golpeó a Danton al costado de la mandíbula. Trastabilló hacia atrás, manteniéndose en pie a duras penas.

—El jefe te lo advirtió, ¡nada de insolencias! —rugió Jedekiah—. ¿Por qué ustedes los nativos son siempre tan flojos para mover los huesos? Te pagaremos apenas hayamos descargado las cuentas y las telas de percal. Ahora, ¡a trabajar!

Tal pareció ser la última palabra sobre el asunto. Mareado e inseguro, como muchos millones de nativos antes que él, en mil mundos diferentes, Danton se unió a la larga fila de colonos que sacaban la mercadería de la nave.

Al final de la tarde se había descargado todo y los colonos descansaban en la playa. Danton se sentó algo alejado, tratando de pensar seriamente en su situación. Estaba ensimismado en sus elucubraciones cuando Anita se le acercó con una cantimplora con agua.

—¿Tú crees que soy un nativo? —le preguntó.

Ella se sentó a su lado.

—Realmente no veo qué otra cosa podrías ser —dijo ella—. Todos saben cuán rápido viajan las naves y...

—Las cosas han cambiado desde que tu gente dejó la Tierra. Ellos no han estado navegando en el espacio todo este tiempo, ¿verdad?

—Claro que no. La nave de las Barracas fue a H`gastro, pero no era suficientemente fértil, por lo que la siguiente generación se desplazó hacia Ktedi. Pero el maíz tuvo una alteración mutante y casi nos aniquila, así que viajamos hacia Lan Dos. Pensaron que ese sería un hogar permanente.

—¿Qué sucedió?

—Los nativos —contestó Anita con tristeza—. Al principio fueron amistosos y todos creyeron que finalmente habíamos llegado a tener una buena situación. Pero un día nos encontramos en guerra con toda la población nativa. Aunque ellos solamente tenían lanzas y objetos, eran demasiados, así es que la nave despegó nuevamente y llegamos aquí.

—Hmmmm —musitó Danton—. Ya veo porqué estás tan nerviosa a causa de los aborígenes.

—Pues, claro. Mientras exista una posibilidad de peligro, vivimos bajo un régimen militar. Eso quiere decir que mandan mi padre y Jedekiah. Pero en cuanto ya no exista más la emergencia, el gobierno regular de las Barracas tomará el mando.

—¿Quién gobernará, entonces?

—El Concejo de los Ancianos —respondió Anita—, hombres de buena voluntad que detestan la violencia. Si tú y tu gente sois realmente pacíficos...

—No tengo otra gente —explicó Danton fastidiado.

—...tendréis todas la oportunidades para prosperar bajo el gobierno de los Ancianos —concluyó ella.

Sentados muy juntos, observaron la puesta del sol. Danton advirtió cómo el viento le desordenaba el cabello, soplándolo suavemente sobre su frente, y vio que los últimos resplandores del sol delineaban a la vez que iluminaban la línea de su mejilla y de sus labios. Le recorrió un temblor y se dijo que sólo era el fresco de la tarde. Y Anita, quien había hablado animadamente sobre su infancia, se encontró en dificultades para completar sus frases, y aún para seguir el hilo de su discurso.

Después de un rato sus manos se encontraron. Las puntas de los dedos se tocaron y se tomaron de la mano. Por largo tiempo no dijeron una palabra. Finalmente, con dulzura y sin apuro, se besaron.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —gritó una voz potente.

Danton miró hacia arriba y vio cerca de él a un hombre burdo que permanecía de pie con los puños sobre las caderas, cuya cabeza impetuosa se perfilaba como una silueta negra contra la luna.

—Por favor, Jedekiah —dijo Anita—. No hagas una escena.

—¡Levántate! —ordenó Jedekiah a Danton, en voz baja y siniestra—. ¡Ponte de pie!

Danton se levantó con los puños apretados, esperando.

—Tú —exclamó Jedekiah dirigiéndose a Anita—, eres una desgracia para tu raza y para toda la gente de las Barracas. ¿Estás loca? No puedes revolcarte con un sucio nativo y seguir conservando un poco de tu dignidad. —Se volvió hacia Danton—. Y tú debes aprender algo y aprenderlo bien. ¡Los nativos no se divierten con las jóvenes de las Barracas! Te voy a inculcar esa lección en tu cabeza, aquí y ahora.

Después de un breve forcejeo, Jedekiah se encontró tendido de espaldas en el suelo.

—¡Rápido! —chilló Jedekiah—. ¡Los nativos se están sublevando!

Una campana de alarma empezó a repicar desde la nave espacial. Las sirenas resonaron en la noche. Las mujeres y los niños, aleccionados para dichas emergencias, regresaron en fila a la nave. Los hombres se alinearon con rifles, ametralladoras y granadas de mano y empezaron a avanzar hacia Danton.

—Es sólo una pelea entre nosotros —les gritó Danton—. Tuvimos un altercado, eso es todo. No hay nativos ni nada. Estoy sólo yo.

El jefe de las Barracas se dirigió a la muchacha.

—¡Anita, vuelva atrás, rápido!

—No he visto a ningún nativo —contestó la joven con firmeza—. Y Danta no tuvo la culpa...

(c) Cucha

—¡Atrás!

Ella se alejó de en medio. Danton se arrojó entre los arbustos antes de que las ametralladoras abrieran fuego.

Se arrastró a cuatro patas por unas cincuenta yardas, luego empezó a correr.

Afortunadamente, los de las Barracas no lo estaban persiguiendo. Sólo les interesaba cuidar la nave y mantener bajo vigilancia la playa y un estrecho margen de la selva. Danton escuchó los gritos y chillidos frenéticos toda la noche.

—¡Allí va uno!

—¡Rápido, hombre, dispárale! ¡Están detrás de nosotros!

—¡Allí! ¡Allá! ¡Lo agarré!

—¡No, se escapó! Pero… ¡allá va! ¡Fíjate, está trepado en el árbol!

—¡Dispara, hombre, dispara!

Durante toda la noche, Danton escuchó a los de las Barracas rechazando los ataques de salvajes imaginarios.

Al amanecer, los disparos disminuyeron. Danton estimó que se había gastado una tonelada de plomo, se habían decapitado cientos de árboles, y se habían pisoteado acres de hierba y lodo. La selva apestaba a explosivos.

Cayó en un sueño reparador.

A mediodía despertó y escuchó que alguien se movía entre los arbustos. Se escabulló adentrándose en la selva y preparó alimentos con una variedad de bananas y mangos. Luego decidió que debía reflexionar sobre los hechos.

Pero no le cruzaba ningún pensamiento por la cabeza. Su mente estaba llena de Anita y de la tristeza por su pérdida.

Todo el día vagó desconsolado por la jungla y, al final de la tarde, escuchó nuevamente el ruido de alguien que caminaba bruscamente por los arbustos.

Volvió a introducirse en las honduras de la isla. Luego oyó que alguien lo llamaba por su nombre.

—¡Danta! ¡Danta, espera!

Era Anita. Danton vaciló sin saber qué hacer. Podría haber decidido dejar a su gente y vivir en medio de la selva verde con él. Aunque, pensando en forma más realista, podrían haberla enviado como señuelo frente a un grupo de hombres, para destruirlo. ¿Cómo podría saber a quién debía su lealtad?

—¡Danta! ¿Dónde estás?

Danton se recordó a sí mismo que nunca podría haber nada entre ellos dos. Su gente le había demostrado que pensaban muy mal de los nativos. Siempre le tendrían desconfianza y jamás dejarían de perseguirlo para matarlo…

—¡Por favor, Danta!

Danton se encogió de hombros y caminó hacia la voz. Se encontraron en un claro del bosque. El cabello de Anita estaba desordenado y sus pantalones se habían roto enganchados en las ramas de los árboles, pero para Danton no existía ninguna mujer más hermosa. Por un instante creyó que ella venía para huir con él.

Luego vio a los hombres armados, detenidos cincuenta yardas más atrás.

—Está bien —dijo Anita—. No te van a matar. Ellos solamente han venido para resguardarme.

—¿Resguardarte? ¿De mi? —Danton se echó a reír con poca convicción.

—Ellos no te conocen como yo —dijo Anita—. En la reunión del Concejo de hoy les dije la verdad.

—¿Lo hiciste?

—Por supuesto. La pelea no fue culpa tuya y eso fue lo que les dije. Les conté que peleaste solamente para defenderte. Y Jedekiah mintió. No lo atacó ningún grupo de nativos. Fuiste solamente tú, y eso fue lo que les dije.

—Buena chica —dijo Danton con vehemencia—. ¿Y te creyeron?

—Eso creo. Les expliqué que el ataque de los nativos vino después.

Danton se lamentó.

—Escucha, ¿cómo puede haber habido un ataque de los nativos cuando no existe ningún nativo?

—Pero sí hay. Yo los escuché gritando.

—Esos gritos provenían de tu propia gente. —Danton trató de pensar en algo que pudiera convencerla. Si no podía convencer a una sola joven, ¿cómo podría convencer al resto de la gente de las Barracas?

Y entonces encontró la solución. Era una prueba muy simple, pero su efecto podría ser abrumador.

—¿Realmente crees que ha habido un ataque en gran escala por parte de los nativos? —empezó Danton.

—Por supuesto.

—¿Y cuántos nativos eran?

—Escuché que nos excedían en diez a uno, por lo menos.

—¿Estábamos armados?

—Ciertamente.

—Entonces —preguntó Danton con mirada triunfante—, ¿cómo te explicas que no hubo ningún herido entre la gente de las Barracas?

Ella lo miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—Pero, querido Danta, muchos de las Barracas fueron heridos, y algunos, muy gravemente. ¡Es asombroso que no haya muerto nadie durante la batalla!

Danton sintió como si la tierra se hundiera bajo sus pies. Por un minuto interminable, él le creyó. ¡Los de las Barracas estaban convencidos! Quizás, él sí tenía una tribu, después de todo, cientos de salvajes curtidos como él mismo, escondidos en la selva y esperando...

—El comerciante que te enseñó inglés —le dijo Anita—, debe haber sido un tipo inescrupuloso. Sabes, vender armas a los nativos va contra las leyes interestelares. Si algún día lo atrapan...

—¿Armas de fuego?

—Claro que sí. Es evidente que ustedes no las saben usar muy bien. Pero Simeon dijo muy claramente que el fuego cruzado...

—Supongo que todas las heridas fueron causadas por armas de fuego.

—Si. Los hombres no dejaron que ustedes se acercaran demasiado como para usar sus lanzas y sus cuchillos.

—Ya veo —dijo Danton. Su prueba había sido enteramente demolida. Pero se sintió enormemente aliviado por haber recuperado su salud mental. Los soldados desorganizados habían recorrido los márgenes de la selva disparando a todo lo que se movía y... a sí mismos. Por supuesto que habían tenido problemas. Era algo indudablemente asombroso que algunos no hubiesen muerto en el acto. Era un milagro.

—Pero yo les expliqué que no podían culparte —manifestó Anita—. Tú fuiste atacado primero y tu propia gente seguramente creyó que estabas en peligro. Los Ancianos pensaron que eso era lo más probable.

—Qué amables —contestó Danton.

—Quieren ser razonables. Después de todo, se dan cuenta de que los nativos también son seres humanos como nosotros.

—¿Estás segura? —preguntó Danton con débil ironía.

—Por supuesto. Por eso los Ancianos tuvieron una importante reunión sobre la política nativa y finalmente decidieron lo que debían hacer. Van a separar mil acres de terreno y formar una Reserva para ti y para tu gente. Ese espacio debería bastarles, ¿verdad? Los hombres están levantando los postes limítrofes en este momento. Tú y tu gente podrán vivir en paz en la Reserva y nosotros podremos vivir en nuestra propia parte de la isla.

—¿Qué? —gritó Danton.

—Sellaremos un pacto —continuó Anita—, y los Ancianos te preguntarán si aceptas esto. —Le entregó un pergamino enrollado mientras lo decía.

—¿Qué es esto?

—Es un Tratado de Paz, declarando el final de la guerra Barracas —Nueva Tahití, firmando un pacto de eterna lealtad entre nuestros pueblos.

Atontado, Danton aceptó el pergamino. Vio que los hombres que habían acompañado a Anita estaban colocando postes de rayas rojas y negras en el suelo. Cantaban mientras trabajaban, contentos de haber llegado a una solución del problema con los nativos, tan rápida y fácilmente.

—Pero, ¿tú no crees —preguntó Danton—, que una asimilación de los pueblos sería una mejor solución?

—Lo propuse —dijo Anita sonrojándose.

—¿Lo hiciste? Quieres decir que tú podrías…

—Claro que lo haría —interrumpió Anita bajando la vista—. Creo que la mezcla de dos razas fuertes sería una magnífica idea. Y, Danta, ¡qué leyendas e historias tan maravillosas podrías contarle a los niños!

—Les podría enseñar a pescar y cazar —dijo Danton—, qué plantas son comestibles y cosas por el estilo.

—Y todas esas pintorescas canciones tribales y danzas —suspiró Anita—. Podría haber sido maravilloso. Lo siento mucho, Danta.

—¡Pero, debe poder hacerse algo al respecto! ¿No puedo hablar con los Ancianos? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada —dijo Anita—. Escaparía contigo, Danta, pero ellos nos encontrarían de todas formas sin importar cuánto tiempo les tomara.

—Nunca nos encontrarían —le prometió Danton.

—Quizás. Yo estaría de acuerdo en correr el albur.

—¡Querida mía!

—Pero no puedo. ¡Tu pobre gente, Danta! Los tomarían como rehenes y los matarían si yo no regresara.

—¡Yo no tengo gente! ¡No tengo a nadie, maldición!

—Eres muy dulce cuando dices eso —respondió Anita con ternura—. Sin embargo, no se puede sacrificar la vida de otras personas solamente por nuestro amor. Debes decir a tu gente que no cruce las líneas limítrofes, Danta. Los matarían. Adiós, y recuerda que lo mejor es vivir en la senda de la paz.

Se fue corriendo. Danton la contempló mientras se alejaba, furioso porque los nobles sentimientos de ella los separaban sin razón alguna y, aún así, amándola por el amor que demostraba por su gente. Que esa gente fuese imaginaria, no tenía importancia. Era el pensamiento desinteresado lo que importaba.

Finalmente, se dio media vuelta y caminó hacia lo más profundo de la selva.

Se detuvo cerca de un charco de aguas negras sombreado por árboles gigantes y bordeado por helechos en flor, y allí trató de hacer planes para el resto de su vida. Anita se había ido; todo trato que pudiera tener con seres humanos había desaparecido. Él no necesitaba de nadie, se dijo. Tenía su propia Reserva. Podría plantar una huerta, tallar más estatuas, componer más sonatas, empezar otro diario…

—¡Al diablo con eso! —gritó a los árboles. No deseaba purificarse más tiempo. Amaba a Anita y deseaba vivir con los humanos. Estaba cansado de estar solo.

¿Qué podía hacer ahora?

No parecía haber nada más que hacer. Se recostó contra un árbol y contempló fijamente el cielo de Nueva Tahití, de un increíble color azul. Si sólo los de las Barracas no fueran tan supersticiosos, tan aprensivos contra los nativos, tan…

Entonces se le ocurrió un plan tan absurdo, tan peligroso…

—Al menos debo intentarlo —se dijo Danton—, aunque luego me maten.

Trotó hacia la línea limítrofe de las Barracas.

Un centinela lo vio cuando se acercaba a la nave espacial y apuntó su rifle. Danton levantó ambos brazos.

—¡No dispares! ¡He venido a hablar con tus jefes!

—Regresa a la Reserva —le aconsejó el guardia—. ¡Regresa o disparo!

—Debo hablar con Simeon —declaró Danton sin moverse.

—Órdenes son órdenes —contestó el centinela mientras lo encañonaba.

—Un momento. —Simeon bajó de la nave, con el ceño fruncido—. ¿Qué es todo esto?

—El nativo ha regresado —contestó el centinela—. ¿Le disparo, señor?

—¿Qué quieres? —preguntó Simeon a Danton.

—¡He venido —rugió Danton—, a traerles una declaración de guerra!

Aquello despertó a todo el campamento de las Barracas. En pocos minutos, hombres, mujeres y niños se apretujaron cerca de la nave espacial. Los mayores del Concejo de Ancianos, quienes se distinguían por sus largas barbas blancas, se mantenían de pie a un lado.

—Tú aceptaste el Tratado de Paz —señaló Simeon.

—Hablé con los otros jefes de la isla —contestó Danton—. Creemos que el Tratado no es justo. Nueva Tahití es nuestra. Perteneció a nuestros padres y a los padres de nuestros padres. Aquí hemos criado a nuestros hijos, plantado nuestro grano, cosechado los frutos del pan. ¡No vamos a vivir en la Reserva!

—¡Oh, Danta! —exclamó Anita, saliendo de la nave espacial—. ¡Te pedí que llevaras la paz a tus hermanos!

—No me escucharon —contestó Danton—. Todas las tribus se están reuniendo. No solamente mi gente, los Cynoquis, sino también los Drovati, los Lorognastis, los Retellsmbriquis y los Vitelli. Además, naturalmente, todas las tribus menores y sus dependencias.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó Simeon.

—Cincuenta o sesenta mil. Por supuesto que no todos tienen rifles. Casi todos debemos confiar en nuestras armas primitivas, como flechas envenenadas y dardos.

Un murmullo nervioso recorrió la multitud.

—Muchos de nosotros moriremos —continuó Danton, imperturbable—. No nos importa. Cada Tahitiano luchará como un león. Somos mil por uno. Tenemos parientes en otras islas que se van a unir a nosotros. No importa el costo en vidas humanas y miserias, los arrojaremos a ustedes al mar. He dicho.

Dio media vuelta y empezó a regresar a la selva, caminando con firme dignidad.

—¿Le disparo ahora, señor? —rogó el centinela.

—¡Baja el arma, necio! —estalló Simeon—. ¡Danta, espera! Seguramente podemos llegar a otro acuerdo. No tiene sentido el derramamiento de sangre.

—Estoy de acuerdo —contestó Danton sobriamente.

—¿Qué quieres?

—¡Iguales derechos!

Los Ancianos inmediatamente se pusieron a conferenciar entre sí. Simeon los escuchó y luego se dirigió a Danton.

—Eso podría ser posible. ¿Hay algo más?

—Nada —contestó Danton—. Excepto, naturalmente, una alianza entre el clan principal de las Barracas y el clan principal de Nueva Tahití, para sellar el pacto. Un matrimonio sería lo mejor.

Después de conferenciar nuevamente, los Ancianos dieron sus instrucciones a Simeon. El jefe militar estaba evidentemente molesto. Los tendones de su cuello se le habían puesto tensos pero hizo un esfuerzo para controlarse; aceptó con una inclinación el acuerdo de los Ancianos y se dirigió hacia Danton.

—Los Ancianos me han autorizado —dijo— a ofrecerte una Alianza de Sangre y Hermandad. Tú y yo, como jefes, en representación de nuestros pueblos, vamos a mezclar nuestra sangre en una hermosa y simbólica ceremonia, luego romperemos juntos el pan, tomaremos la sal...

—Perdón —interrumpió Danton—. Nosotros los Nueva Tahitianos no estamos de acuerdo con ese tipo de ceremonias. Tiene que haber un matrimonio.

—¡Por todos los diablos, hombre…!

—Esa es mi última palabra.

—¡Nunca aceptaremos eso! ¡Jamás!

—Entonces, es la guerra —declaró Danton y caminó hacia la jungla.

Estaba con todo el ánimo de empezar la guerra. ¿Pero cómo puede un solo nativo pelear contra una nave espacial llena de hombres armados?, se preguntó.

Estaba meditando sobre aquello cuando Simeon y Anita se acercaron por los matorrales.

—De acuerdo —dijo con rabia Simeon—. Los Ancianos han decidido. Nosotros los de las Barracas estamos cansados de correr de un planeta a otro. Hemos tenido este problema antes y supongo que si nos fuéramos a otro lugar lo volveríamos a tener. Estamos cansados del asunto con los nativos, por lo que creo… —tragó saliva con fuerza, pero terminó la frase con gallardía— que es mejor asimilarnos. Al menos, eso es lo que piensan los Ancianos. Personalmente, yo preferiría luchar.

—Perderías —le aseguró Danton, y en ese momento tenía la seguridad de que podría pelear con los de las Barracas con una sola mano y ganarles.

—Quizás —admitió Simeon—. Sin embargo, debes agradecer a Anita que ha hecho posible la paz entre nosotros.

—¿A Anita? ¿Y por qué?

—¡Porque sí, hombre! ¡Es la única muchacha entre nosotros que se casaría con un sucio salvaje bárbaro y desnudo!

Así fue que se casaron, y Danta, conocido ahora como el Amigo de los Hombres Blancos, se estableció y ayudó a los de las Barracas a conquistar su nuevo territorio. A su vez lo introdujeron a las maravillas de la civilización. Le enseñaron el juego de Bridge a doce manos y el Baile de la Multitud. Pronto, los de las Barracas construyeron su primer tren subterráneo, de manera que la gente civilizada pudiera librarse de sus agresiones, y enseñaron también ese juego a Danta.

Trató de aprender el espíritu de ese clásico pasatiempo terrícola, pero obviamente estaba fuera de la comprensión de su ánimo salvaje. La civilización lo sofocaba, así que Danta y su mujer se mudaron al otro lado del planeta, siempre avanzando con la frontera y dejando atrás los encantos de la civilización.

Algunos antropólogos llegaban frecuentemente de visita. Grababan todas las historias que él contaba a sus niños, las antiguas y hermosas leyendas de Nueva Tahití: cuentos de los dioses del cielo y de los demonios del agua, de los espíritus del fuego y las ninfas de los bosques, de cómo a Katamandura le fue ordenado crear un mundo de la nada en solo tres días, y lo que obtuvo como premio por ello, y lo que Jevasi dijo a Hootmenlati cuando se encontraron en el mundo de los abismos, y la extraña revelación de este encuentro.

Los antropólogos notaron las semejanzas entre estos mitos y algunas leyendas de la Tierra y surgieron varias teorías interesantes. Se interesaron en las grandes estatuas de piedra en la isla principal de Nueva Tahití, extraños y obsesivos trabajos que nadie podía olvidar después de haberlos visto, claramente el trabajo de una raza pre-Nueva Tahití, de la cual no pudieron encontrar ningún vestigio.

Pero lo más fascinante de todo para los estudiosos científicos fue el problema de los mismos Nueva Tahitianos. Esos salvajes, alegres, sonrientes, curtidos, grandes, fuertes, bien parecidos y más saludables que cualquier otra raza, se habían diluido con la llegada del hombre blanco.

Solamente algunos de los más ancianos de las Barracas podían recordar haber conocido cualquier cantidad de ellos pero sus historias no eran consideradas muy confiables.

—¿Mi gente? —preguntaba Danta cuando lo interrogaban—. Ellos no pudieron soportar las enfermedades del hombre blanco, la civilización mecánica del hombre blanco, los modos bruscos y represivos del hombre blanco. Ellos son más felices ahora, en Valhoola, más allá del cielo. Y algún día, yo también iré hacia allá.

Cuando los hombres blancos escuchaban aquello, experimentaban un extraño sentido de culpabilidad y redoblaban sus esfuerzos para demostrar gentileza hacia Danta, el Último Nativo.

© Robert Sheckley
© De la traducción Adriana Alarco.

Robert Sheckley nació Brooklyn, New York, pero creció en New Jersey. Sheckley ha escrito alrededor de 65 libros hasta la fecha, incluyendo 40 novelas y 9 colecciones de cuentos. En 1991 recibió el premio Daniel F. Gallun por su contribución a la literatura de ciencia-ficción. En 1998 fue galardonado con el Premio Strannik Award en St. Petersburg, Russia, por su contribución en el campo del humor y la ciencia-ficción. Su más reciente novela de ciencia-ficción GODSHOME, fue publicada en enero de 1999 por Tor Books.

Poesía

FINIS ∞

por Dorian Cano.

Dorian Cano es un apasionado de la poesía y piensa que «Los grandes poemas del siglo XX son una síntesis magnánima de conocimientos científicos, filosóficos, religiosos, artísticos, históricos y poéticos que nos muestran a hombres completos, a hombres reconciliados con la existencia, con su trágico destino de mortales que sueñan con la eternidad». Fiel a su máxima nos ofrece este poema.

1

Al final, nada.
El cáncer consume la ciencia del hombre:
quisimos sangre del cosmos,
pero no viajamos a la singularidad,
el infinito muere más allá del alma.
El tiempo no enseña la evolución.
¿Hay evolución en la muerte?
El hombre en su pensamiento
muere…

2

Una zona letal, el nuevo edén
el mundo sin enfermedad:
la peste acabo pero no la maldad.
El Homo sapiens es un virus,
la conciencia que adquiere
su propia destrucción.

3

Viajo solo en esta nave
busco a través del caos del polvo estelar
la perfección del reposo
el abismo encadenado de tu sombra
que al unísono muere con mí ser,
pequeño cáliz abierto a la materia

pero no encontraremos el sepulcro
en las civilizaciones que has creado
a lo largo de mil galaxias
que no tendrán la fórmula
para vivir en el cobijo de tu alma Fénix,
y vencer la fugacidad del tiempo
la enfermedad que consume mi alma
y la sangre de mi nombre.

4

¿Cual es el sonido de las estrellas?
Ese sonido de enana blanca
que sale de tus manos y del plano de simultaneidad.
La extinción mantiene prisionera la luz
¿Hay velocidad más allá de la luz?
Sí: La muerte.
Pero mi muerte no puede escapar
de un hoyo negro, ninguna ecuación
alcanza a definirla ¿quién puede comprender
la historia rota? ¿Quién un mundo
donde guarda su propia enfermedad?
Pero la enfermedad se expande
directamente proporcional al universo mismo,
e inversamente a la decadencia de mi cuerpo.

5

He vivido en mis propios huesos
en el mañana de encontrar la última luz.
¿He recorrido todo el universo?
Jugamos a ser dioses, creando Signus A
crear vida que sabemos no puede resurgir
nadie resurge de sus cenizas
pero las cenizas recorren la gravedad cero
en busca de una cura inventada por un dios.
Solo Dios es eterno,
pero el hombre quiere serlo
y revela las entrañas de π
creyendo encontrar entre ceros y unos
el principio básico.
El principio básico es: La nada.
¿Dios proviene de la nada?

Pero Dios se pregunto hace mucho tiempo
¿De dónde vengo?
No encontró respuesta
se dijo que había alguien más poderoso que él
y ese era su Dios.
Entonces se dio cuenta que iba a morir.
Pero el hombre quiere ser eterno
y viajo a las estrellas.

6

¿Salud? Que término inventó a escondidas
el silencio para jugar entre las lapidas.
Sobre mi sepulcro que he de ocupar algún día
en el vacío guiado por Vega y Alfa Centauro.
Pero ningún ángel bajara a mí
ni me guiara a las puertas del infierno
por que he ganado…
he derrotado la infección de la libertad…

7

Veme ahora aquí resurgir de mis cenizas
derrotar la enfermedad y ser el Prometeo moderno
que juega a robarle al universo sus secretos.
Big Bang donde nace la eternidad
El final de la nada y el final del infinito.
Cincuenta y tres divisiones de células
Más allá: nada, sólo π.
Ahora puedo verme aquí
Signus A donde la luz baila en la lujuria
Y consume mi enfermedad
¿Eternidad?, busco la muerte
la lengua del espíritu que come mi cuerpo
mecánico, cyborg que contiene la semilla
de la razón, pero Signus A es la nulidad.
He intentado escapar de la decadencia
de mi cuerpo orgánico.
El hombre no es hombre si reside
en el silicio y el metal.
Pero es eterno y solo las leyes físicas
son la incertidumbre del tiempo
la erosión de las estrellas

la explosión supernova
y el colapso masivo a un hoyo negro.
¿Salud? La sombra que contrae
el inicio vuelto a iniciar
la ciencia medica en la lengua desnuda
el solitario fénix convertido a polvo
por que no hay cura para la eternidad.
¿Quién miente?
Tu palabra de díos solitario
o mi oración pidiendo poco a poco
el vértice de mi materia inútil.
Aquí hasta yo te infecto
y puedes morir girando eternamente
en orbita a la nada.
Por que has sellado tu suerte
la furia que se asfixia y pide buscar
la vacuna para la luz que se disipa
pero no la encontraras por más que tu
delirio te lleva recorrer todos los planetas
del cosmos, no importa que forjes más,
no puedes crear tu primitiva agonía.
Morirás como yo, por que no hay solución
para el puente de Einstein-Rosen: la vida y la nada
que exprimen los suicidas.

© Dorian Cano.

Dorian Cano es una persona polifacética, alterna su actividad como Director General de la Revista Literaria *Ochocientos* (http://www.revista800.com/) con sus actividades como escritor y poeta, sobre todo poeta. De hecho, tiene una amplia colección de poemas en espera de encontrar editores. Espero poder contribuir publicándole un poemario.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

Artículos

DEFINICIONES

por Jorge Balej

Se han hecho muchas definiciones de lo que es ciencia-ficción y lo que no es ciencia-ficción. Muchas de ellas son serias y sesudas, sin embargo también hay espacio para el humor como en este artículo humorístico.

Por género:

Fantasía: un tipo aparece y desaparece a voluntad en un lugar intemporal llamado Tierra Media utilizando una palabra mágica.

Realismo mágico: el mismo tipo aparece y desaparece a voluntad en un lugar llamado Buenos Aires y en la época actual pronunciando la palabra: ¡Menem!.

Ciencia Ficción: el mismo tipo aparece y desaparece a voluntad presionando un botón rojo y sin necesidad de pronunciar ninguna palabra mágica. Todo ocurre en Tau Ceti II, 2400 años en el futuro.

Ciencia Ficción blanda: ídem anterior pero el tipo se pregunta melancólicamente si su novia estará haciendo lo mismo en Alfa Centauro.

Ciencia Ficción dura: ídem Ciencia Ficción pero el tipo le explica a su novia (que se encuentra en Alfa Centauro) como funciona el botón rojo utilizando para ello un ansible del que, por supuesto, también explica el funcionamiento.

Space Opera: ídem Ciencia Ficción pero el tipo pronuncia al mismo tiempo una falsa palabra mágica para que los indígenas de Tau Ceti II no se enteren de la existencia del botón rojo mientras se pregunta si ellos no deberían tener el derecho de usarlo también.

Por autor:

Phillip K. Dick: a un tipo (lleno de profundos conflictos interiores) se le aparece el diseño de un botón rojo en un sueño enviado por una Entidad Superior. Desgraciadamente, al despertar, no esta muy seguro de si sigue siendo él mismo o ha sido sustituido por una replica biorobótica. Sin embargo, sí está seguro de que su mujer lo engaña con la Entidad Superior antedicha y sospecha que la tal Entidad ha creado una realidad alternativa e indistinguible de la

verdadera para que él no se entere de la infidelidad de su esposa. El tipo se deprime. La Entidad Superior también. Yo… ni les cuento.

Jack Vance: un tipo insatisfecho decide trasladarse a lugares remotos del universo presionando un botón rojo que encuentra por casualidad olvidado en el banco de un parque. Lo utiliza para hacer justicia en toda la galaxia. Mientras aparece y desaparece, el tipo se va trabando en combates a mano limpia con diversas criaturas malignas cada vez mas peligrosas y, por supuesto, saliendo triunfante siempre (aunque cada vez más maltrecho). Al final se queda con la chica (que nadie sabe de donde salió) quien puede ser su novia o no.

Isaak Asimov: El tipo utiliza el botón rojo para desplazarse por diversos planetas del Imperio Galáctico en búsqueda de la Tierra (mítica cuna de la humanidad). Después de mucho viajar se entera, por fin, de que él es, en realidad, un robot positrónico, ya que le es imposible estamparle el botón rojo en la cabeza a un pesado que encuentra en Tau Ceti II, esto da lugar a citar por enésima vez las tres leyes de la robótica (¿o eran cuatro?).

Arthur Clarke: A un tipo que vive en Bangladesh se le aparece un botón rojo enviado por seres superiores que planean visitar la Tierra próximamente y que han sido los responsables de la evolución de la especie humana. Presionando el botón rojo el tipo puede trasladarse instantáneamente a una nave que se encuentra a 100.000 años luz de la tierra, cilíndrica y de 500 km de largo por 45 km de diámetro. No está muy seguro de que hacer allí.

Jorge Luis Borges: un hombre fatiga los polvorientos pasillos de una biblioteca infinita. En uno de sus estantes descubre un botón rojo. Medita sobre si el acto de presionarlo cambiará los destinos del Universo o será baladí. Al fin lo presiona. Una puerta aparece en el extremo del pasillo. En la oscuridad se adivinan los colores de un tigre. El tigre ataca al hombre y lo devora. Los espejos de la biblioteca multiplican su amargo final.

H.P. Lovecraft: John Willingsly (estudiante de folcklore de la universidad de Miskatonic) hereda, a la muerte de su abuelo Manfred Willingsly, una antigua casa en un atrasado paraje de New England. En el desván de la casona (lleno de ángulos erróneos que sugieren otras dimensiones) descubre un botón rojo. Consulta los antiguos volúmenes de la biblioteca de su tío y encuentra en el Necronomicón (del árabe loco Abdul Alhazred) vagas referencias a viajes interdimensionales. Sospecha que algo extraño ocurre al escuchar por las noches monstruosos sonidos que provienen del desván. Sus sospechas se ven horriblemente confirmadas cuando un tentáculo de 500 metros de longitud y 45 metros de diámetro sale (dificultosamente claro…) del botón rojo y tomándolo por el dedo gordo del pie izquierdo lo arrastra a abismos inconmensurables del continuum espacio-temporal einsteniano. El relato es continuado por el primo segundo de Willingsly llamado Edouard Watelley quien también encuentra el

botón rojo en el desván y también comienza a sospechar que ocurre algo extraño cuando aparecen curiosas arrugas en su cuello, aumenta su consumo de pescado y despierta en las noches gritando: ¡Ia, Ia, Shub Nigurat!... y así hasta el infinito.

Angélica Gorodischer: un tipo viaja por el universo viviendo increíbles aventuras por medio de un botón rojo. Pero entre aventura y aventura siempre vuelve al Burgundi a tomarse un cafecito.

Stephen King: Un grupo de niños inadaptados encuentra un botón rojo mientras juegan un partido de baseball (las primeras 30 paginas del relato son para describir con lujo de detalles las incidencias del partido). Al presionar el botón se ven transportados a un extraño lugar donde una araña de 500 metros de largo y 45 de ancho (si, parecida a un tentáculo...) intenta asesinarlos. Logran matar al bicho con sus bates de baseball mientras cantan "God save America" y le muestran una foto de George Bush junior (sin estar muy seguros de cual de estas cosas fue la que en realidad mató al engendro). Terminado el asunto se apresuran a presionar el botón nuevamente porque sus madres los están esperando con la merienda servida.

Harlan Ellison: continuación de todos los relatos anteriores, cosa que no tiene la menor importancia. Lo que en realidad importa es el Prologo, donde se comenta la profunda amistad del autor (Harlan) con todos los autores mencionados a los que tuvo oportunidad de conocer en diversas convenciones de ciencia ficción, se relata lo buenas personas que son, lo mucho que lo aprecian y admiran (ellos al autor) y otras cosas del mismo tenor. ¡A propósito!... tengo una anécdota de un fin de semana de juerga que pasamos en una habitación de un hotel en Minessotta con Phillip Dick, Isaak Asimov y mi pequeño pony, realmente jugosa...

© Jorge Balej

Me llamo Jorge, soy argentino y vivo en Buenos Aires, además soy físico y ya saben que me gusta la ciencia ficción además del terror y fantasía. Tengo una web page, http://orbita.starmedia.com/cienciayficcion, en la que podréis leer otros artículos más serios.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

LA IDEA DE LA CIENCIA-FICCIÓN

por Sergio Bayona

> ***Lo importante de la Ciencia-ficción es lo que la hizo nacer: la percepción del cambio a través de la tecnología. Lo que la hace importante no es que prediga este cambio en particular o aquel otro, es que predice el cambio.***
>
> **Isaac Asimov**

No hace mucho nuestro editor nos re-envió un correo-e remitido por un periodista uruguayo en el que le pedía una opinión sobre la ciencia-ficción. Éste, nuestro editor, no solo se conformo con enviarle la documentación que consideró pertinente si no que además nos pidió opinión. Personalmente me sonreí por la visión infantil que tenía el dicho periodista sobre el tema y en vez de sumarme a la legión de enojadas respuestas me puse a pensar en el porqué de esa imagen de *lectura de anticipación* que le ha quedado a la ciencia-ficción en el imaginario colectivo.

Lo que no sabía era en el lío en que me metía. Una cosa es pensar sobre ciencia-ficción mientras espero que el café se haga en la máquina y otra muy distinta es intentar contestar a un prejuicio.

La primera pregunta en ser contestada es ¿qué es ciencia-ficción?

Una respuesta rápida es citar a **Miquel Barceló** diciendo: todo aquello que se publica en revistas de ciencia-ficción. Respuesta que mitad en serio y mitad en broma utilizó nuestro Amable Editor hace un tiempo largo. Y como no es el fin de estas reflexiones discurrir por esos caminos, me quedaré con ella.

La otra pregunta es ¿cuándo dio inicio la ciencia-ficción?

Ahí empezó parte del problema, con **Julio Verne**, dirán algunos, con **Mary Wolfstonecraft Shelley,** dirán otros, con **Herbert George Wells** argumentará un tercero. Algún conocedor dirá que fue **Cyrano de Bergerac** quien escribió historias de ciencia-ficción y otros irán más lejos y subirán la apuesta diciendo que **John Milton** creó una obra de ciencia-ficción al escribir *El Paraíso Perdido*[1].

[1] **¡Milton! Deberías vivir en este tiempo**; Isaac Asimov en Contando los Eones; Plaza y Janés; Abril, 1984.

Restringiendo la pregunta a ¿cuándo se inició la ciencia-ficción moderna? podemos poner un poco de orden.

Entonces, los que respondieron: **Verne**, **Shelley** y **Wells** se acercaron a la verdad.

No sólo por la cercanía temporal, sino por un denominador común podemos llamarlos escritores de la moderna ciencia-ficción. Todo tiene que ver con la ciencia y no con la literatura.

La *Revolución Industrial* del siglo XVII, había establecido firmemente la idea de progreso en la mente de la humanidad. De ahí, surgió el romanticismo y la idea de progreso, una idea de progreso que permanecería bien adentrado el S. XX, que sostenía que la humanidad se vería liberada de sus pesadas cargas a base de la tecnología que podría proporcionarnos la ciencia. La idea no resultaría pero eso nos es indiferente para nuestra línea argumental.

Así a mediados del siglo XIX, apareció un escritor de la talla de **Julio Verne** quién se animó a tomar los conocimientos de la época y verterlos en la trama de una novela que no era más que una historia de viajes adornada con maravillas como iluminación eléctrica o trajes autónomos de buzo, máquinas voladoras o submarinos. Para escribir *CINCO SEMANAS EN GLOBO*, por ejemplo, se documentó profundamente sobre todo lo que por aquellos años se conocía de la navegación en globo así como de las expediciones al África. E introdujo algunas ideas que con el tiempo se aplicaron en la aerostática. Más adelante hizo lo mismo con la electricidad, la mecánica y la navegación submarina, tanto que muchas de sus ideas pudieron ser desarrolladas luego de su muerte, cuando la tecnología se desarrolló lo suficiente. Por supuesto, hizo escuela y tuvo muchos continuadores, al menos en Europa.

Al otro lado del charco, tenemos que citar a **Hugo Gernsback** (1.884), este luxemburgués emigrado a EE.UU y a quien se le considera el padre de la ciencia-ficción moderna. No obstante, por su formación, era ingeniero eléctrico, promovió una proto ciencia-ficción basada en los adelantos científicos.

Luego iría evolucionando, y no solo por los gustos de los lectores, pero hacia fines del siglo XIX y principios del XX la ciencia y la tecnología parecían estar en sus últimas fronteras y era la sensación general que bastarían un par de décadas de investigación para que quedara todo explicado en el Cielo y la Tierra.

Por aquellos años un investigador solitario podía abarcar temas de óptica, mecánica y dinámica celeste y tener tiempo para escribir poemas entre proyecto y proyecto, se vivía en un ambiente renacentista. De ahí que se escribieran obritas denominadas *edisonadas* en las que el protagonista salvaba a la humanidad gracias a superior intelecto.

A. Einstein

A principios del siglo XX la ciencia traicionó nuestras expectativas y demostró que había más cosas que las que nadie había imaginado ocultas en el Cielo y la Tierra. Hombres como **Einstein**, **Bohr** y **Hubble** abrieron el horizonte para la física y la química; los hallazgos e investigaciones sobre la historia del hombre, la geología de la Tierra y la evolución de las especies, teoría iniciada por **Darwin** a mediados del S. XIX y continuada por otros investigadores hasta la actualidad.

E. Hubble

En este escenario germinó una idea de escribir más historias de viajes usando los nuevos conocimientos que surgían de la mente de unos pocos hombres brillantes. Todavía un solo hombre podía mantenerse al día con los nuevos descubrimientos y haciendo un pequeño esfuerzo de la imaginación *pronosticar* el rumbo que tomaría la ciencia y la sociedad en futuros hipotéticos... sí, parecía sencillo tomar la idea de la energía guardada en un átomo y hacer que se usara como un arma o una batería de vida ilimitada para hacer la vida más fácil.

De la mano de la teoría cuántica florecieron ciencias que se habían estancado como la química y la biología, se desarrollaron nuevas tecnologías que ni la más afiebrada de las mentes se hubiera imaginado. De la mano de aplicaciones directas de la ciencia y la tecnología se profundizó en el espacio y en los océanos y surgieron criaturas monstruosas y maravillosas de la pluma de unos visionarios afiebrados.

Los rayos de la muerte, bombas atómicas, máquinas inteligentes, máquinas voladoras, submarinos, naves espaciales, vida en otros planetas lejanos y cercanos, sociedades más y menos desarrolladas... un puñado de ideas explotadas hasta el hartazgo, con mayor o menor maestría.

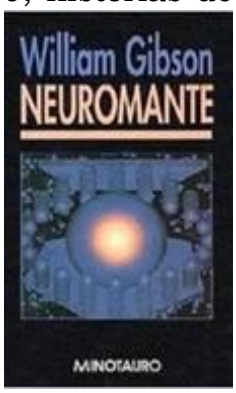
Pero los científicos alcanzaron y superaron a los escritores en muchos campos ¿alguien me puede decir quién ha influido en quién? En la actualidad términos como láser, máser, hiperespacio, genética y singularidades pueden ser encontrados tanto en una revista científica como en una historia de ciencia-ficción.

Esto no quiere decir que la ciencia-ficción se esté estancando, porque ha llegado a un punto donde no puede *anticipar el futuro*, antes bien, está ayudando a comprenderlo, porque lo que antes estaba más allá ahora está aquí.

La ciencia se ha diversificado tanto y ha abierto tantos frentes de batalla que el investigador y pensador solitario ya es un mito del siglo pasado (del otro siglo pasado). Ahora son corporaciones de científicos trabajando unidos por la www, otra idea nacida en la ciencia-ficción que nos alcanzó, están trabajando en pos de una única idea y no de un grupo de ellas. Así, el escritor que quiera saberlo todo sobre un tema antes de escribir una *historia de anticipación*, morirá en el intento. La información disponible es tanta que no alcanzaría una vida para ordenarla. Pero eso no amedrenta al escritor de ciencia-ficción. Continuamente hay ideas nuevas sobre las que escribir o ideas viejas con una *vuelta de rosca* que le da otro enfoque.

¿De dónde saldrán nuevas ideas? Casi de cualquier lado, si nos limitamos a la mitad de *ficción*, pero si queremos hacer *ciencia* tendremos que hilar muy fino, porque las ideas están en cualquier quiosco de revistas, sólo tenemos que sacarlas de allí, sin que la presión de imaginar un futuro nos amedrente.

La ciencia-ficción sufre de modas, como todo, en los 20 y 30, historias de *monstruos de ojos saltones y mujeres en apuros*; 50 y 60 historias épicas y ecológicas; en los 70 el espacio exterior deja de ser atractivo y los autores se vuelven hacia el espacio interior; los 80 es la época del ciberpunk, iniciada por **William Gibson** con *NEUROMANTE* y *JOHNNY MNEMONNIC*; los 90 ... bueno, pueden descubrirlo ustedes ahora, el campo es amplio, no se necesita una provisión interminable de dinero invertida en libros: la web rebosa de historias de ciencia-ficción. Como todo, hay que leer y separar la paja del trigo.



En los inicios del siglo XXI estamos rodeados de *realidad virtual* e historias de inteligencia artificial y el grueso de las historias van por ese lado. Unos pocos están en su propia corriente, pensando en pasados, presentes y futuros alternos, usando armas que no asociamos de inmediato con la ciencia-ficción, ideas de la sociología, la sicología, la historia, lingüística y otras ciencias blandas surgen de pronto para sustentar una buena historia de viajes al viejo estilo.

En 1897 **H. G. Wells** describió armas que hoy asociamos con rayos láser y bombas atómicas. Más tarde, estos artilugios salieron de los laboratorios y empezaron a formar parte de la vida diaria. Los escritores dieron un paso adelante y comenzaron a escribir sobre viajes a la Luna, invasores marcianos y vida en Venus. El hombre llegó a la Luna, descubrimos que Venus es más parecido al infierno que al paraíso, Marte sería habitable luego de una terraformación exhaustiva y es improbable que haya cobijado vida inteligente, o sustentado una civilización tecnológica. Nuevamente se dio un paso adelante y se escribió sobre super computadoras, androides y genética y el futuro nuevamente alcanzó

estas ideas. Esta carrera parece nunca terminar, ni lo hará mientras haya ciencia y literatura, porque se complementan y soportan una a la otra, no en el afán de superar la realidad con la ficción o con la idea de ser un nuevo Verne, señalando el camino a la ciencia, sino con la necesidad de expresarse en el género literario que más se ha desarrollado y diversificado en el S XX.

Como todo, la ciencia-ficción no está exenta de coincidencias notables que tal vez contribuyeron al mito de la predicción. Quince años antes de Apolo 11, **Lester del Rey** escribió una historia sobre el primer alunizaje ¿adivinan el aspellido del comandante y primer hombre en la Luna? Exacto.

La ciencia-ficción y los autores no se están quedando sin ideas, sucede que el bosque nos impide ver los árboles.

Nuevamente, el problema es poder leerlo todo. Nosotros hacemos una lectura, desconozco cuántas historias le llegan mensualmente a nuestro Amable Editor, o cuántas llegan a diario a todas las publicaciones que existen, tanto en formato digital como en soporte celulósico, en todo el mundo. Una parte muy pequeña es la que llega a ser leída por el público y una parte más pequeña aún es la que gusta a todos.

© Sergio Bayona.

Aunque Sergio Bayona ya ha sido presentado al inicio de este número, se nos olvidaba decir que tiene cuatro hijos y una excelente esposa que me aguanta esta actividad porque me ama y tiene fe en mi talento. Martín Cagliani ha aceptado publicar unos cuantos cuentos míos que no son de CF en Golwen... y por supuesto estoy trabajando para Alfa Eridiani.

Bibliografía

- **Sobre la ciencia-ficción**; Isaac Asimov; col. Perspectivas; Editorial Sudamericana; Bs As.; 1981.
- **Contando los Eones**; Isaac Asimov; Plaza y Janés; 1984.
- **El Emperador de todas las Cosas**; Norman Spinrad; Publicado en Gigamesh 1, ediciones Alejo Cuervo, colección Revista, Nº 1 (1991). Autor: Norman Spinrad; Cotraductora: Cristina Macía Orío; Cotraductor: Albert Solé.
- **Muy Interesante**; Edición Argentina; nº 57, Julio 1990.
- **Muy Interesante**; Edición Argentina; nº 87, Enero 1993.

Algunas novelas e historias de ciencia-ficción donde no hay ni una sola predicción:

- **Los lenguajes de Pao**; Jack Vance; Ediciones B; col. Ediciones B Libro Amigo; 1987.
- **La mano izquierda de la oscuridad**; Ursula Kroeber LeGuin; Minotauro; col. Minotauro Bolsillo; 2002.
- **Toda la Carne ese Hierba**; Clifford Donald Simak; Grijalbo. Col La puerta de Plata; 1993
- **Soy leyenda**; Richard Matheson; Minotauro; 1988.
- **La intersección de Einstein**; Samuel R. Delany; Minotauro; 1973.
- **Visiones Peligrosas**; Recopilación de Harlan Ellison; Hyspamérica Ediciones Argentina S. A.; Biblioteca de Ciencia Ficción Nº 10, 11 y 12; 1986
- **Venus más X**; Theodore Sturgeon; Hyspamérica Ediciones Argentina S. A.; Biblioteca de Ciencia Ficción Nº 38; 1986
- **La locura de Dios**; Juan Miguel Aguilera; Ediciones B; 1998.
- **El juego de la rata y el dragón**; Cordwainer Smith; Minotauro; 1973.

…y la lista sigue y sigue…

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

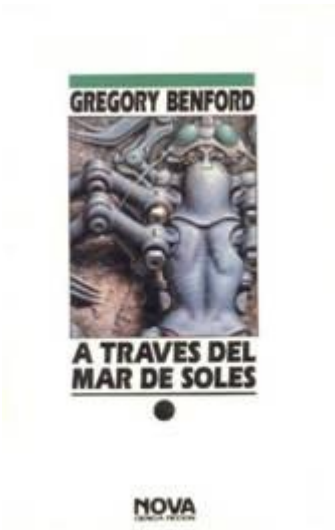
EL CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO, DE GREGORY BENFORD

por Reinaldo Avendaño

Benford es un autor que ha conseguido su fama gracias al Ciclo del Centro Galáctico, Reinaldo nos habla sobre este conjunto de novelas cuya característica principal es que se desarrolla en diferentes niveles ascendentes de información. Benford, o su obra, peca de algunas irregularidades en cuanto a la calidad de sus obras, irregularidades que se le pueden perdonar al autor por la ambición cósmica que demuestra Benford en este Ciclo.

Me tomó casi dos años terminar la lectura de los seis libros que componen la serie, y aunque alguien podría decir que es un sacrificio que sólo un fanático de **Benford** o del hard estaría dispuesto a soportar, la verdad es que esta obra es fundamental para seguir la evolución de la cf en los ´80, y es una lectura interesante, absorbente y muy ambiciosa, aunque nada fácil. Este científico escritor tiene una gran reputación desde la publicación de su clásico *CRONOPAISAJE*, una excelente disertación sobre la ciencia y especialmente los científicos y su trabajo (un tema recurrente en su obra), y no defrauda en ésta su mayor obra, de luminosos nombres oceánicos. La serie consta de las novelas: *EN EL OCÉANO DE LA NOCHE*, *A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES*, *GRAN RÍO DEL ESPACIO*, *MAREAS DE LUZ*, *ABISMO FRENÉTICO Y NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD*, que cuentan la participación de los humanos en el largo conflicto (millones de años) entre las inteligencias orgánicas, y las inorgánicas, los mecánicos mecs, a través de toda la galaxia y especialmente en las cercanías del gran agujero negro del centro galáctico, conflicto que amenaza con la exterminación de toda vida orgánica. Es importante destacar que la serie nunca fue concebida como un todo desde el principio, sino que las novelas se fueron agregando a la historia y conformándose a través del desarrollo del ciclo, tomando muchos temas presentes en relatos y novelas cortas previas, o escritas paralelamente, de **Benford**. Así por ejemplo, *EN EL OCÉANO DE LA NOCHE* es una novela mosaico compuesta por la fusión y la reescritura de tres cuentos: *Sons of Man* (reescrita definitivamente como *Threads of Time*), *Icarus descending* y *In the Ocean of Night* (reescrita a su vez como *A Snark in the Night*). El tema principal de la hexalogía (la galaxia como campo de batalla cada vez más desfavorable para las inteligencias naturales) puede leerse como la respuesta de **Benford** a la paradoja Fermi: si las estrellas están

llenas de vida y de civilizaciones alienígenas, según los cálculos probabilísticos sugieren, ¿por qué no están aquí? Lo anterior está explícitamente expuesto en la primera novela, una típica historia de primer contacto, el encuentro entre la nave alienígena y el protagonista, **Nigel Walmsley**, enmarcada a través de sus inestables relaciones con el mundo, tanto sus problemas personales (la enfermedad de su esposa), como los intentos por imponer su criterio para administrar el escenario establecido por los descubrimientos de los tres artefactos extraterrestres, hechos que marcan el ritmo de la novela y que forman su núcleo. Todo el trasfondo social y emocional de la novela es funcional y está relativamente bien tratado, considerando que contribuye a darle espesor a la novela, aunque se hace demasiado pesado muchas veces, más que nada por la falta de sutileza del autor.



La continuación de este ciclo, *A TRAVÉS DEL MAR DE SOLES,* nos muestra dos líneas narrativas (que revelan el carácter de fix up de esta novela, los cuentos *And the sea like mirrors*, *The other side of the river* y *Lazarus rising*). Por una parte sigue los efectos devastadores de un ataque alienígena contra la Tierra, envuelta de esta forma, sin buscarlo, en la larga guerra con las inteligencias mecánicas; y por otra narra la expedición, a través de un ya viejo Wamsley, a bordo de la primera nave estelar humana a la estrella Ra para investigar el origen de ciertas señales de radio. Wamsley en este viaje busca su redención (viejo, enfermo, con el peso del pasado), lo que lo lleva inexorablemente al corazón del conflicto. Descrito así suena bastante bien, y creo que es lo que intentó transmitir el autor, pero la forma en que lo hace malogra el resultado. **Benford** ha dicho que el público de cf como un todo, está más interesado en fantasías de poder que en algo más, y que personalmente ése no es su vector, por lo que intenta buscar audiencias más amplias. Esto indica que está consciente del rechazo entre algunos fans que generan sus intentos de darle calidad literaria a su obra, considerados simple relleno que alarga innecesariamente la narración y entorpece el disfrute de lo medular, las ideas. Quizás el desarrollo de la acción ganaría mucho disminuyendo los intentos de darle *peso literario* (se ha dicho, por ejemplo, que la única manera que tiene **Benford** de darle espesor a sus personajes es creándoles problemas conyugales, lo que es una exageración), pero es válida la búsqueda de un estilo que hace **Benford**, la que entrega buenos momentos al abordar algunos de sus temas recurrentes, como la conflictiva relación entre científicos puros y científicos administradores, que se da en estas primeras novelas

del ciclo en la lucha de Wamsley por mantener su posición donde se toman las decisiones, o las razones de su actuar y su carácter, aunque con resultados muy disparejos, prueba de que no bastan las ideas para sostener una narración y se necesita mucho trabajo para ser llamado un buen escritor.

GRAN RÍO DEL ESPACIO nos traslada 35,000 años en el futuro para mostrarnos la lucha por sobrevivir de los últimos humanos en el planeta Nieveclara cercano al centro galáctico, huyendo continuamente de los mecs, olvidado el pasado remoto. Los humanos, en su esfuerzo por sobrevivir, han introducido mejoras en su cuerpo, especialmente para ampliar su percepción, siendo una de las más importantes la incorporación de chips en el sistema nervioso de chips que contienen la personalidad de los miembros muertos de la familia. La historia se centra en la familia *Bishop*, un clan humano, especialmente el líder **Killeen**, la que es perseguida por un mec de orden superior, el **Mantis**, un artista por propia definición, cuya finalidad es la *cosecha* de la esencia humana para evitar su desaparición en el exterminio incorporándola a la cultura mec. Este libro es una renovación de la historia mediante un nuevo frente narrativo, una ampliación de la perspectiva, enriquecida por la incorporación del punto de vista mec, una forma de ver nuestro reflejo en un espejo externo. El destino está gatillado por la aparición de una nueva forma de vida, la *Mente Magnética*, cuyo mensaje impulsa a los Bishop en una búsqueda fuera del planeta, lo que da un sentido a la novela que no se veía claramente en un principio.

La llegada a un nuevo planeta se narra en *MAREAS DE LUZ*, donde encuentran otros refugiados humanos, nuevos tipos de mec y, en un acierto descriptivo del autor, una forma de vida alienígena híbrida orgánica-mec, con capacidades y ambiciones que rivalizan con la superioridad mec, incluyendo el uso de cuerdas cósmicas como armas y herramientas. Este volumen sirve para llenar muchos vacíos de la historia y principalmente para introducir a la especie de cíbers, que son el motor para reanudar el viaje al turbulento centro galáctico. La narración en estas dos novelas gana mucho en ritmo, liberada de los pesados ejercicios de estilo de **Benford**, sensación a la que contribuye mucho el que se comienza a formar una imagen general del abismante escenario y las profundidades del conflicto con los mecs, cristalizados en la figura del Mantis, que permanece veladamente manejando el destino de los Bishop por razones que son un misterio. Toda la com-

plejidad de la historia se vierte en las dos últimas novelas, *ABISMO FRENÉTICO* y *NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD*, que en realidad fueron planeadas como una sola, agregándole conceptos de relatos anteriores, como es habitual en el autor. La historia contada en estos dos volúmenes sigue a los Bishop y sus aliados, incluyendo a la cyber Quath, en su huida de los mecs hasta el esti, una cuña de continuo espacio-temporal, accesible vía portales en la ergosfera que rodea al *Comilón*, el colosal agujero negro del centro de la galaxia. En el esti se comprime y distorsiona el espacio-tiempo de tal manera que en las zonas habitables de él conviven seres de muchas razas y especialmente humanos de distintas épocas, en un marco temporal independiente del tiempo galáctico normal. Aquí confluyen los dos brazos de la narración, en el encuentro de **Nigel Wamsley**, refugiado en la intemporalidad del esti, con los recién llegados Bishop.

Los esfuerzos de los mecs por penetrar en este refugio de la vida orgánica tienen éxito en *NAVEGANTE DE LA LUMINOSA ETERNIDAD*, quienes a través del omnipresente Mantis desencadenan el clímax final, replanteando en el transcurso su propio lugar en el esquema de los seres vivos y el destino final de toda inteligencia. **Benford** se arriesga mucho al describir una zona tan caótica e impredecible como el esti, descripciones que se pueden hacer inteligibles a veces, aunque la práctica anterior le ayuda y nos hace sentir las limitaciones de la percepción humana, la dificultad (o imposibilidad) de la comunicación con seres alienígenas, nos muestra a través de los ojos mecs nuestra propia naturaleza, y a una escala cósmica imagina el destino final de la conciencia, la eternidad. Quizás todo lo que he dicho no quede muy claro, pero es difícil describir el desarrollo de una historia que en cada volumen se desarrolla a través de una serie de niveles ascendentes de revelación, ampliando y profundizando progresivamente la narración. Sin embargo, considerando precisamente esto, que la historia se fue construyendo libro a libro, el que existan ramificaciones ciegas (innecesarias) del argumento, o que se note el parchado rápido y el trabajo cosmético para unir fragmentos provenientes de distintos cuentos, o que a los intentos de darle espesor a los personajes les falte sutileza, o la gran irregularidad en la calidad de las novelas, todo eso se justifica por el tamaño de la ambición cósmica de **Benford**, y por lo sorprendente de su visión. Quizás quiera luego un futuro sufrido lector que le haya dado una oportunidad a esta serie, y no pueda decidir si terminar o no alguna densa

novela, devolverme de alguna lenta y dolorosa manera sus padecimientos por seguir mi malintencionado consejo. No obstante, debo decir que la lectura del famoso y a veces pretencioso *Ciclo del Centro Galáctico* vale todas esas penas.

© 2001, Reinaldo Avendaño.

Reinaldo Avendaño es chileno, estudió ingeniería civil y cultiva un gran espectro de aficiones, entre las que destaca, por supuesto, la ciencia-ficción, la historia y los viajes. Aficionado a las ciencias y Stanislaw Lem, ha sido un valor fundamental para darle peso al fanzine chileno Fobos con sus artículos; en retribución, dice sobre esta actividad: «(...) obliga a una identificación con (...) la cf en general, en el sentido de estar constantemente buscando, eligiendo, y sobretodo intentando llenar los océanos de ignorancia y, a la vez, tratar de mantenerse actualizado para poder colaborar con propiedad.»

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

BLINDFOLDED DE MICHAEL WHELAN

por Luis Bolaños

Es el artista mas premiado de las últimas décadas. Gano su primer premio Hugo en 1980 y desde allí ha ganado el premio a Mejor Artista Profesional de C-F por 12 veces, también la Convención Mundial de Fantasía le ha otorgado 3 veces el premio Howard y ha sido elegido como el mejor Artista de C-F de los últimos 50 años. Víctor Pretell.

La potencia evocadora (*BLUE BIRD* o la serie *End of Nature*), la perfección del trazo (igualmente exquisito para mujeres: *EQUANIMITY* como para artefactos: *WATCHTOWER*), el panorama que oscila entre la desmesura (*DRAGON'S EYE VIEW*, *NOVA*) y la arquitectura asombrosa (*EL DORADO*, *SENTINELS*), el paisaje alienígena (*CATCHING SOME RAYS*, *L'ECHELLE* o *ALIEN TERRAIN*), la mixtura de elementos históricos y/o tradicionales con artilugios futuristas (*GOLDEN WITCHBREED*, *DRAGON AND ASTRONAUT*), los animales mitológicos (*DELIRIUM*) o extraterrestres (*PURSUIT*), las plantas retorcidas (*BEANSTALK*) y los osarios (*THE DESTROYING ANGEL*) y campos de ruinas (tanto culturales: en *NATURE HIKE*, como tecnológicos en: *VIEW FROM THE TERRACE* y *CITY-SCAPE* o mixtos: *IRON GIANT*), la acción trepidante (*MEETING OF TWO CULTURES* o *DEFENDING THE BRIDGE*), el surrealismo cibernético (*CHIP CRUCIFIXION)* o a secas (*GENTLE VIRTUE*, *GOLDFISH*), la geometría vertiginosa y aterradora (*FREEFALL*, *REACH*, *CHASM*), y siempre la armonía turbadora, la sensualidad atlética de sus féminas y otros descriptores (su obra no se agota en lo expuesto) caracterizan la variada e inconmensurable temática de **Michael Whelan**; y eso que me concentro en explorar su obra referida a la CF y la fantasía y no incursiono en el terror (*COLD CUTS*, *CACOPHONY*) y el *SWORD AND SORCERY* estricto (*Elric* o *Dragon Hatchling*). Convertido en uno de los más conocidos e imitados dibujantes de nuestro tiempo, a sus diseños e ilustraciones les ocurrirá algo similar a lo comentado sobre *BLINDFOLDED*, se dilataran en códigos transtemporales, perduraran en la memoria del homo sa-

piens y posiblemente en sus descendientes como algoritmos del proceso creativo.

En *BLINDFOLDED* (por otro nombre *CAUSEWAY*, que traducimos respectivamente como *cegada* y *carretera elevada*, preferimos el primero por lo que explicamos a continuación) las baldosas rocosas y desgastadas del empedrado, cada una con motivos empotrados –que pueden leerse como una historia transversal al significado de la caminata ciega que ejecuta la hermosa ofertante sobre el agua quieta y neblinosa (uno sospecha un cierto ritual religioso vinculado con la ontogenia y el destino)– parecen dirigirse hacia un horizonte iluminado precariamente por un sol pálido y agonizante.

Las incrustaciones, que varían desde prismas de cristal hasta restos fósiles (helechos, trilobites, peces) devienen cargadas de significados simbólicos, acaso mágicos y probablemente referidos a la deriva evolutiva de las especies vivientes que se multiplican y diversifican hasta condensarse en esa representante humana, opulenta beldad cuyas redondeces (atrayente señuelo muscular en el centro de impacto visual del cuadro) ofrecen y ocultan simultáneamente el mensaje, y ocurre que mientras el inicio del sendero pétreo se presiente sólido, el tramo final semidesvanecido, apenas emergiendo del lago nos impulsa a pensar que lo crea el recorrido y que lo mostrado instantáneo sintetiza eones de secuencias.

Sin embargo, los pilotes (de madera petrificada, cemento, metal pulido y con semáforos y sensores embutidos, quizás para dar cuenta del camino al margen de las interpretaciones de actores u observantes) rompen la rigurosa puesta en escena de la onírica calzada, es como un montaje cinematográfico donde los tiempos han sido demolidos y puestos al servicio de la tecnología, la caminata sobreviene contradictoria, expresa mucho más que la suma de sus partes, a la intuición poderosa de enfrentarnos con lo desconocido se agregan entonces contenidos subconscientes, tanto antropológicos e intelectuales como emocionales y evolutivos.

Y he aquí que del reclamo de las exquisitas nalgas saltamos al vórtice de la vida, de la materia, de la humanidad: todo se vincula con todo, todo implica todo y las creaciones de la especie nos sobreviven no solo como restos a ser ex-

plorados por posteriores civilizaciones sino como reverberaciones vitales, que a la manera del inconsciente colectivo propuesto por **Karl Gustav Jung** o de los espectrales campos morfogenéticos, capaces de comunicarse mas allá del espacio y el tiempo, explicados por **Rupert Sheldrake**, persistirán después que hayamos partido hacia el Tinkuy con la entropía final.

© Luis Bolaños
Este artículo fue publicado originalmente en Bitimagen (http://www.geocites.com/perucf/)

A Luis Bolaños lo conocemos desde nº 6, es sociólogo pero no fanático, consultor del Ministerio de Educación, realizó Estudios de Impacto Ambiental e investigaciones sobre Psicobiología, y da clases en un par de universidades e institutos. Además de un apasionado de la ciencia-ficción, codirige, junto a Víctor Pretell, Daniel Mejía e Isaac Robles: Velero 25 (http://www.geocities.com/perucf/), también es responsable con Víctor de los ejemplos cimeros que exponen del arte gráfico relacionado con la fantasía y la ciencia-ficción.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

IVÁN VIAJA AL ESPACIO

RETROSPECTIVA DEL CINE RUSO DE CIENCIA-FICCIÓN: DE AELITA A QUE DIFÍCIL ES SER DIOS.

por Gabriel Benítez

Para muchos, la ciencia-ficción en cine tiene el límite de Hollywood. Pocas son las producciones de otros países que llegan a las salas cinematográficas del mundo. Sin embargo hay mucho más allá de excelentes filmes como *Blade Runner* o *2001 Odisea del espacio*. Como ejemplo tenemos a los rusos y ellos tienen mucho que mostrarnos…

Si hay una ciencia-ficción dura, esa es la rusa.

Y no es de extrañar. Inmerso en un ambiente político y social de desarrollo tecnológico comunitario, la ciencia-ficción dura (la cual se caracteriza por encontrarse firmemente enraizada en la ciencia) encuentra un buen campo de cultivo, no solo temático sino propagandístico. La Unión Soviética avanzaba firme y boyante hacia el futuro, un futuro pleno de promesas para todos, un mundo utópico donde la ciencia y la tecnología estarían al servicio de todos y donde toda manipulación y especulación religiosa sería borrada por completo gracias a la obra de la razón y la investigación pura. ¿Y que mejor que la ciencia-ficción, una literatura comprometida con el futuro y la ciencia, para describir el luminoso mañana de la Unión Soviética y el sistema socialista?

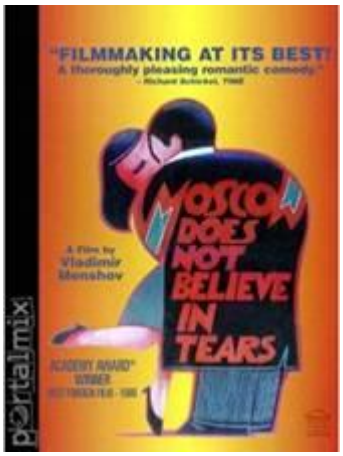
Durante bastante tiempo, la literatura del género en la URSS se dedico a describir con énfasis los logros de la ciencia y las virtudes de utopía socialista. Muchas de sus obras resultan un reflejo puro de la propaganda soviética y otras resultan ser verdaderas obras maestras de la ciencia-ficción (de las cuales hablaremos en otro artículo).

DESDE EL PASADO

Como en muchas otras partes, el cine fantástico ruso emprendió el vuelo en los años veintes. En 1924 aparece *AELITA* de **Yakov Protazánov**, basada en la novela homónima de **Alexéi Tolstoi**. Sobre la trama no tengo mucha idea pero **Piotr Smirnov**, autor del artículo *LA NAVE ESPACIAL CLAVADA EN TIERRA* la describe como «*…el sueño ingenuo pero agresivo sobre las futuras revoluciones proletarias que, al vencer la atracción de la tierra, deberán vencer también en los espacios marcianos*». Con esta descripción ya nos damos una idea de hacia donde enfocaba el meollo de la película. Y no era raro. En esa época populaban las películas propagandísticas sobre la fuerza proletaria enfrentándose al monstruo imperialista que con rayos de calor y armas

ultra fantásticas pretendían dominar el sueño del oso ruso. Después, el auge del cine fantástico decae para dar paso a las cintas de corte *realista* igualmente propagandísticas y aun más *enficciónadas* que las anteriores.

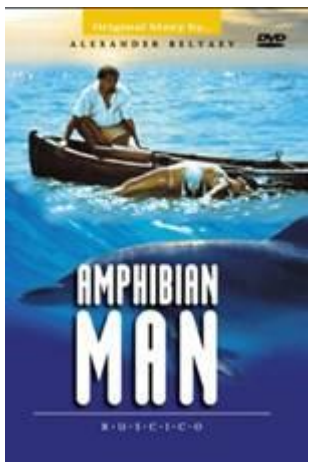
EL VERDADERO SUEÑO RUSO



El cine de ciencia-ficción vuelve a tomar auge en la Unión Soviética gracias a la carrera espacial. Sin embargo, aunque los soviéticos demuestran ser los primeros en los inicios de la carrera espacial, en la carrera del espacio cinematográfico no fue así. Por mucho tiempo el consumo de sueños no fue bien visto en la Unión Soviética y una sobresaturación de películas de temática realista y social como *MOSCÚ NO CREE EN LAGRIMAS* atrofió las posibilidades técnicas de los efectos especiales y el desarrollo de la literatura fantástica en el séptimo arte. (De verdad que no entiendo quien podía ir al cine a ver filmes sobre los logros del socialismo y el trabajo duro de los sindicatos. Era como salir de la fábrica para ir a ver como trabajaban otros obreros. Pero en fin…)

Esto no ocurrió así a nivel literario. Nombres como **Stanislav Lem** (polaco, que no soviético, pero que para fines prácticos era lo mismo) los hermanos **Strugaski**, **Ivan Efremov**, **Alexander Beliáev** y muchos más comenzaban a sonar ya no solo a nivel local, sino internacional.

Algunas de sus obras fueron llevadas a la pantalla, sin embargo, con una escuela de realizadores más dedicados a la intelectualidad en el cine, muchas de las obras se convirtieron en *MOSCÚ NO CREE EN LÁGRIMAS EN EL ESPACIO* o de plano rayaban en la ridiculez más absoluta. Aquí seria interesante hablar de un film como *ICTIANDRO: HOMBRE ANFIBIO* (1962).



Basada en la novela homónima de **Alexei Beliáev**, *ICTIANDRO*: la película, se convierte en todo un cañonazo en las salas soviéticas. 65 millones de espectadores acudieron al cine a ver las románticas aventuras de un chico mutante, creado por ingeniería quirúrgica de un tal doctor Salvator, ingeniería que le permite respirar bajo el agua pues se le han injertado branquias que le permiten realizar la proeza. No he visto la película, pero leí el libro. En realidad no es nada de otro mundo. La típica historia del joven extraño y diferente que es el objetivo central de un malvado intrigante y que gracias a sus dones especiales, rescata a la chica de las garras de la malignidad. Algo así

como Heidi y su abuelo, pero con un joven anfibio en lugar de niña, un científico en lugar de abuelo y las sabrosas y templadas aguas del amazonas en lugar de las heladas y sórdidas calles de Moscú. ¿Que es pues, lo que hizo que tanta gente acudiera a ver las actuaciones del joven **Vladimir Kórenev** en el papel de *ICTIANDRO*?

No es difícil suponerlo. Un público harto de películas enfocadas al culto a la personalidad, al drama y a la intelectualidad poética de las obreras sindicalizadas, vieron en la libertad de esta película, en los sueños y en la fantasía, el escape de su mundo de fábricas, igualdad social y departamentos. *ICTIANDRO*, el guapo héroe, vive feliz e ignorante del mundo exterior en una paradisíaca selva. Ahí no hay Pravda, pero tampoco ninguna KGB. Era el verdadero mundo ideal. Calorcito, comida de a montón y una chica guapa. ¡Ah! también hay un malvado, pero bueno, todo mundo sabe que no podrá contra *ICTIANDRO*. A **Vladimir Kóronev** no le fue tan bien como podría esperarse. Al igual que le sucedió a **Mark Hamill** en su papel de Luke Skywalker en *LA GUERRA DE LAS GALAXIAS*, a **Kóronev** tampoco se le ha podido borrar el estigma de *ICTIANDRO*. Fue un símbolo, una aspiración, una ilusión. Se convirtió en la representación de todo aquello que en realidad quería el corazón del pueblo soviético. Fue su catarsis. Ni modo… los personajes arquetipos bien interpretados acaban por devorar a sus intérpretes.

Otras películas hicieron su aparición en las pantallas pero ninguna logró el éxito de *ICTIANDRO*. Varias de ellas no gozaban de varias ventajas tecnológicas (para ICTIANDRO se desarrollo toda una nueva tecnología para tomas submarinas) pero se obtuvieron resultados aceptables en el rubro de la trama. Entre ellas se destacan *MOSCÚ-CASIOPEA* (1974) de **Richard Victorov** y su continuación, *EL ESPINOSO CAMINO A LAS ESTRELLAS* (1981). Esta última le valió la vida a su director, pues se agotó tanto tratando de conseguir financiamientos para presupuesto que su salud declinó.

Mejor suerte tuvo el hijo del entonces ministro de cinematografía de la URSS, **Andrei Ermash**, al que no se le negaban presupuestos y cuyo objetivo era realizar la película de aventuras espaciales *Made in URSS*. Sin embargo el chico no dio el ancho con *ARCO IRIS LUNAR* (1984), basada en la novela de **Serguei Pavlov**, ni con *EL FIN DE LA ETERNIDAD* (1988) basada en la obra de **Isaac Asimov**. Tal parece que sus filmes no trascendieron de mediocres paneles con lucecitas y rayos de poder. Es una lastima, pues al menos se le puede dar el crédito a **Ermash** de preocuparse por crear algo bueno de ciencia-ficción en su país.

GUERRA FRÍA EN LAS PANTALLAS.

Mientras que en Estados Unidos, el cine de ciencia-ficción se enfocó a un punto de vista más crítico y de reflexión social, los rusos abandonaron el cine fantástico con afanes diferentes. Sin embargo, el poco cine que aparecía bajo el rubro de la ciencia-ficción se enfocaba básicamente a acusar a los occidentales de actitud apolítica y de amenaza del mundo, cosa que no significa que los norteamericanos se mantuvieran con la guardia baja, pues el *Capitán América* y el *Selecciones del Reader Digest* aún defendían nuestro *mundo latinoamericano libre* de la cruel bota soviética , arrancándonos suspiros de alivio y llenándonos de gozo al saber que *gracias* al tío Sam aún estábamos *a salvo* de su nefasta influencia roja. En fin…

Con la caída del telón de acero y la llegada de la *Glasnot*, el cine soviético cambia de mentalidad. Ya no es político ni ventajoso atacar a los Estados Unidos. También nuestros primos del norte siguen la política del *Todos somos amiguitos* y en sus filmes los malos pasan a ser los árabes y otros terroristas de ultraderecha. No conviene enemistarse con el hijo pródigo que retoma el camino de la democracia, que huele a negocio y que necesita vender desesperadamente gran parte de su arsenal nuclear.

Sin embargo, ya algunos filmes rusos mostraban que un enfrentamiento entre las dos potencias nunca hubiese llegado a nada. Cabe mencionar la excelente película *CARTAS DE UN HOMBRE MUERTO* de **Konstantín Lopushanski** (1987). La trama va tras la espantosa vida de los sobrevivientes de un holocausto nuclear: un grupo de científicos que mucho tuvo que ver con la hecatombe, viven lo que probablemente sean sus últimos días en una tierra contaminada por las lluvias radioactivas, los gases ponzoñosos, la tierra estéril y una sociedad en ruinas.

La ambientación de esta película es tremenda. Rodada totalmente en blanco y negro, el filme retrata a la perfección lo que quedaría (en caso de que algo quede) de una sociedad víctima del Apocalipsis nuclear. No se esperen ningún *MAD MAX* ruso, tampoco esperen un *DÍA DESPUÉS* a lo soviético. El filme basa su verdadero horror no en un Tour otra vez del día del desastre, sino en una reflexión fría y despiadada de los motivos de la guerra. Los científicos de la historia pagan ahora en carne propia lo que sabían era un error. Son presos de sus propios pecados. Sus hijos, sus esposas, sus amigos morirán frente a sus ojos como una expiación despiadada, como un castigo cruel por el monstruo que ellos han creado.

En realidad la película adolece del estilo *verborréico-filosófico-intelectual* de muchas películas soviéticas. Por momentos se vuelve tediosa (verdaderamente tediosa) pero el que la soporte completa se vera recompensado por una historia

magnífica. El final, aunque amargo, nos deja abierta una puerta a la esperanza.

Las escenas finales, la del árbol navideño y la del protagonista marchando junto con un grupo de niños por un desolado y arenoso paisaje muerto, azotados por un vendaval, tiene una fuerza impresionante. De hecho, en ellos se resume todo el mensaje de la película. Hay esperanza, pero no será gratis…

LA ANTIUTOPÍA.

Aquedado para mi en el misterio si acabo de filmarse o alcanzó a exhibirse la cinta del realizador **Serguei Snezhkin**, *MISIÓN SIN RETORNO*, basada en la novela de **Alexei Kabokov**, donde un golpe de estado militar acaba de una vez por todas con la *Perestroika* y el gobierno de **Mijail Gorvachov**. **Snezhkin**, un joven director ruso explica los motivos para querer filmar esta cinta en particular:

> »Durante la filiación de la película *UN SUCESO EXTRAORDINARIO A NIVEL DISTRITAL* conocí a algunos personajes reales, dirigentes del *Komsomol* de ámbito distrital y urbano. Al comprender que personas eran aquellas y al verme en el ambiente que envolvía a la *partocracia*, me invadió un miedo cerval. Imaginé que me sucedería a mí y a mis colegas en caso de un golpe militar…

La historia que reflejaba todos estos miedos la encontraron en un manuscrito que circulaba de mano en mano entre los lectores moscovitas, *MISIÓN SIN RETORNO*, y decidieron usarla para el guión. Pidieron apoyo a los jefes militares para la realización de la cinta pero (lógico) recibieron una negativa. El tema se perfila muy interesante y aunque ya no es de actualidad, si no la filmaron en Rusia, valdría la pena que la filmaran en cualquier otra parte…

UNA RESPUESTA A KUBRICK.

En 1968, *2001: ODISEA DEL ESPACIO*, se convierte en la película de ciencia-ficción más importante de todos los tiempos. Incluso ahora, no hay película del género que pueda arrebatarle la bandera. Las películas de ciencia-ficción actuales ya se denominan *antes-después* de este genial filme. La película lanza por las nubes a un director ya de por si famoso y vanguardista, y estampa en el libro de la historia de la ciencia-ficción al nombre de **Arthur C. Clarke**, guionista de la misma y autor del relato *EL CENTINELA*, en el cual se basó esta.

Cuando en 1973 aparece *SOLARIS*, del realizador ruso **Andrei Tarkovski**, basado en una obra maestra escrita por el famoso escritor polaco de ciencia-

ficción **Stanislav Lem**, las comparaciones no se hacen esperar. Muchos la califican de la respuesta soviética al 2001 occidental, pues ambas son superproducciones, basadas en obras del género y por escritores muy importantes en el ambiente (algo hay que aclarar en realidad **Clarke** subió como la espuma gracias a este filme, eso es indudable, pues su calidad no se podía comparar entonces a la de un **Lem**, una verdadera institución, dentro y fuera de su país. Sin ánimo de ofender, aclaro).

Sin embargo la película de **Tarkovski** no alcanza las cotas de calidad y magnificencia de la película de **Kubrick**, así como tampoco los elementos especulativos de esta.

Según referencias, **Tarkovski** no estaba empeñado en hacer ninguna película competidora. De hecho, él ni siquiera había enfocado el guión del la película en un ambiente de ciencia ficción. Le interesaba la trama subyacente, no el escenario. Cuando **Lem** tuvo noticia de las intenciones de **Tarkovski** se negó rotundamente a que filmaran su obra. O era de ciencia-ficción o no era. No se hable más del asunto. Punto final.

Tarkovski tuvo que doblar las manitas ante **Lem**.

Como director de cine era muy reconocido, pero ante una figura de la literatura mundial como **Lem** nada cabía por hacer. La película se rodó en ambiente de ciencia-ficción.

Sin embargo tampoco es difícil pensar que el ministerio de cinematografía de la URSS encontrara en esta situación la magnífica oportunidad de competencia frente a un monstruo cinematográfico como 2001.

Como respuesta, la película obtuvo un apoyo financiero alto para sus estándares. Aun contando con esto, la calidad de manufactura no llegó mas lejos que el de un film norteamericano de ciencia-ficción común y corriente.

NO FUE ASÍ CON LA HISTORIA:

SOLARIS es un planeta acuoso que se presume es un ente vivo e inteligente. Una expedición ha sido enviada desde la tierra para orbitar el planeta y estudiar la forma de comunicación con este. El resultado son tres sobrevivientes del total de la tripulación de la nave enviada a la misión. **Chris Kelvin** (interpretado por **Donatas Banionis**, un actor con un sospechoso parecido a **Oliver Red**, otro actor muy solicitado en las películas de ciencia-ficción occidentales, como *MATERNIDAD CERO*) es mandado a la estación para investigar el hecho. **Kelvin** descubrirá que el planeta tiene la cualidad de crear

imágenes tomadas directamente del subconsciente humano… y que no hay infierno más espantoso que las propias culpas, ocultas en lo profundo de la mente. Se descubrirá muy pronto despertando frente a su esposa muerta, la cual se suicido en la tierra por culpa de su abandono. Incapaz de enfrentar sus culpas, **Kelvin** toma la resolución de matarla, solo para encontrar que a la mañana siguiente ella estará de nuevo ahí.

El drama del asunto se vuelve cada vez peor al averiguar **Kelvin** que estas *imágenes* tienen conciencia propia, no son meros reflejos de su subconsciente, son verdaderas creaciones que sienten, aman, odian…

Forzado a aceptar la resurrección de su esposa, **Kelvin** comenzara el camino de su expiación en el planeta Solaris.

No me equivoco al asegurar que *SOLARIS* (Ed. Minotauro) es una obra maestra tanto en su versión literaria como cinematográfica. Los actores hacen una interpretación impecable y el nudo dramático finaliza con una escena digan de antología. Por desgracia, la música de la película es infamemente aburrida. Yo les recomiendo verla con subtítulos y oyendo otra música por walkman. Noticia de último minuto: los puristas del séptimo arte se rasgaran las vestiduras al escuchar tal infamia, pero ustedes no se preocupen y hagan el intento:

Stanislav Lem ha tomado como suyo un tema en especial: la incapacidad de comunicación con lo extraño. Algo que es extraterrestre debería ser diametralmente opuesto o sumamente extraño a los parámetros humanos por lo cual todo intento de comunicación sería fútil. Igual ocurre en su novela *RETORNO DE LAS ESTRELLAS* (Alianza Ed.) cuando un astronauta humano vuelve a la Tierra después de varios años en el espacio, años que se alargaron en nuestro planeta por efecto de la teoría de la relatividad. Cuando el astronauta llegue, se enfrentara a un planeta incomprensible, pues las cosas han cambiado tanto que él es el equivalente a un humano medieval intentando comprender nuestro entorno actual. La fuerza de la novela radica en que el lector se vera sumido en la misma situación que el personaje. Otra novela que explora el mismo tema es *ÉDEN*, (Alianza Ed.) muy buena también, pero mucho más pesada.

El pasado comentario lo menciono pues en si, es el verdadero trasfondo de la novela *SOLARIS*, cosa que a **Tarkoski** lo tuvo sin cuidado. No se lo critico. La película era *SOLARIS*, no *Stanislav Lem's SOLARIS*. **Piotor Smirnov** hace esta apreciación de **Tarkovski** en su artículo:

> Quisiera subrayar que siempre he considerado que el realizador, en este caso en concreto, al *entrar en combate* contra el contenido de las obras de **Lem** y de los hermanos **Strugaski** y en un intento de dar su propia interpretación cinematográfica de las ideas de los literatos, gastó demasiadas fuerzas procurando *neutralizar* a tan

prestigiosos *oponentes literarios*. Como consecuencia, dichas cintas de **Tarkovski** no tienen la misma integridad artística que caracteriza a sus producciones *no fantásticas*.

Bueno, yo difiero de esta idea en parte. No creo que **Tarkovski** haya entrado en combate con las ideas de **Lem**, en el caso de *SOLARIS*, sino que se dedico a explotar la idea que a él le interesaba. A mi punto de vista., *SOLARIS* es una película muy fiel a su original literario.

SOLARIS no es la última incursión de **Tarkovski** en el género. Otra película, *STALKER* (1980) basada en la obra *PICNIC AL BORDE DEL CAMINO* de los hermanos **Strugaski**, se une a la anterior. Sin embargo, *STALKER* no resulta ser una película muy potente en ningún rubro. Difícil de entender y de seguir, el filme prefiere caminar por los recovecos de la interioridad de los personajes que por la historia de los **Strugaski**. En este caso, **Smirnov** tiene razón.

QUE DIFÍCIL ES NO SER DIOS

Dos de las figuras clave de la ciencia-ficción rusa son los hermanos **Arkadi** y **Boris Strugaski**. El primero de ellos es filólogo mientras que el segundo resulta ser un astrónomo reconocido. Esta mezcla produce historias interesantes que los han convertido en todo unos personajes del género a nivel mundial. En español tienen ya varias novelas publicadas, muchas bajo sellos editoriales rusos y por supuesto, cubanos. En España, su novela más famosa, *QUE DIFÍCIL ES SER DIOS*, fue publicada por Acervo.

QUE DIFÍCIL ES SER DIOS fue también la novela escogida para ser llevada a la pantalla por el director germano occidental **Peter Fleishmann**, en una superproducción cuidada por alemanes, soviéticos, polacos y franceses.

Las actuaciones, la escenografía, el vestuario, el guión y la fotografía son excelentes y aunque cada uno de estos elementos (y otros que faltan, por supuesto) necesitarían ser analizados por artículos aparte, los veremos superficialmente para darnos una idea de lo que la película es.

La historia transcurre en un planeta lejano a donde son enviados un grupo de exploradores con una única misión: observar la vida en el planeta sin inmiscuirse en la marcha de los acontecimientos ya que su interacción puede hacer fracasar un experimento histórico que ahí se realiza.

Este planeta esta habitado por humanos con un nivel tecnológico similar al medieval. Su política, su ética y su forma de vida es también equivalente en varios aspectos. Los exploradores y estudiosos mandados por la Tierra caminan de incógnito entre la gente de este mundo. Este es el caso de *Antón*, un joven terrícola escondido bajo la personalidad de un tal *Rumata de Estoria*, aristócrata de abolengo, aventurero, espadachín, jugador y galanteador de fama. Su misión en el planeta consiste en llevar de regreso a otro de sus compañeros que se ha revelado contra el plan, pues ha decidido que en un mundo donde impera la violencia, la enfermedad, la tiranía y la muerte no es ético para gente como ellos, hombres adelantados tecnológica e intelectualmente, dejar abandonados a la inclemencia de la barbarie a todo un mundo.

Los exploradores tienen prohibido matar, sin embargo no vienen desarmados. Poseen pastillas que neutralizan los efectos de cualquier veneno, campos de fuerza que rechazan flechas y espadas, métodos de telecomunicación implantados en sus sentidos… en otras palabras, son verdaderos dioses, omnipotentes e invulnerables. En medio de esa vida dura y despiadada, *Antón* descubrirá que el poder conlleva también responsabilidad y que bajo el proyecto que llevan a cabo él y sus compañeros, existe otro más, que a sido mantenido oculto, inclusive para ellos.

La gente de escenografía y vestuario de *QUE DIFÍCIL ES SER DIOS* han hecho un buen trabajo. Han podido lograr una atmósfera de medievalización sin caer en las convencionales armaduras y castillos, dando una buena credibilidad al ambiente de la película. De hecho se construyo toda una ciudad especialmente para el rodaje. Los autores del guión son **Jean Claude Carriere** y **Dal Orlov** quienes lograron la muy difícil tarea de ser fieles al original en la gran mayoría de los detalles, sin convertir al filme en algo aplastantemente filosófica.

Indudablemente también los actores desempeñaron excelentes papeles. Es de resaltar la actuación de **Edward Zentara**, actor polaco que encarna a *Antón* (*don Rumata de Estoria*) y **Alexandr Filipenko** quien interpretó el rol de *don Reba*, el inteligente y mortal inquisidor, líder de los grises, una policía no tan secreta que mantiene a la población en un estado de sumisión total.

Por desgracia, solo un aspecto quedo fuera de ser alabado en esta película: los efectos especiales. Aunque no fueron muy utilizados, los efectos especiales y las maquetas de la nave espacial rayan en lo más cutre. La base en órbita parece una perinola espacial y se adivina de juguete a mil kilómetros de distancia. El interior de la base se equipara a una moderna producción de **Ed Wood**

donde la imaginación de los escenógrafos no dio para más que no fueran lucecitas que se prenden y apagan y pantallas planas sobrepuestas.

Sin tomar en cuenta este ultimo elemento, *QUE DIFÍCIL ES SER DIOS*, es una película de ciencia-ficción que se debe ver, porque en lo general, no decepcionara a los verdaderos fans del género.

OTRAS PELÍCULAS RUSAS DE CIENCIA-FICCIÓN:

- **Aelita** de Yakov Protozanov (1924)
- **El planeta de las tormentas** de Pável Klushántsev (1962)
- **Vuelo Cósmico** de Vasil Zhuravliov (1936)
- **La Nebulosa de Andrómeda** (Basada en el clásico de Ivan Efremov)
- **El hombre de ninguna parte** de Eldar Riazánov (1961)
- **El inspector cósmico** de Mark Kovaliov y Vladimír Polin (1980)
- **El hotel del alpinista que pereció** de Grigori Kromanov (1976)
- **Días de eclipse** de Alexandr Sokúrov (1988)
- **El enigma de dos océanos** (1957)
- **La cabeza del profesor Doweel** (basado en la obra de Beliáev)
- **El hipérbole del ingeniero Garin** (basado en la obra de Alexéi Tolstoi)
- **El mundo brillante y la cadena de oro** (basado en la obra de Green)
- **Visitante del museo** de Konstantín Lopushanski (1989)
- **Un espejo para el héroe** de Vladimir Jotinenko (1989)
- **La Ciudad Cero** de Karen Shajnazarov (1989)

¿QUE PUEDE UNO ENCONTRAR EN MÉXICO?

QUE DIFÍCIL ES SER DIOS nunca llegó (por desgracia) a los circuitos de salas cinematográficas del país, pero sí llegó en vídeo bajo el horrible nombre de *PODER INMORTAL*, y con la leyenda de *en la línea de Higlander, el inmortal*. Si la ven por algún videoclub, no duden en rentarla.

SOLARIS y *STALKER* aparecieron bajo la firma de videos de cine contemporáneo editado por la Secretaria de Cultura al igual que *CARTAS A UN HOMBRE MUERTO*. Estas películas son exhibidas de vez en cuando por los canales locales de televisión cultural, así que estén pendientes de su exhibición o envíen alguna sugerencia a estos.

También están ya a la venta en México.

BIBLIOGRAFÍA:

- **SF Filmes Soviéticos 6/90**, Fantástica Terrenal y Celestial
- **La Nave Espacial Clavada en Tierra**, Piotor Smirnov (1990)
- **The Great Science Fiction Films**, Richar Meyers
- **Tarkovski**, Leonardo García Tsao

© Gabriel Benítez

Mexicano, escritor (o eso intenta) de ciencia ficción. Ha publicado la mayor parte de sus relatos en Antologías del género como *MAS ALLÁ DE LO IMAGINADO* (Ed. Tierra Adentro, México) *EL HOMBRE EN LAS DOS PUERTAS*: Un tributo a Philip K. Dick (Ed Lectorum, México), *PULPO CÓMICS*: Una antología del Comic Mexicano Contemporáneo (como guionista) ARTIFEX Nº 8 (Ed. Bibliopolis, en España) entre otras. Ed. Albemuth de España tiene entre sus próximos libros a publicar su primera novela: *FLUYAN MIS LÁGRIMAS*.

Año II. Número 12. Julio–Agosto 2004.

RECORRIDO POR LA CIENCIA FICCIÓN MEXICANA EN LA MÁQUINA DEL TIEMPO

por Miguel Ángel Fernández Delgado

Miguel Ángel Fernández nos ofrece hoy un recorrido por la ciencia-ficción mexicana y nos ofrece una muy buena definición de la misma: «La ciencia-ficción […] tiene la virtud de presentarnos lo familiar como desconocido y lo desconocido como familiar, al ofrecernos una perspectiva inédita de la realidad». Impecable.

Antes de comenzar este viaje, debemos hacer algunas advertencias a nuestros lectores: Ya sabemos, porque lo anunciamos en esta misma columna, que la ciencia ficción, sea de la nacionalidad que fuere, como la mitología y las casas de espejos, tiene la virtud de presentarnos lo familiar como desconocido y lo desconocido como familiar, al ofrecernos una perspectiva inédita de la realidad. La ciencia ficción mexicana no escapa a esta regla, aunque cuenta con características propias, como bien saben los extranjeros que, hasta ahora, parecen más interesados en conocerla que nuestros compatriotas. Con el fin de ofrecer un panorama original de su historia y circunstancias, utilizaremos una de las invenciones más representativas de la ciencia ficción: la máquina del tiempo. Haciendo diferentes escalas en momentos clave, podremos conocer por lo menos sus rasgos genéricos. De este modo, los 473 años que nos separan de la llegada a la Nueva España de los primeros libros de protociencia ficción, pueden convertirse en doce meses de lecturas programadas e investigaciones –pues no todas se han hecho– por emprender.

Si sorprende este largo trayecto cronológico, o existe la sospecha de que tratamos de alargarlo para hacer más importante el decurso de una literatura siempre considerada marginal, veremos que en realidad se pretende dar a conocer su muy peculiar trayectoria, donde aparecen utopías que tratan de hacerse realidad, una sociedad colonial cada vez más preocupada por el futuro o por arrebatarle sus secretos a la naturaleza, frailes que escriben o apoyan, desafiando a la Inquisición, viajes estelares inspirados en **Voltaire**, o libros que llegan clandestinamente prometiendo un porvenir pleno de libertades. La protociencia ficción o ciencia ficción que no reúne todas sus características modernas, sino apenas algunos de sus elementos, tiene relevancia por la misma razón alguna vez expuesta, como ejemplo, por **Brian W. Aldiss**, para entender la arquitectura moderna, es necesario conocer antes las catedrales góticas.

En la Nueva España, los libros del conquistador fueron para algo más que solaz y esparcimiento

Los títulos de novelas de caballería que **Irving A. Leonard** dio a conocer como los libros del conquistador, inspiradores de gran parte de las hazañas de los soldados españoles, en su mayoría en lecturas colectivas en voz alta, llegaron casi sin restricciones a la Nueva España durante el siglo XVI, a pesar de las prohibiciones reales, de las quejas de los misioneros y del control de la Inquisición. El *best seller* de entonces fue el *ORLANDO FURIOSO* (1516) de **Ludovico Ariosto**, donde Orlando, paladín de Francia, se entera de que su amada Angélica ha entregado su corazón al moro Medoro, y pierde la cabeza. En uno de sus capítulos, su amigo Astolfo viaja en sueños en un carro de fuego a la Luna, bajo la guía de San Juan, porque en ella se guardan todos los objetos inmateriales que se pierden en nuestro mundo, y en un frasco, Astolfo encuentra el juicio extraviado de Orlando.

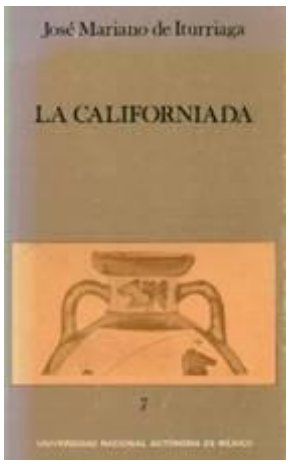
También llegaron a estas tierras otros libros que podríamos llamar del conquistador espiritual, como la *UTOPÍA* (1516) de **Tomás Moro** y los *DIÁLOGOS* de **Luciano de Samosata**, traducidos por **Moro** y **Erasmo de Rótterdam**, entre 1505y 1514. *UTOPÍA* es el primer intento por presentarnos una sociedad nueva creada por seres inteligentes y ajenos, casi del todo, a la maldad imperante en el viejo mundo europeo. Alguien así era el juez y luego obispo michoacano **Vasco de Quiroga**, que eliminó al libro de **Moro** de sus elementos subversivos y utilizó el sobrante como los planos para tres fundaciones llamadas pueblos-hospitales, que sobrevivieron, con altibajos, hasta fines del siglo XIX. En los *DIÁLOGOS* de **Luciano**, donde se encontraba el *Icaromenipo* o *Menipo en la Luna*, leyó **Quiroga** *Las Saturnales*, sobre las fiestas romanas del mismo nombre, con lo que logró dar a conocer a las autoridades españolas las costumbres y carácter de los indígenas mexicanos.

La pluralidad de los mundos y los primeros raptos novohispanos

El principal divulgador científico del siglo XVII, el sacerdote jesuita **Athanasius Kircher**, cuyas obras sobre acústica, biología, óptica, geología, música y egiptología, eran apreciadas por religiosos y letrados como la *MECÁNICA POPULAR* de su tiempo, porque en sus libros se ilustraban

también experimentos sobre las propiedades del aire, el ciclo del agua, cajas musicales, magnetismo, etc., movieron a más de un novohispano a escribirle y a imitarlo. Así lo hizo **Carlos de Sigüenza y Góngora** en su *LIBRA ASTRONÓMICA Y FILOSÓFICA* (1690), uno de los muchos escritos que dedicó a la demostración de que el cometa de 1680-81 no tenía ningún carácter funesto, donde, asimismo, citando la autoridad de **Kircher**, se adhirió a la teoría de la pluralidad de los mundos (expuesta por **Nicolás de Cusa** en el siglo XV).

Otra lectora de **Kircher** y amiga de **Sigüenza**, **Sor Juana Inés de la Cruz**, trató de imitar los *raptos* o viajes mentales del jesuita, para concebir su obra más ambiciosa, *PRIMERO SUEÑO* (hacia 1685). Más de medio siglo después, un jesuita mexicano, **José Mariano de Iturriaga**, escribe el último de estos *raptos*, bajo el título de *LA CALIFORNIADA* (1740). Esta tradición de los viajes mentales continuaría en el México decimonónico con *UN VIAJE CELESTE* (1872) de **Pedro Castera**, y culminaría en el siglo XX con *HACEDOR DE ESTRELLAS* (1937) de **Olaf Stapledon**.



Los expedientes secretos de la Inquisición

El tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, establecido formalmente en la Nueva España en 1571, nos legó infinidad de volúmenes para conocer las inquietudes y obsesiones de la sociedad colonial durante casi tres siglos, donde nunca hubo falta de interés por el porvenir, aunque más en el aspecto individual que en el colectivo, el deseo de volar y la posibilidad de hacerse invisible. Así, desde los inicios del siglo XVII pueden encontrarse acusaciones contra hombres y mujeres «por usar la astrología judiciaria para saber los futuros contingentes y cosas por venir», como fray **Juan de Jesús**, acusado, en 1678, por predecir el advenimiento del Anticristo y el fin del mundo, y fray **Francisco Monterón** quien imaginó lo que sucedería al reino e iglesia españoles en las décadas venideras. Los métodos coloniales de prospectiva eran de lo más variado: granos de maíz marcados con letras, hechizos para ver el futuro en la uña del pulgar derecho, o la captura de un demonio en una cáscara de avellana. En cuanto a la invisibilidad, **María Zamora** hacía aparecer y desaparecer animales por medio de orejas de gato negro y huesos de zopilote, pero fue un dominico, **Pedro Mártir**, quien mejor explotó el don de hacerse invisible, vendiendo recetas para lograrlo y conseguir mujeres. Los registros de quienes supuestamente robaron el más caro secreto de las aves, se remontan también

al siglo XVII. La negra **Leonor** y los mulatos **Andrés**, **Francisca**, y su pequeño hijo, fueron castigados por volar de Mérida a Campeche y Tabasco; una bruja fue acusada por enseñar a «alzar figura»; y a la esclava **Antonia** se le denunció por volar en traje de bruja. Pero el caso más celebre es el del fraile **Rivas**, quien no intentó volar en realidad, sino imaginar un viaje a la Luna. Por su importancia, le damos un lugar especial en nuestro viaje en la máquina del tiempo.

El primer viaje a la Luna y una acusación por herejía

El fraile franciscano **Manuel Antonio de Rivas** puede considerarse, con justicia, el padre de la ciencia ficción mexicana. No fue el primero en imaginar un viaje a nuestro satélite en un aparato volador, pero sí el primero en preocuparse porque tuviera alguna verosimilitud científica. Rivas era un lector voraz, tanto de literatura –prefería a los clásicos y, entre los modernos, a Voltaire– como de obras científicas que, a pesar de las restricciones de la Inquisición, seguían llegando en forma clandestina a nuestro país. Su tragedia comenzó al ser trasladado al convento de San Francisco de Mérida, Yucatán, gobernado por frailes ignorantes y cuando decidió denunciar su falta de respeto hacia los votos monásticos con el fin de alcanzar el más alto grado jerárquico en el convento. Sus hermanos de orden nunca lo perdonaron, acusándolo primero ante las altas autoridades franciscanas, y luego ante la Inquisición de México. Mientras este tribunal investigaba las acusaciones, el fraile **Rivas** fue recluido y vigilado en una celda del convento. Como no lo privaron de papel, tinta y algunos libros, escribió cartas en su defensa y su mente errabunda decidió redactar un almanaque astronómico para el año 1775, en cuya introducción escribió unas *SIZIGIAS Y CUADRATURAS LUNARES* con la historia del francés Onésimo Dutalón, lector de **Descartes** y de **Newton**, quien decidió hacer diversas pruebas con un carro volador construido según los más recientes adelantos científicos, para ver si sería posible viajar a la Luna. Finalmente consigue llegar a ella, y se encuentra con los anctítonas, con los que comparte información científica. Los guardias le arrebatan a **Rivas** el manuscrito y lo agregan a las pruebas en su contra para el Santo Oficio. Los primeros en revisarlo, fueron un par de dominicos, que encontraron algunas proposiciones heréticas. Contra lo acostumbrado, se pidió una segunda revisión al fraile **Diego Marín de Moya**, de la orden de los agonizantes, quien declaró que en las SIZIGIAS Y CUADRATURAS LUNARES del fraile **Rivas** no había ninguna herejía, pues se trataba de un simple apólogo o fábula, y ejemplos de esta modalidad literaria podían encontrarse incluso en la Biblia. La causa había concluido, aunque no los problemas para su autor, que tuvo que huir el resto de sus días.

La ciencia ficción es peligrosa

El 20 de abril de 1778, el rey español Carlos III, expide una real cédula que prohibe la lectura o propiedad de un libro titulado *AÑO DOS MIL CUATROCIENTOS Y CUARENTA*. La obra, salida de la pluma del francés **Louis Sébastien Mercier**, apareció en un principio sin nombre de autor ni de impresor, y era considerada una gran amenaza «porque no sólo se combate en él la religión católica y lo más sagrado de ella, sino que también se tira a destruir el orden del buen gobierno, la autoridad de los magistrados, y los derechos de la soberanía, promoviendo la libertad, e independencia de los súbditos a sus monarcas y señores legítimos», por lo tanto, el monarca resuelve «que además de prohibirse por el Santo Oficio este perverso libro, se quemen públicamente por mano del verdugo todos los ejemplares que se encuentren». **Mercier** había contado la historia de un hombre que cae en un sueño profundo para despertar en el año 2440, donde no describe las maravillas tecnológicas de entonces (que ni siquiera se molestó en imaginar), sino la realización de los ideales de la Revolución francesa. Este libro fue leído al menos por uno de los precursores intelectuales de nuestra independencia: **Melchor de Talamantes**.

Cuando los globos aerostáticos dominaron la Tierra

Cuando los globos aerostáticos dominaron la Tierra

El 21 de noviembre de 1783, la ascensión del globo aerostático de los hermanos franceses **Joseph** y **Étienne Montgolfier**, desató una inquietud casi universal por conquistar los cielos con aparatos cada vez más sofisticados. En Jalapa, Veracruz, ya en 1784, **José María Alfaro** hizo volar un globo no tripulado. En los alrededores de la ciudad de México, se planearon y presentaron vuelos de exhibición con globos aerostáticos entre 1828 y 1835. La primera ascensión de un mexicano, **Benito León Acosta**, se verificó en abril de 1841, elevándose más de dos mil quinientos metros sobre la capital mexicana. En 1844, el primer aeronauta nacional y otros dos compatriotas, **Manuel Lapuente** y **Joaquín de la Cantolla** y **Rico**, se unieron para fundar la empresa Aerostática Mexicana. El mismo año, la revista de divulgación científica *El Ateneo Mexicano*, que pedía eventualmente a sus autores ilustrar al lector empleando «los atavíos de la fábula», incluyó en su primer número un artículo sobre daguerrotipos y otro sobre globos aerostáticos, firmados por **Sebastián Camacho Zulueta**, además de un cuento titulado *MÉXICO EN EL AÑO 1970*, de un autor cuyo seudónimo era

Fósforos Cerillos (seguramente el mismo **Camacho Zulueta**), donde se proyectaban a futuro las aplicaciones prácticas de los temas expuestos: una magnífica ciudad poblada de globos aerostáticos y gigantescos daguerrotipos móviles. En la capital de Yucatán, **Gerónimo** del **Castillo Lenard**, publicó en 1849 una nota titulada *GACETÍN DE MÉRIDA, CAPITAL DEL BAJO YUCATÁN, ENERO 30 DE 1949*, imaginando que los globos serían, en cien años, el principal medio de transporte de pasajeros y del correo, en un mundo donde resurgirían los imperios en Europa y las monarquías en América.

Los hijos de Fourier, Comte y Darwin

Las Leyes de Reforma, el conjunto de leyes, decretos y órdenes supremas dictadas entre 1855 y 1863, que intentaron introducir el modelo liberal para el desarrollo social y económico del país, encontraron un par de publicistas: **Nicolás Pizarro** e **Ignacio Manuel Altamirano**, autores de las novelas, *EL MONEDERO* (1861), del primero, y *LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS* (1871), del segundo, que imaginaron que dichas leyes, de aplicarse estrictamente, darían origen a sociedades utópicas, como *La Nueva Filadelfia*, de **Nicolás Pizarro**, y la aldea sin nombre, oculta en las montañas, de **Ignacio M. Altamirano**.

El filósofo e inventor **Juan Nepomuceno Adorno** nunca le dio mérito alguno por su *filosofía providencial* al utopista francés **Charles Fourier**, y entre sus inventos, los pocos que vieron la luz, sólo tuvieron algún éxito en ferias o exposiciones. Viajó por Europa entre 1848 y 1859, y publicó en Londres una introducción a su sistema filosófico, que terminó al volver a México, dándolo a conocer como *ARMONÍA DEL UNIVERSO SOBRE LOS PRINCIPIOS DE LA ARMONÍA FÍSICA Y MATEMÁTICA* (1862). Aquí ofreció un esquema del progreso humano, dividiendo la historia en doce etapas, desde la primitiva y natural, la constitucional (en que vivía), la federativa, la del trabajo o federativa absoluta, la convencional y la de la solidaridad, última etapa de la evolución, cuando el ser humano regresaría a las costumbres de su estado natural, pero enriquecidas con los progresos de las ciencias y las artes. Entonces habría federaciones filosóficas que predicarían la tolerancia, extenderían los límites fraternales de las sociedades humanas, nulificarían poco a poco las tiranías, resolverían los problemas internacionales por vías diplomáticas, y se erradicaría por completo la guerra. Nada que no hubiera escrito anteriormente **Fourier**, pero **Adorno** se adelantó a su maestro al recurrir a la *poesía intuitiva*, para describir, en un apéndice a su libro titulado *EL REMOTO PORVENIR*, lo que sería vivir en mundo así: el hombre y la mujer tendrían los mismos derechos, los matrimonios serían programados y el instinto sexual limitado para evitar excesos y derroches de energía; los animales domésticos perderían sus propiedades nocivas (como los cuernos del toro); hay comunicaciones de un extremo a otro del planeta; el vapor, la electricidad, el magnetismo y el calor terrestre dotarían al ser humano

de fuerzas prodigiosas; el gas y la electricidad tornarían la noche en día; los mares serían cruzados por inmensas embarcaciones; y los globos aerostáticos completarían en los cielos el cuadro del poderío del *homo sapiens*.

Pedro Castera, ingeniero de minas, periodista y poeta romántico, mejor recordado por la novela ***Carmen***, escribió más de un artículo científico en pleno ascenso del positivismo comtiano, además de un par de cuentos y la primera novela mexicana de ciencia ficción. El primero, *UN VIAJE CELESTE* (1872), lo publicó en su juventud. El resto, al salir del manicomio de San Hipólito, donde fue recluido durante seis años debido a sus frecuentes manías depresivas. En 1890, regresó al periodismo, y la imprenta de *El Universal* le publicó sus últimas obras, entre las que se encuentra la insufrible *ROSAS Y FRESAS* (1890), sobre un ingeniero de minas que se hospeda en la mansión de un colega cuya fortuna le ha permitido construir una mina completamente automatizada, que es apenas el fugaz escenario para contar la trama principal del invitado que se enamora sin esperanzas de la esposa del anfitrión. Muy superior es su última obra, la novela *QUERENS* (1890), donde narra los experimentos de hipnotismo y mesmerismo que un científico y una persona convaleciente por el exceso de trabajo, realizan en el pueblo de Tlalpan con una mujer que no tiene voluntad propia, y sólo bajo hipnosis es capaz de hablar y razonar. El ayudante del científico, para variar, se enamora de ella, y ambos se empeñan entonces en dotarla de sentimientos para que pueda corresponder al pretendiente.

El médico, educador, escritor y pintor **Eduardo Urzaiz Rodríguez**, una de las figuras intelectuales más influyentes en la península de Yucatán durante el siglo XX, pionero de la psiquiatría en México, introductor de prácticas revolucionarias en la obstetricia, impulsor de la educación mixta, rural y secundaria, no sólo se adelantó a su época en estos campos del conocimiento, sino también con su única novela: *EUGENIA: ESBOZO NOVELESCO DE COSTUMBRES FUTURAS* (1919). En Villautopía (la Mérida del siglo XXIII), capital de la Subconfederación de Centroamérica, en el año 2218, un estado benévolo ha establecido un régimen de propiedad comunitaria, los matrimonios poligámicos, la educación universal y una institución que controla la reproducción de sus habitantes, donde los hombres y mujeres más armónicos en lo físico, psicológico y genético, deben servir por un año. Los programas oficiales de eutanasia, esterilización de personas con defectos y de los mayores de cincuenta años, han hecho innecesarias prisiones, manicomios y hospitales. Una utopía de la eugenesia, aunque su autor parece dudar al final acerca de sus bondades. Si se parece a *UN MUNDO FELIZ* de **Aldous Huxley** no es casualidad. La novela de **Huxley** se escribió trece años después, para tratar el mismo tema en tono más pesimista.

Amado Nervo

Antes de **Amado Nervo**, la ciencia ficción escrita en nuestro país, en términos generales, concedía mayor importancia a las ideas científicas, relegando al estilo literario a un segundo o ulterior término. El autor modernista, mejor conocido por su obra poética, lector de **Verne**, **Wells**, **Flammarion** y de buen número de publicaciones científicas, destacando las astronómicas, tenía su propio telescopio en casa y, gracias a su amistad con **Luis G. León**, dictó una conferencia titulada *LA LITERATURA LUNAR Y LA HABITABILIDAD DE LOS SATÉLITES*, ante la Sociedad Astronómica de México, en 1904, y en su boletín publicó, un año después, *ASTROS* y *YO ESTABA EN EL ESPACIO*. También a él se debe *EL GRAN VIAJE* (1917), con aquellos versos que preguntan *¿Quién será en un futuro no lejano / el Cristóbal Colón de algún planeta?*

Muy poco conocidos, aunque superan la docena, son sus cuentos de ciencia ficción. Podrían ser más si le atribuimos la serie de las *Crónicas del porvenir* firmadas por Natalis, que aparecieron en 1898 en *El Mundo: Semanario Ilustrado*, donde publicó bajo su nombre verdadero *LA ÚLTIMA GUERRA*, llevando la teoría de la evolución hasta sus últimas consecuencias. El resto lo publicó en revistas y periódicos, que luego se recogieron en colecciones como *CUENTOS MISTERIOSOS* (1921) y otras más. Sus temas: el fin del mundo, la criogenia, el mito del eterno retorno contado desde una perspectiva científica, operaciones cerebrales para ver el futuro...

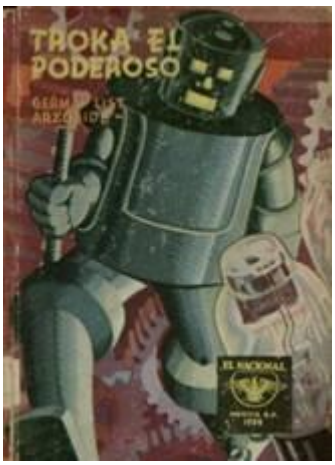
Los hijos de Verne y Wells

Los autores de *romances científicos* más influyentes de los siglos XIX y primera mitad del XX, no sólo inspiraron a **Amado Nervo**. El zacatecano **José María Barrios de los Ríos** dio a conocer hacia 1900, *EL BUQUE NEGRO*, en el que don Veremundo de la Garza y Contreras, una especie de capitán Nemo, se queda a vivir en la península de Baja California entre misioneros jesuitas. **Carlos M. Samper**, en un suplemento a *Revista de revistas*, narró *LA VUELTA AL MUNDO EN 24 HORAS: NOVELA FUTURISTA* (1928), y el **Dr. Atl**, entre sus *CUENTOS DE TODOS LOS COLORES* le dio cabida a *EL HOMBRE QUE SE QUEDÓ CIEGO EN EL ESPACIO* (1941), con un protagonista que recuerda a *ROBUR EL CONQUISTADOR*.

La impronta de **Wells** contó con mejor fortuna con **Martín Luis Guzmán** y *CÓMO ACABÓ LA GUERRA EN 1917* (1917), sobre una máquina inteligente que prevé las consecuencias de la Gran Guerra; **Julio Torri** en *LA CONQUISTA DE LA LUNA* y *ERA UN PAÍS POBRE* (1917); **Francisco L. Urquizo** con *MI TÍO JUAN*

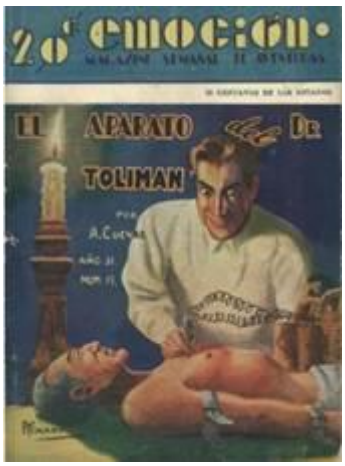
(1934), donde vuelve a utilizar la fórmula de gigantismo de *EL ALIMENTO DE LOS DIOSES*. Quizás el **Dr. Atl** acudió también al autor de *LA GUERRA DE LOS MUNDOS* para escribir *UN HOMBRE MÁS ALLÁ DEL UNIVERSO* (1935). Volvió a explorar los extremos de la teoría de la evolución y del temor a la máquina **Bernardo Ortiz de Montellano** en un par de historias recogidas en *CINCO HORAS SIN CORAZÓN* (1938); y a **Carlos Toro** lo cautivaron *EN LOS DÍAS DEL COMETA*, e imaginó el desastre que podría haber arrastrado el cometa Halley y el maquinismo exacerbado que recogió en un par de cuentos de la colección *EL MIEDO* (1947).

Germán List Arzubide y los nuevos cuentos infantiles



En noviembre de 1934, a escasos días de que el general **Lázaro Cárdenas** asumiera la presidencia del país, el Congreso de la Unión reformó el artículo 3°. constitucional para darle a la educación un sentido *progresista*. **Germán List Arzubide**, recién nombrado jefe de inspectores de escuelas particulares y subjefe de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública, escribió *TROKA EL PODEROSO* (1939), como parte de la Biblioteca del Maestro. Troka, «el espíritu de lo mecánico, puesto al alcance de las inteligencias infantiles», en realidad era un robot que se transformaba en toda suerte de aparatos mecánicos, explicando sus funciones y el poder de «¡Todo lo que puede la inteligencia del hombre...!»

Las revistas pulp en México



La primer revista mexicana de papel de pulpa de madera en publicar periódicamente historias de ciencia ficción, fue la semanal (quincenal en sus primeros números) *Emoción*, que inició como una revista de literatura policiaca. Quizás para probar el gusto de los lectores, introdujo, a partir del número 2, una o dos historias traducidas de originales de *Amazing Stories, Wonder Stories* y *Scientific Detective Monthly*. Los autores más importantes que aparecieron aquí, fueron **John W. Campbell** (como **Don A. Stuart**) y **Stanley G. Weinbaum**. En los números 19 y 20 (abril, 1935), le dieron la oportunidad por primera vez a un autor mexicano ya reconocido, **Alejandro Cuevas** con *EL APARATO DEL DR. TOLIMÁN* (original de sus *CUENTOS MACABROS*, 1911). Más adelante, en agos-

to-septiembre del mismo año, se publicó quizá al único mexicano que escribiera específicamente para la revista, **G. Loreto** con *LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA TIERRA*, una inquietante historia sobre la pérdida gradual del campo gravitacional terrestre y los intentos desesperados de los sobrevivientes por escapar a la catástrofe.

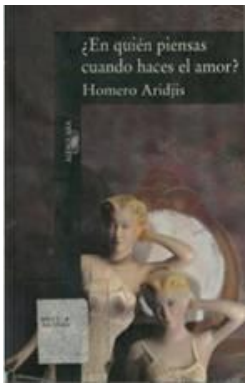
El periodo de auge de las revistas *pulp* en el país tuvo lugar entre 1948 y 1958, con títulos como *LOS CUENTOS FANTÁSTICOS*, *ENIGMAS*, *CIENCIA Y FANTASÍA* Y *FANTASÍAS DEL FUTURO*, conformadas, en su mayoría, por traducciones. Su importancia consiste en haber introducido en México algunos de los principales autores de la llamada edad de oro de la ciencia ficción estadounidense, como **Robert A. Heinlein**, **Isaac Asimov**, **Ray Bradbury**, **A. E. van Vogt**, **Theodore Sturgeon**, **C. L. Moore**, y **Fredric Brown**. También hicieron sus pininos literarios en *LOS CUENTOS FANTÁSTICOS* **María Elvira Bermúdez** y **Diego Cañedo**.

Diego Cañedo

El discípulo más destacado de **H. G. Wells** en nuestro país, fue sin duda alguna **Diego Cañedo** (seudónimo literario de **Guillermo Zárraga**, 1892-1978), cuya obra fue elogiada y reseñada por **Alfonso Reyes**. Debutó casi a los cincuenta años con una novela impresionante: *EL RÉFERI CUENTA NUEVE* (1942), que transcurre en un México paralelo, donde los nazis nos invaden; continuó con *PALAMÁS, ECHEVETE Y YO, O EL LAGO ASFALTADO* (1945), con viajes en el tiempo por el México prehispánico y colonial, y concluyó un primer periodo con *LA NOCHE ANUNCIA EL DÍA* (1947), sobre una máquina que legó un ingeniero soviético, que es utilizada para leer la mente de la clase política. **Cañedo** se dedicó después a escribir cuentos y novelas cortas, en ediciones de autor de muy corto tiraje, que regalaba entre sus amistades (y por eso cuesta tanto trabajo conseguirlas). Destaca, por su carácter casi profético, *EL GRAN PLANIFICADOR* (1971), donde la ciudad de México, en 1980, sufre un terremoto devastador, agravado por la mala planificación urbana y otros problemas citadinos.

El realismo mágico

Lo que internacionalmente se considera la literatura fantástica *par excellence* de los países latinoamericanos, el llamado realismo mágico, ha aportado títulos fundamentales a la ciencia ficción mexicana, desde



BABY H. P., *EN VERDAD OS DIGO* (1952) y *ANUNCIO* (1962) de **Juan José Arreola**, los cuentos de **Manú Dornbierer** reunidos *EN OTRAS DIMENSIONES* (1996), y las novelas *LA DESTRUCCIÓN DE TODAS LAS COSAS* (1992) de **Hugo Hiriart**, *UN DIOS PARA CORDELIA* (1995) de **Malú Huacuja del Toro** y *¿EN QUIÉN PIENSAS CUANDO HACES EL AMOR?* (1995) de **Homero Aridjis**. Pero, el principal y más prolífico de todos, es **Carlos Fuentes**, quien comenzó en 1954 con *EL QUE INVENTÓ LA PÓLVORA*, siguió con *CRISTÓBAL NONATO* (1987) y ahora con *LA SILLA DEL ÁGUILA* (2003).

La primera generación de autores de ciencia ficción

Bajo la batuta de dos extranjeros de ideas vanguardistas, **Alejandro Jodorowsky** y **René Rebetez,** aparecieron los dos únicos números de la revista de ciencia ficción pánica *CRONONAUTA*, donde también colaboraron, entre otros, **José Luis Cuevas**, **Carlos Monsiváis**, **Manuel Felguérez** y **Fernando Arrabal**. A **Rebetez** se deben también *LA NUEVA PREHISTORIA Y OTROS CUENTOS* (1967), una antología y un ensayo sobre la ciencia ficción (1966), utilizados como libros de texto en las secundarias oficiales. Por otro lado, la inundación del mercado librero con traducciones de novelas de bolsillo (1955 a 1975) por parte de las editoriales **Diana** y **Novaro**, fueron responsables de la primera generación de autores nacionales que se dieron a conocer escribiendo esta literatura: **Juan Aroca Sanz**, **Luis Fernando Bonilla Ruz**, **Jaime Cardeña**, **Agustín Contín**, **Agustín Cortés Gaviño**, **Carlos Olvera**, **Antonio Sánchez Galindo**, **Jorge Tenorio B.** y **Jesús Pavlo Tenorio**. Podemos incluir en este grupo al **Dr. Juan Miguel de Mora** y su fábula filosófica *OTRA VEZ EL DÍA SEXTO* (1967).

Los autores contemporáneos

La presente generación de autores de ciencia ficción, nació en 1984, cuando la revista *Ciencia y Desarrollo* convocó y entregó el premio del Primer Concurso Nacional de Cuento de Ciencia Ficción, organizado por el CONACYT de Puebla. En 1992 se fundó la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (AMCYF). **Federico Schaffler**, su primer presidente, logró reunir a 42 autores de varios estados en la antología en tres volúmenes, *MÁS ALLÁ DE LO IMAGINADO* (1991-94). Desde Nuevo Laredo, Tamaulipas, el mismo autor ha creado una verdadera escuela, a través del taller Terra Ignota y la revista *Umbrales* (1992), con más de un reconocimiento a nivel nacional.

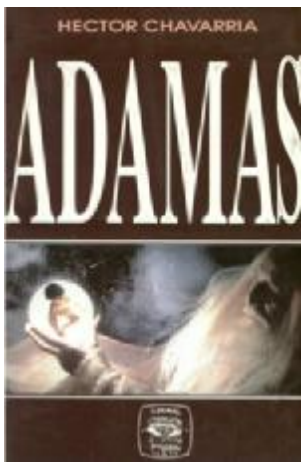
En Mexicali, Baja California, un autor, historiador y académico de la ciencia ficción tan prolífico como **Gabriel Trujillo Muñoz**, ha trabajado sin cesar para que se reconozca a esta corriente dentro y fuera del país, obteniendo el premio estatal de literatura (1990 y 1995), el segundo lugar *ex aequo* de novela corta de la Universidad Politécnica de Cataluña (1998) y el premio nacional de narrativa Colima (1999), todos ellos con ensayos y novelas de ciencia ficción.

A principios de la década pasada se formó un grupo entusiasta de jóvenes autores de Nuevo León, reunidos en la antología *NATAL: 20 VISIONES DE MONTERREY* (1992), recopilada por **Felipe Montes**.

En Ciudad Victoria, Tamaulipas, **José Luis Velarde** y **Guillermo Lavín** fundaron en 1985 la multipremiada revista de literatura general *A Quien Corresponda*, en cuyas páginas aparecen con frecuencia cuentos y números especiales dedicados a la ciencia ficción. Puebla continúa como la sede anual del concurso nacional de cuento de imaginación científica, abierto igualmente desde 1998 a los autores de fantasía. En su capital residen **José Luis Zárate Herrera** y **Gerardo Horacio Porcayo Villalobos**, dos incansables promotores y prolíficos autores que han logrado distinciones por su obra de ciencia ficción dentro y fuera del país.

En la ciudad de México, tras la fugaz existencia de las revistas *Espacio* (1977-78) y *Kosmos 2000* (1978), siguieron apareciendo cuentos de ciencia ficción en *Ciencia y Desarrollo* y algunas otras. No hubo otra publicación dedicada exclusivamente a esta literatura hasta que apareció *Asimov Ciencia Ficción* (1994-99). También pertenecen a la década de 1990 los *fanzines* o revistas de aficionados, entre las que hay que destacar a *Sub* (1996), reconocida a nivel internacional por su diseño.

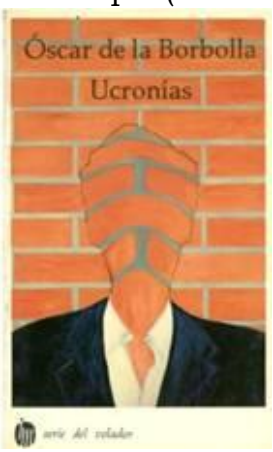
H. Pascal fundó en 1998 el proyecto editorial *Goliardos*, dio vida al *fanzine Azoth*, después lanzó la colección Terra Virtual junto con la editorial *Ramón Llaca*, las micronovelas Azoth y, recientemente, las *plaquettes* y libros Goliardos, casi siempre en coedición con la Universidad Autónoma de Tlaxcala y otras instituciones culturales.



Varia invención

Los autores de ciencia ficción no son sino poetas del cambio con una clara visión moral acerca de la realidad y la problemática del mundo, expresada en un humanismo mezcla de pesimismo y fe en la raza humana. Esta actitud se refleja mejor en su ingenioso retrato de los más diversos inventos. **Eduardo Delhumeau** (*EL AÑO 3000 BIS*, 1945), **Marcela del Río** (*PROCESO A FAUBRITTEN*, 1976) y **Héctor Chavarría**

(*ADAMAS*, 1995), nos hacen dudar que la inmortalidad sea una panacea. **Rafael Bernal** (*SU NOMBRE ERA MUERTE*, 1947) descubre la lengua de los mosquitos y les predica unmensaje de rebelión. **Oscar de la Borbolla** reinventa el tiempo (*UCRONÍAS*, 1990) y los *gadgets* (*LA CIENCIA IMAGINARIA*, 1996);



Irving Roffe da a conocer nuevos mundos para la ciencia y la filosofía (*VÉRTIGOS Y BARBARIES*, 1988); **Alfredo Cardona Peña** (*LOS OJOS DEL CÍCLOPE*, 1980 y *LOS MEJORES CUENTOS DE MAGIA, MISTERIO Y HORROR*, 1990) y **Jaime Cardeña** (*LOS SUPERVIVIENTES*, 1982), nos inquietan y entretienen con todo tipo de invenciones; **Ernesto de la Peña** (*LAS MÁQUINAS ESPIRITUALES*, 1990), con ideas eruditas, y **Gonzalo Martré** (*COPROFERNALIA, JET SET Y CUANDO LA BASURA NOS TAPE*, 2001) con ocurrencias grotescas. **René Aviles Fabila** comenzó imaginando cómo derrocar a los responsables de la llamada *guerra sucia* (*NUEVA UTOPÍA* (y *LOS GUERRILLEROS)*, 1973), pero luego se resignó a su laboratorio intelectual (*FANTASÍAS EN CARRUSEL*, 1978). **Juan José Morales** no cree que la tecnología pueda ser tan cruel (*EL PROYECTO SUPERMÁN Y OTROS CUENTOS*, 1989). En años recientes, sobresalen las colecciones desaforadas de **Mauricio-José Schwarz** (*MÁS ALLÁ NO HAY NADA*, 1996), Bernardo Fernández (*¡¡BZZZZZZT!! CIUDAD INTERFASE*, 1998), **Gerardo Sifuentes** (*PERRO DE LUZ*, 1999, y *LOS PILOTOS INFERNALES*, 2002), **José Luis Zárate** (*HYPERIA*, 1999), **Ramón López Castro** (*SOLDADOS DE LA INCERTIDUMBRE*, 2000) y el homenaje que le rinden **Gerardo Horacio Porcayo** y otros autores (*EL HOMBRE EN LAS DOS PUERTAS*, 2002) a **Philip K. Dick**, un seudosanto patrono de la ciencia ficción mexicana. Entre los novelistas, hay que mencionar a **José V. A. Icaza**, quien imagina y analiza los resultados de un sistema para combatir los efectos destructivos de los terremotos (*PÁLPITO DE UNA ESTATUA SENSIBLE*, 1997) y **Luis Eduardo García Guerra**, con un sistema de realidad virtual para recrear lo sucedido el 2 de octubre de 1968 (*TECHNOTITLÁN: AÑO CERO*, 1997).

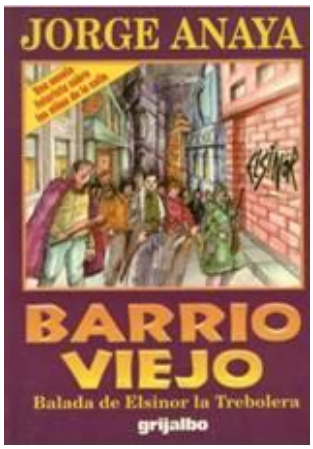
La evasión sobre una banda de Moebius

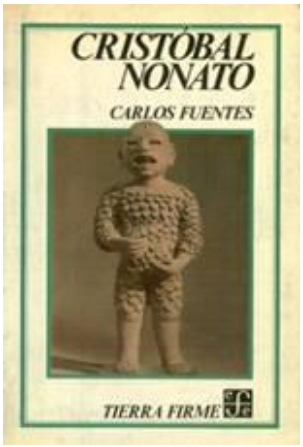
Aunque se la considere literatura escapista, toda la ciencia ficción lleva indeleblemente su propio *sello del momento*. Así lo demuestran los títulos más destacados dentro de la corriente de aventuras, como *EL MENSAJE DE FOBOS* (1964), de **Irene** y **Arturo Gutiérrez Arias**. Su mensaje pacifista les valió el primer premio en un concurso de la ONU. *MEJICANOS EN EL ESPACIO* (1968) de **Carlos Olvera**, cuyo título puede parecer una evocación de conquista, de progreso tecnológico sin tregua, es más bien un espejismo que bien pronto se desvanece para contarnos lo que sería una versión futurista de la canción *¿A QUÉ LE TIRAS CUANDO SUEÑAS, MEXICANO?* Un cuento de hadas puede transformarse en una reivindicación del amor que no se atreve a

decir su nombre en *XXYËRÖDDNY, DONDE EL GRAN SUEÑO SE ENRAÍZA* (1984) de **Kalar Sailendra** (**Arturo César Rojas**). El personaje más popular de la lucha libre nos puede dar una lección de realismo grotesco en *XANTO: NOVELUCHA LIBRE* (1994) de **José Luis Zárate**. *PRECURSORES* (1995) de **María Luisa Erreguerena**, cuenta desde otros planetas el progreso social e intelectual de la mujer. **H. Pascal** (*FUEGO PARA LOS DIOSES*, 1998), no duda que en una comunidad planetaria, traficaríamos con nuestros chiles como si se tratara de un arma biológica; y el pasado nos persigue como un asesino serial que viaja desde la Nueva España hasta el presente en *PISOT, LOS DÍGITOS VIOLENTOS* (2000), de **Isaí Moreno Roque**.

El futuro de la ciudad, el país y el planeta

La ciencia ficción de contenido social ha sido la preocupación más recurrente entre nosotros. **Eduardo Urzaiz** imaginó al país convertido en una utópica y socialista Subconfederación junto con Centroamérica (*EUGENIA*, 1919), pero menos de una década después, **Félix F. Palavicini** (*¡CASTIGO! NOVELA MEXICANA DE 1945*, 1926) previó que serían una desgracia los Estados Soviéticos Mexicanos, o una república según el modelo estadounidense, y era necesario buscar un modelo de nación de acuerdo a nuestros propios intereses y necesidades. Como pasaban las décadas y la situación seguía empeorando, **Armando Ayala Anguiano** planeó un cambio radical hacia la derecha para 1988 (*EL DÍA QUE PERDIÓ EL PRI*, 1976), mientras **Juan Guerrero Zorrilla** creyó que el paraíso estaba demasiado lejos (*DESTRUYAN A ARMONÍA*, 1982). Con excepción de los títulos anteriores, desde 1968, los panoramas imaginados para el futuro de México pertenecen al reino de las pesadillas. En el año mencionado, **Juan Aroca** (*EL ÚLTIMO REDUCTO*) llevó al gobierno a unos seres de sexo neutro que prohibieron la imaginación y la procreación natural, colocando robots policías en todas las esquinas. **Edmundo Domínguez Aragonés** recreó el mismo ambiente en *ARGÓN 18 INICIA* (1971), y **Paco Ignacio Taibo II**, una alegoría de la *guerra sucia* (*LLAMARADAS PARA FECHAS VACÍAS*, *Nueva Dimensión*, oct. 1978).





Los vientos sin cambio favorable y el continuo deterioro de lo que vendrá se perciben en las más diversas formas en *CRISTÓBAL NONATO* (1987) de **Carlos Fuentes**; *EL PRESIDENTE LEMUS* (1993) de **Daniel S. Cárdenas**; *QUE DIOS SE APIADE DE TODOS NOSOTROS* (1993) de **Ricardo Guzmán Wolffer**; *LOS IMECAS* (1995) de **Mauricio García Sainz**; *¿EN QUIÉN PIENSAS CUANDO HACES EL AMOR?* (1995) de **Homero Aridjis**; *MÁSCARA AZTECA Y EL DOCTOR NIEBLA (DESPUÉS DEL GOLPE)* (1996) de **Paco Ignacio Taibo II**; *EL DEDO DE ORO* (1996) de **Guillermo Sheridan**; *SEQUÍA: MÉXICO, 2004* (1997) de **Francisco Martín Moreno**; *BARRIO VIEJO: BALADA DE ELSINOR LA TREBOLERA* (1998) de **Jorge Anaya**; y *LA SILLA DEL ÁGUILA* (2003) de **Carlos Fuentes**.

Desde el punto de vista tecnológico, nos pintan un mundo lleno de luces y sombras **Gerardo Horacio Porcayo** (*LA PRIMERA CALLE DE LA SOLEDAD*, 1993, y *SILICIO EN LA MEMORIA*, 1997) y **Willivaldo Delgadillo** (*LA VIRGEN DEL BARRIO ÁRABE*, 1997).

En el remoto porvenir, **Tomás Mojarro** (*TRASTERRA*, 1973) y **Carmen Boullosa** (*CIELOS DE LA TIERRA*, 1997), piensan que volveremos a buscar nuestras raíces históricas; pero otros creen que nuestra principal inquietud, será reconstruirnos a nosotros mismos: **Gabriel Trujillo** (*LABERINTO (AS TIME GOES BY)*, 1995), Antonio Malpica (*EL IMPOSTOR*, 2001) y **Fernando Lobo** (*DESPUÉS DE NADA*, 2002).

© Miguel Ángel Fernández Delgado

Miguel Ángel Fernández Delgado (Ciudad de México, 1967) es abogado, historiador y escritor. Autor de varias biografías y ensayos histórico-jurídicos y de los siguientes libros de ciencia ficción: Visiones Periféricas: Antología de la ciencia ficción mexicana (Lumen, Buenos Aires-México, 2001), ganador del premio Sizigias 2001; Ciencia ficción mexicana: Relatos del siglo XIX (México, Goliardos, 2001); y Sizigias y cuadraturas lunares de Manuel Antonio de Rivas (México, Goliardos, 2001). Ha ganado los premios Goliardos (2000) y Sizigias (en tres diferentes categorías en el 2001).